GAL

LOS HOMBRES QUE CRUZARON LA LÍNEA

El thriller del que
todo el mundo habla

C. VÁZQUEZ

COLECCIÓN
SECRETOS DE ESTADO

GAL

Los hombres que cruzaron la línea

C. Vázquez



Derechos de autor © 2025 C. Vázquez

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Primera nota del autor

Esta novela está basada en hechos reales. En concreto, la novela parte de los hechos declarados probados en las sentencias que resolvieron los denominados "caso Marey" y "caso Lasa y Zabala".

He mantenido el nombre real de algunos protagonistas —creo que lo contrario desvirtuaría la historia—, aunque he cambiado el de muchos otros. En cualquier caso, todos los hechos narrados que van más allá de la verdad judicial, incluidos aquellos atribuidos a personajes con nombres auténticos, son ficción. Los personajes con nombres reales están inspirados en personas reales, pero también están en parte ficcionados.

Segunda nota del autor

ETA y los GAL son temas polémicos. Y delicados. Mucha gente, todavía hoy, echa de menos a familiares y amigos que perdió en ese periodo.

Pero la guerra entre ETA y los GAL es también una historia apasionante. Una historia que merece ser contada. Creo —y esta es una opinión, la única que encontrarás en este libro— que no hay en el mundo diez historias más apasionantes que la de ETA y los GAL. Si, tras leerla, no compartes esa opinión, probablemente será porque no he sabido contártela como merece.

Tercera nota del autor

A la atención de la Audiencia Nacional: si he revelado algún secreto de Estado en este libro, habrá sido involuntariamente y con la mejor de mis intenciones. Resultaría irónico que, con toda la gente que participó en esta historia, el que acabe en la cárcel sea yo.

Prólogo

No sabría decirte cuándo empezó esta historia. Dependiendo del bando al que preguntes, te dirán que empezaron unos tal día, o que empezaron los otros el día siguiente.

Como lo importante es que esta historia ocurrió, y yo te la tengo que contar desde algún sitio, empezaré desde el 1 de febrero de 1983.

Ese día el despertador del cabo Pedro Huerta sonó a las 5:45. Al principio creyó que el desagradable sonido formaba parte de un sueño. Sin embargo, tras unos segundos de duda, asumió que lo que sonaba era el despertador cumpliendo su función.

Pedro se quedó unos segundos en la cama. Esos segundos a los que todos nos enfrentamos los días en los que tenemos que madrugar, y durante los que nos preguntamos qué hemos hecho mal en nuestra vida para tener que levantarnos tan pronto.

Miró a su izquierda y comprobó que Marisa, su esposa desde hacía escasos seis meses, dormía plácidamente. Su despertador no sonaría hasta una hora y media más tarde.

Pedro reunió fuerzas para levantarse, salió de la habitación y se dirigió a la cocina. El trayecto era corto. La casa cuartel en la que llevaban viviendo desde que fue destinado a Ispaster apenas tenía 50 metros cuadrados, por lo que todo estaba cerca de todo.

Pese a lo breve del trayecto, fue suficiente para que Pedro comprobase que tenía algo de resaca. La noche anterior había estado escuchando en la radio el partido entre su equipo, el Atlético de Madrid, y el Real Murcia, y había celebrado la victoria con un par de cubatas que, ahora, pensaba que quizás se podía haber ahorrado. Pero el conato de arrepentimiento le duró poco.

-Es el jodido Atleti, pensó. Debí haberme tomado otro.

Mantenía el carnet de socio del Atleti pese a que desde que había ingresado en el cuerpo había tenido que vivir lejos de Madrid, y apenas tenía oportunidad de ir al Vicente Calderón.

No tenía demasiado tiempo para desayunar, ya que debía estar a las 6:30 en la garita de entrada al cuartel, y todavía tenía que ducharse y ponerse el uniforme. Le tocaba ejercer de centinela. Tenía sentimientos encontrados al respecto. Era una función bastante aburrida, pero a la vez nada cansada.

Encendió la televisión, preparó un par de tostadas con margarina y mermelada, y se sentó en la pequeña mesa auxiliar de la cocina a ver las noticias mientras desayunaba. No preparó café, porque tendría tiempo de tomarse todos los que quisiera, y alguno más, durante la larga jornada en la garita.

En las noticias se estaba hablando, cómo no, de política. Desde que el PSOE había ganado las elecciones unos meses antes, en octubre de 1982, solo se hablaba de si Felipe González y su gobierno iban a estar a la altura de la esperanza que habían generado en una buena parte de la sociedad española.

Lo cierto es que a Pedro la política le importaba poco. Confiaba en que comenzase de una vez la sección de deportes del telediario, y poder ver así el gol que había dado la victoria al Atleti la noche anterior.

Pero no le dio tiempo. Eran ya las 6. Tenía que ducharse y ponerse el uniforme para poder estar a las 6:15 puntual en la garita.

A las 6:13 estaba saliendo de casa. Bajó casi corriendo las escaleras, y al llegar al portal se dio cuenta de que estaba lloviendo bastante. Para llegar a la garita solo tenía que atravesar el patio de la casa cuartel, así que cruzó dándose una pequeña carrera. Entró en la garita exactamente a las 6:15.

- Buenos días, Teodoro. ¡La que está cayendo!, saludó.

- Buenos días, Pedro. Qué duro es ser pobre.

- Y que lo digas. Esta jornada solo he acertado cuatro en la Quiniela, así que me temo que me queda como mínimo una semana más de madrugar.

- Por lo menos ganó tu Atleti. El Zaragoza palmó en San Mamés.

- Encima tendrás que aguantar hoy cachondeo de alguno del Bilbao.

A Pedro le caía bien Teodoro. Era algo mayor que él, y tenía ya dos hijos, pero tenían bastante cosas en común. Todavía no le conocía mucho, pero parecía un buen tipo. Si había que pasar todo el turno encerrado en una garita con un compañero, Teodoro no era una mala opción.

Pedro y Teodoro siguieron hablando de todo y de nada un buen rato. A las 6:59, Pedro dijo a Teodoro:

-Van a ser las 7, ya estará abierto el quiosco. Voy a comprar el Marca. ¿Te traigo algo?

- Prensa deportiva no. Tráete el Interviú, que me han dicho que sale la hija de Antonio Molina y que da gusto verla.

Pedro soltó una pequeña carcajada. - Pero si seguro que ya la tienes en casa escondida debajo del sofá. Qué salidos estáis los padres de familia.

- Tráete tabaco al menos, dijo Teodoro.

- ¿Ducados?

- Trae Nobel, me estoy aburguesando. Luego te lo pago.

Pedro salió de la garita sin paraguas, aunque llovía incluso más que antes. El quiosco estaba en la calle del cuartel, a apenas 200 metros, así que pensó que no merecía la pena cogerlo. Fue de una pequeña carrera, y pidió al quiosquero el Marca y un paquete de Nobel.

Con bastante parsimonia el quiosquero se levantó de la pequeña butaca en la que pasaba el día sentado, cogió el Marca y un paquete de Nobel, y los puso encima del mostrador.

- Son 60 pesetas del tabaco, y 25 pesetas del periódico. 85 pesetas.

- Aquí tiene 20 duros, dijo Pedro.

Mientras el quiosquero buscaba, de nuevo con considerable parsimonia, el cambio entre las monedas que tenía perfectamente ordenadas en una caja de puros, Pedro vio cómo un coche rojo paraba en la puerta del cuartel, bloqueando la rampa de acceso. Cogió el cambio, y se dirigió de nuevo a la carrera hacia la casa cuartel.

Se acercó al coche rojo. Tras comprobar que dentro había una mujer joven, tocó la ventanilla con los nudillos, haciendo gestos para que la bajase. La mujer le miró con cara de asco, y bajó la ventanilla.

- ¿Pasa algo?, preguntó la mujer desafiante, manteniendo su expresión de asco en la cara.

- No puede parar aquí señora, es una zona de seguridad.

- Es un momento. Estoy esperando a mi madre, no hay sitio para aparcar, y tengo que parar en algún sitio.

- Lo siento pero aquí no se puede parar. Debe mover el vehículo ya.

La mujer hizo todavía más notable la expresión de asco de su rostro. Cerró la ventanilla sin mediar palabra y continuó circulando calle abajo.

Pedro se apresuró a entrar en la casa cuartel y a refugiarse en la garita. La conversación con la mujer del coche apenas había durado unos segundos, pero entre ese pequeño parón, el trayecto de ida al quiosco, y el de vuelta, Pedro estaba visiblemente mojado.

-¿Qué pasaba?, le preguntó Teodoro.

-Nada, lo de siempre. Que la gente para el coche donde le da gana.

-Anda, dame el tabaco.

-60 pesetas cuesta ya. Eso te pasa por fumar marcas de ricos.

-¿60 pesetas? Hace un par de años un paquete costaba la mitad. Nos van a arruinar estos socialistas.

Pedro rió.

- ¡Pero si los socialistas no llevan ni medio año!, dijo.

Teodoro también rió, y contestó bromeando:

- Me parece a mí que eres un poco rojo de más. Le diré al sargento que te vigile de cerca.

Pedró sonrió y respondió señalando el Marca:

- A mí lo que me interesa es esto, así que déjame centrarme en lo único importante.

Se levantó a servirse un café de la vieja cafetera que tenían en la garita, y comenzó a leer el Marca como si fuese un libro sagrado.

Pasaron casi veinte minutos, durante los que Pedro leyó con atención, primero, los artículos sobre la victoria del Atlético de Madrid -que, como siempre, recibía mucha menos atención de la que a Pedro le gustaría-, y después los artículos sobre el resto de partidos que se habían jugado el día anterior.

Cuando estaban a punto de ser las 7:30, Teodoro levantó la cabeza y dijo:

- Segundo coche del día parado en la rampa de acceso. No es tu amiga de antes, esta vez es un coche blanco. Hoy el día promete.

- ¿Qué te juegas a que hoy llegamos por lo menos a cinco coches a los que tenemos que echar de ahí?

-Si pierdo más dinero apostando mi mujer me mata, contestó Teodoro. Venga, me toca a mí salir para decirle que se vaya. Pero voy a andarme más listo que tú y me voy a llevar el paraguas.

Teodoro cogió el paraguas que tenía debajo de su pequeña mesa, se levantó y abrió la puerta de la garita.

En ese momento hubo una tremenda explosión.

Marisa, la mujer de Pedro, estaba desayunando en la cocina cuando se asustó con el estrépito generado por la explosión. La cocina tembló, y el plato que tenía sobre la mesa cayó al suelo, rompiéndose en cuatro trozos casi perfectos.

No tenía ninguna duda sobre lo que había pasado. Desafortunadamente no era la primera vez que oía y sentía la explosión de una bomba. Pero esta vez era distinto. Había sido muy cerca. Demasiado cerca.

Marisa salió corriendo de casa, y bajó las escaleras a la carrera. Estaba todavía en pijama y bata, pero no dedicó ni un segundo a pensar en ello.

Fuera diluviaba, pero Marisa tampoco prestó atención a eso. Toda su atención estaba dirigida a comprobar si la explosión había sido donde se temía que había sido.

Tardó unos segundos en poder ver algo. El polvo levantado por la explosión lo rodeaba todo, e impedía ver más allá de uno o dos metros.

Se quedó parada en medio del patio, bajo la intensa lluvia, comprendiendo poco a poco la gravedad de lo sucedido a medida que la lluvia arrastraba a las partículas de polvo hacia el suelo, y aumentaba la visibilidad.

Primero vió cómo los edificios de viviendas más cercanos a la puerta del cuartel estaban visiblemente afectados por la explosión, con casi todas las ventanas rotas. Después pudo ver cómo la puerta del cuartel a la calle se había convertido en un hueco tres o cuatro veces más ancho que el original, cubierto por decenas de centímetros de escombros.

El polvo, por fin, se dispersó lo suficiente para dejar a la vista la zona de la garita en la que, sabía, estaba Pedro. Tardó unos segundos en procesar que si no veía la garita no era por la acumulación de polvo. La garita ya no estaba.

Marisa dió un par de pasos hacia delante. Pisó algo blando. Retiró asustada el pie, miró hacia el suelo, y vio un paquete de Nobel empapado, al que solo le faltaban los dos cigarrillos que a Teodoro le había dado tiempo a fumarse. Al lado del paquete de Nobel, también empapada, había un pedazo de la página tres del diario Marca que rezaba: "*El Negro Cabrera pone al Atlético segundo*".

No había escuchado hablar del Negro Cabrera hasta la noche anterior cuando, mientras ella intentaba leer, Pedro le dió un susto de muerte tras gritar el gol de ese hombre.

-¡Menudo delantero el Negro Cabrera!, le había dicho Pedro a Marisa, como si a ella le importase lo más mínimo. Marisa no le prestaba ninguna atención cuando le hablaba de fútbol pero habría jurado que, cinco minutos antes, Pedro se había quejado de que ese mismo hombre "no metía un gol al arcoiris".

Marisa se agachó y trató de coger el pedazo de página de periódico. Sin embargo, estaba tan mojado que se desintegró entre sus dedos.

En aquel momento comprendió que no volvería a ver a su marido.

El patio comenzó a llenarse de gente. Apenas habían pasado un par de minutos desde la explosión, pero ya había allí cerca de veinte personas, casi la mitad de la gente que vivía en ese momento en el cuartel.

Todos, al menos los adultos, sabían perfectamente lo que había pasado. Había llantos, gritos, y al menos ocho personas buscando entre los escombros. Era evidente qué buscaban, y desafortunadamente también lo que encontrarían.

Marisa solo salió, transitoriamente, de su estado de shock cuando observó cómo Carmen, la mujer de Teodoro, atravesaba a toda velocidad el patio gritando desconsolada. Vió cómo era entre sujetada y abrazada por una de las personas que en ese momento estaba en la zona en la que comenzaba la gran acumulación de escombros.

Carmen no corría sin rumbo. Corría hacia el lugar en el que, hasta apenas unos minutos antes, se ubicaba la garita.

Marisa también observó cómo en la puerta del portal del edificio B, en el que vivían Teodoro y Carmen, estaban sus dos hijos, abrazados por la cintura por una de sus vecinas. En las caras de los dos niños se podía apreciar el pánico y la inquietud, pero a la vez la incomprensión. No alcanzaban a entender qué había pasado, pero intuían que tenía que ser algo muy malo para que el cuartel en el que vivían estuviese parcialmente destruido, y para que su madre, esa persona siempre calmada y sosegada, hubiese reaccionado de aquella manera.

Marisa estaba ya completamente empapada. Notó cómo alguien le abrazaba, y trataba cariñosamente de guiarle hacia una zona de soportales.

Era Ana, una de sus vecinas, quien se había convertido en solo unos meses en una de sus mejores amigas. Ana consiguió que Marisa le acompañase, y las dos se sentaron en un banco de piedra refugiadas de la lluvia observando, con las miradas perdidas, el caos que reinaba a solo unos metros de distancia.

El atentado del cuartel de Ispaster acabó con la vida de Pedro, de Teodoro y de un tercer cabo que estaba saliendo del cuartel en el momento de la explosión. Otras cinco personas resultaron heridas de gravedad.

Ese mismo día 1 de febrero de 1983 la organización terrorista ETA remitió un comunicado a varios medios de comunicación reivindicando el atentado.

El atentado del cuartel de Ispaster no tuvo nada de especial. Los hubo más crueles y más mediáticos. Salvo para unos pocos, aquéllos a los que afectó directamente, fue uno más.

Sin embargo, para alguien en Madrid fue la gota que colmó el vaso. Fue lo que le llevó a aceptar una propuesta que, en los pocos meses que llevaba en el poder, le habían hecho ya muchas veces, pero hasta entonces siempre había rechazado.

Decidió cruzar la línea.

Capítulo 1

Acababa de empezar el mes de mayo, y los primeros turistas del año comenzaban a aparecer por la bonita localidad de Biarritz, en el sur de Francia. Turistas con alto poder adquisitivo, principalmente ingleses y alemanes, se trasladarían los meses siguientes allí a disfrutar de sus playas, restaurantes de lujo y casinos. Compartirían las playas -aunque no los hoteles y restaurantes- con jóvenes surfistas que, atraídos por el oleaje de la *Grande Pladge* y de la *Côte des Basques*, habían convertido la zona en un pequeño paraíso mochilero.

Ese día era el primero de servicio en Biarritz para Alain Laborde. Era un agente de la *Police Nationale* que habitualmente estaba destinado en Lyon, pero que había sido trasladado provisionalmente a Biarritz como refuerzo para las vacaciones estivales.

Biarritz era un lugar muy tranquilo, en el que rara vez pasaba nada. La localidad vivía del turismo, y el trabajo que tenía allí la policía solía estar relacionado con pequeños hurtos que sufrían en playas o bares turistas despistados. Comparado con la conflictiva Lyon, los meses de traslado serían un paseo para Alain. Prácticamente unas vacaciones.

Sin perjuicio de ello Alain era todo un profesional, y pensaba realizar lo mejor posible su función por poco glamurosa que fuese. Así que, cuando una turista inglesa de mediana edad se acercó a él y le comunicó que le habían robado el bolso, se puso manos a la obra para intentar recuperarlo.

Lo cierto es que la señora no se lo puso fácil. Las dificultades idiomáticas, unidas a que la señora iba visiblemente bebida, hicieron que la información sobre el hurto que recibió Alain fuese muy limitada. Básicamente Alain solo sabía que el bolso de la señora había desaparecido de un taburete en el que esta lo había dejado apoyado (según ella, *just a moment*, mientras tomaba *one beer*), y

que la señora sospechaba de tres o cuatro jóvenes a los que había visto merodeando por allí.

Alain cogió su moto patrulla y comenzó a dar vueltas por los alrededores. Apenas cinco minutos más tarde localizó en el paseo que discurre paralelo a la *Grande Pladge*, a la altura del *Hôtel du Palais*, a un grupo de tres jóvenes que coincidía con la vaga descripción dada por la señora.

Cruzó su moto delante de los jóvenes, la paró, puso la pata de cabra, y se acercó a ellos.

-*Police Nationale. Vos papiers* (Policía Nacional. Documentación), dijo sin dar mayores explicaciones, y con un tono bastante chulesco.

La intervención policial sorprendió a los tres jóvenes, que nada tenían que ver con la desaparición del bolso, y que estaban simplemente paseando de camino a uno de sus bares favoritos de Biarritz.

El mayor de ellos, Asier Zubimendi, asumió el liderazgo de la conversación. Tenía 28 años. Era de estatura media, y delgado. Llevaba el pelo bastante largo, y una barba con apariencia descuidada, pero que le sentaba francamente bien.

Era de Derio, una localidad de Gipuzkoa, pero llevaba viviendo en el sur de Francia desde el año 1975. Todo el mundo le conocía como *Txapela*.

Txapela, con la tranquilidad y suficiencia que le caracterizaban, sacó su cartera, y buscó en ella un documento, que entregó al agente.

-Aquí tienes. ¿Por qué nos paras?, respondió en un perfecto francés, fruto de los casi ocho años que llevaba viviendo allí.

Alain examinó el documento de identificación que le había entregado *Txapela*. Era una *carte de résident* (carta de residencia), de

conformidad con la cual *Txapela* tenía permiso para residir en Francia hasta el 10 de febrero de 1991.

El agente revisó la *carte de résident*, y le pareció que estaba todo correcto.

-¿Sois los tres españoles?, preguntó.

-No, no, se apresuró a corregirle *Txapela*. No somos españoles. Somos vascos.

Alain le miró extrañado, no comprendiendo bien la respuesta que había recibido.

-Dejadme también vuestra documentación, dijo mirando a los otros dos jóvenes.

Se llamaban Joxean Lasa y Joxi Zabala. Tenían los dos la misma edad, 20 años. Eran amigos de toda la vida. Se habían criado juntos en Tolosa, otra localidad de Gipuzkoa. Llevaban casi dos años viviendo en el sur de Francia.

Joxean y Joxi sacaron su documentación, y se la entregaron al agente. Alain examinó los documentos cuidadosamente. No eran pasaportes, ni documentos nacionales de identidad, ni siquiera permisos de residencia como el de *Txapela*. En los documentos ponía *carte de séjour temporaire* (permiso de residencia temporal). Ambos tenían una vigencia de un año, y vencían cuatro meses más tarde. En la parte trasera ponía: *réfugié* (refugiado).

Alain nunca había visto un documento como esos.

-¿Qué es esto?, preguntó Alain.

-Somos los tres refugiados políticos, contestó *Txapela*.

-Les estoy preguntando a ellos, respondió Alain, cortante.

-Ellos no hablan francés, dijo *Txapela*, también cortante.

-Pregúntales dónde están sus tarjetas de residencia.

Txapela no preguntó nada, porque sabía la respuesta.

-Se las están tramitando. Mientras tanto tienen esos permisos de residencia temporales que se renuevan anualmente y que son totalmente válidos. Ya te he dicho que somos refugiados políticos.

Todo lo que dijo *Txapela* a Alain era rigurosamente cierto. Se estaba ocupando de la tramitación de las tarjetas de residencia de Joxean y de Joxi nada menos que el despacho de Robert Badinter, que en ese momento era el Ministro de Justicia de Francia.

Alain se quedó dudando durante unos segundos. *Txapela*, a la vista de sus dudas, añadió:

-Compruébalo si quieres, pero rápido, tenemos prisa.

Alain le miró con cara de pocos amigos.

- Claro que voy a comprobarlo. Esperad aquí los tres, dijo.

Dio un par de pasos hacia atrás, y cogió el micrófono de la radio integrada en la moto patrulla.

-Central, aquí el agente 274 859. Necesito que comprobéis si tres individuos extranjeros a los que he dado el alto tienen algo pendiente.

La respuesta tardó unos segundos en llegar.

-Aquí Central, dame los nombres.

-Asier Zubimendi, José Antonio Lasa y José Ignacio Zabala.

El policía que había respondido a Alain desde la Central apuntó los nombres en un papel.

-Voy a comprobarlo, espera unos minutos.

El policía, como mandaba el protocolo, se levantó para consultar el registro de personas buscadas o con órdenes de detención.

Constató que los tres nombres aparecían en el registro, identificados como personas a las que perseguía la policía española. Asier Zubimendi era buscado por su participación en 23 asesinatos y pertenencia a banda armada. José Antonio Lasa y José Ignacio Zabala, por su parte, eran buscados por atraco a una sucursal bancaria y por pertenencia a banda armada.

El policía, que al contrario que Alain llevaba años destinado en el sur de Francia, comprendió de inmediato quiénes eran aquellos hombres a los que su compañero estaba reteniendo. Dejó el archivo, y volvió a su puesto para trasladar la información.

-Agente, ¿me escuchas?

-Te escucho Central.

-Son de ETA.

-Perdona, es mi primer día destinado aquí. ¿Qué es ETA?

-Una organización terrorista española.

Alain dio un respingo al escuchar la inesperada respuesta. Aquellos tres chicos, con los que se había puesto algo chulo y a los que estaba pidiendo la documentación sin tomar precaución alguna creyendo que en el peor de los casos habían robado un bolso a una inglesa borracha, eran terroristas. Dirigió su mano, por costumbre, a la parte trasera derecha de su cinturón, donde solía llevar su pistola reglamentaria. Pero allí no encontró nada. Su trabajo en Biarritz consistía en perseguir carteristas, así que ni siquiera iba armado.

Una gota de sudor recorrió su frente.

Alain respondió a la Central bajando la voz, para asegurarse de que los jóvenes no le escuchaban.

-No voy armado. ¿Qué hago? ¿Enviáis refuerzos?

-No, no. Les tienes que dejar que se marchen. Les buscan en España, pero aquí no les perseguimos. Son refugiados.

-¿Cómo?

-Que les tienes que dejar marchar.

Alain no entendía nada. Pese a ello, la idea de dejarles marchar y desentenderse le atraía mucho más que la de tener que enfrentarse él solo, desarmado, a tres tipos a los que su país de origen buscaba por terrorismo. Y tampoco pensaba ponerse a preguntar a tres terroristas si habían robado el bolso a una inglesa borracha. Así que se limitó a cumplir las órdenes que le habían dado.

-Aquí tenéis vuestra documentación, os podéis marchar.

Txapela sonrió, tardando intencionadamente unos segundos en coger los documentos que le ofrecía Alain para saborear la pequeña victoria. Ver la cara a los *txakurras* franceses cuando descubrían por primera vez que eran intocables para ellos era uno de los pequeños placeres de la vida de refugiado.

Tras coger por fin los papeles, *Txapela* dijo a Joxi y a Joxean, regodeándose:

-La verdad es que con los *txakurras* franceses da gusto.

Los tres amigos continuaron su camino hacia el bar *Le Haou*, en el que pasarían la tarde bebiendo cerveza junto a otros refugiados vascos.

Capítulo 2

Ramón Aranda llegó al Restaurante Jockey pasadas las nueve de la noche. Ubicado en el número 6 de la calle Amador de los Ríos, en pleno barrio de Almagro, "el Jockey" era uno de los restaurantes más exclusivos del Madrid de los 80. Era el sitio de referencia para las élites políticas, empresariales y funcionariales de aquella España que daba sus primeros pasos como democracia.

Se comía bastante bien. Aranda (todo el mundo le llamaba por su apellido) lo consideraba un poco pijo de más. Él hubiese preferido ir a Casa Lucio, menos ostentoso, con mejor comida, y con menos gilipollas. Un sitio en el que, después de la cena, te ponían un whisky solo sin preguntar, en lugar de ofrecerte esas mariconadas de colores a las que ponían nombres como *Manjatan* o *Bludy Mery*.

Pero él no tenía ni voz ni voto en la elección del restaurante. Su antiguo jefe, Alfonso Baquero, le había citado allí a las 21, y él era un *mandao*.

Hacía tiempo que no hablaba con Baquero (a él también le conocía todo el mundo por su apellido), y todavía más que no le veía.

Baquero era el jefe de la Brigada de Información de la Policía Nacional en Bilbao. Había sido el superior directo de Aranda durante los muchos años que había estado destinado en el País Vasco. Ahora Aranda llevaba casi un año destinado en Madrid, en la Brigada Central de Información.

Aranda respetaba a Baquero. No eran amigos, pero sí que tenían un vínculo muy fuerte. Al fin y al cabo, habían pasado muchos años juntos luchando contra ETA en el País Vasco. Habían enterrado juntos a varios compañeros.

Hay pocos vínculos más fuertes que los creados por el odio. Y los dos odiaban a ETA con todas sus fuerzas.

Aranda se acercó al camarero encargado de la recepción.

-Busco la mesa del señor Alfonso Baquero, dijo.

El camarero echó un vistazo rápido a la lista de mesas.

-Acompáñeme, por favor. Tienen ustedes el reservado. Sus acompañantes le están esperando.

A Aranda le extrañó que Baquero hubiese pedido el reservado. Le extrañó también que el camarero dijese eso de "sus acompañantes", puesto que Baquero no le había dicho que fuese a cenar con ellos más gente.

Aranda siguió al camarero hasta el final del restaurante, donde se ubicaba el reservado. El camarero abrió ligeramente la cortina aterciopelada que daba plena intimidad al lugar, permitiendo que Aranda accediese.

Dentro había tres personas. Aranda vio primero a Baquero, que estaba sentado cerca de la cortina. A su derecha estaba Iñaki Galarreta, gobernador civil de Gipuzkoa. Aranda sabía quién era, pero nunca había hablado con él. A la derecha de Iñaki Galarreta estaba Gabriel Alcántara, secretario de Estado para la seguridad. Aranda sí que había tenido interacción con Gabriel Alcántara en alguna ocasión, pero nada más allá de coincidir en un par de reuniones. Sabía perfectamente, claro, que era el número dos del Ministerio del Interior, y persona de total confianza del ministro.

-¡Aranda!, exclamó Baquero mientras le daba un fuerte apretón de manos. -No llegas puntual ni sin querer.

- Lo siento jefe, respondió Aranda. Todavía no me adapto a la capital, aquí se tarda media hora en llegar a cualquier sitio.

- Sí, sí, seguro que es eso. Bilbao es un pueblo y allí también llegabas tarde a todos lados. Respondió Baquero. - Mira, te presento. Me dicen que no habías coincidido nunca con Iñaki Galarreta. Como sabrás es gobernador civil de Gipuzkoa. Iñaki, este

es Aranda, uno de los mejores hombres que he tenido bajo mi mando, aunque no sepa usar un reloj.

Iñaki Galarreta, que ya se había levantado, estrechó la mano de Aranda.

Baquero continuó haciendo de anfitrión. -Y tenemos también con nosotros a Gabriel, creo que ya os conocéis.

-Claro, dijo Aranda. Un placer verle de nuevo, señor Alcántara.

-Tutéame, por favor, y llámame Gabriel, contestó este mientras estrechaba la mano a Aranda.

Terminados los saludos, los cuatro se sentaron alrededor de la mesa circular del reservado. El camarero, que había esperado en un discreto segundo plano a que terminasen los saludos, se acercó a la mesa y preguntó si habían elegido ya vino.

-Tomaremos Riscal, salvo que Gabriel diga otra cosa, que de los que estamos aquí creo que es el más entendido y, además, es el que paga, dijo Baquero.

-Riscal está bien, dijo Gabriel recogiendo el guante.

A Aranda le importaba poco el vino que fuesen a pedir. Si por él fuese, cenaría con cerveza. Pero debía comportarse mínimamente ante tanto gerifalte. Lo único que le importaba a Aranda en ese momento era para qué le había citado su antiguo jefe, y qué hacían allí el gobernador civil de Gipuzkoa y uno de los hombres con más poder del Ministerio de Interior.

Baquero pareció leerle la mente.

-Aranda, sé que te preguntas qué hacemos aquí, pero por el momento vamos a cenar, beber, y si se tercia hablar de mujeres y fútbol. El deber, que es para lo que te hemos citado, lo discutiremos luego con un buen whisky en la mano.

-Tú mandas, jefe.

Tras servirles el vino, pidieron la cena, y estuvieron hasta cerca de las 22:30 conversando sobre temas banales. Aranda, que nunca le hacía ascos a una buena cena bien regada, disfrutó menos de lo habitual en él, y se mantuvo comedido, porque no dejaba de preguntarse para qué cojones le había metido Baquero en aquella emboscada.

Como Baquero había prometido, la llegada de los whiskys marcó, paradójicamente, el final del placer y el inicio del deber.

Fue el propio Baquero -que había estado toda la cena liderando la conversación- quien rompió el hielo. Tenía un pequeño discurso preparado cuyo destinatario formal era Aranda, pero que en realidad buscaba satisfacer -y a ser posible impresionar- a los dos mandamases que les acompañaban, y muy en particular al número dos del Ministerio del Interior.

Baquero dio el primer sorbo de whisky, y se lanzó:

-Aranda, toca hablar del motivo por el que te hemos citado aquí. Te explico yo, con el permiso de estos dos señores.

Gabriel e Iñaki asistieron, dando a Baquero la autorización definitiva para contar a Aranda para qué estaban allí.

-Como supongo que habrás imaginado a la vista de quiénes estamos, queremos hablarte de ETA. Hemos presionado mucho, mucha gente, y por fin vamos a tener el apoyo que veníamos pidiendo para pelear contra esos hijos de puta.

A Aranda aquello no le ayudaba demasiado a comprender el mensaje que querían trasladarle. Permaneció callado, con la esperanza de que Baquero fuese más concreto en la segunda parte de su pequeño monólogo.

-Como sabes esos cabrones viven en Francia como marqueses. Pegan un tiro en la nuca a un tío a mediodía, y antes de que anochezca están en Francia tranquilos, sin que nadie les persiga, protegidos por los gabachos.

Baquero hizo una pausa. Aranda sintió que con ella le estaba invitando a participar en la conversación:

-Hemos hablado muchas veces de esto jefe, ya sabes cuál es mi opinión. Mientras Francia nos siga chuleando de muy poco vale que nosotros nos dejemos los cuernos trabajando.

Baquero contestó con contundencia:

-Eso es justo lo que queremos cambiar. Tenemos luz verde para hacer operaciones clandestinas en Francia. Si los franceses no hacen su puto trabajo, lo haremos nosotros por ellos.

Aranda volvió a quedarse en silencio. Aquello empezaba a ponerse interesante.

Lo de las operaciones en Francia era un viejo anhelo de los policías que luchaban contra ETA. Pero hasta entonces se había quedado en eso, es un simple anhelo, por la falta de apoyo del gobierno. Por eso a Aranda le interesaba, y mucho, lo que tuviese que decir el número dos del Ministerio del Interior a ese respecto.

Baquero pareció leerle la mente de nuevo:

-Tendremos plena cobertura del gobierno y todos los medios que necesitemos. He pedido a Gabriel que esté en esta cena para que tengas certeza de que Interior está con nosotros.

-Así es, confirmó Gabriel Alcántara. Nos preocupa enormemente la situación. Estamos todos en el mismo barco. Todos hemos enterrado a compañeros y amigos. Pedro Huerta, uno de los guardias civiles de Ispaster, era conocido mío, somos del mismo barrio. Un tipo al que

quería todo el mundo, que no se metía con nadie. Unos malnacidos le hicieron volar por los aires.

Gabriel continuó hablando. Sé que Iñaki -dijo mirando a Iñaki Galarreta, sentado a su derecha- ha enterrado a varios amigos. Baquero -le miraba ahora a él- lo mismo. Y tú, Ramón, exactamente igual. Ya nos hemos cansado de poner la otra mejilla.

Aranda esperó unos segundos, ya que no sabía si Iñaki Galarreta quería intervenir. Dado que no decía nada, lanzó la pregunta evidente.

-¿Qué papel queréis que tenga yo en todo esto?

Fue Gabriel Alcántara el que contestó. Aunque Baquero había guiado la conversación hasta entonces, era evidente que Gabriel ya había asumido el liderazgo.

-Baquero me ha dado referencias inmejorables sobre ti, y me ha hablado de tus contactos en el sur de Francia. Queremos que seas el capataz sobre el terreno. Te facilitaremos los medios que necesites, no va a haber problemas en este sentido. Tendrás fondos. Nosotros seremos los que aprobaremos las actuaciones. A partir de ahí, tienes libertad. Máxima discreción, no la cagues y no nos metas en muchos líos. Baquero me ha asegurado que eres el hombre idóneo para esto y que estarás a la altura.

Aranda sabía que no le estaban preguntando nada, y que en consecuencia no hacía falta que diese una respuesta. Le estaban haciendo un encargo. No dejaba de ser una orden, por mucho que hubiese ido precedida de una cena de 12.000 pesetas por cabeza y por mucho que la estuviese escuchando mientras disfrutaba de un Macallan 12 años. Una orden que, además, venía de muy arriba.

El hecho de que aquello fuese una orden no era un problema para Aranda. Se sentía cómodo así. Llevaba toda la vida cumpliendo órdenes, y era lo que mejor sabía hacer. Él era un ejecutor. Si los de arriba habían decidido que lo mejor para que los hijos de perra de

ETA dejasen de matar a su gente y para que los putos franchutes dejasen de darles cobijo era poner en marcha esas "actuaciones", no iba a ser él quien dijese lo contrario. Y si creían que él era la persona idónea para ello, allí estaba para lo que necesitasen.

Todavía no sabía a ciencia cierta en qué iban a consistir esas "actuaciones" que él sería el encargado de coordinar. Evidentemente sospechaba que no le iban a pedir precisamente que organizase reuniones diplomáticas. Pero no preguntó al número dos del Ministerio del Interior por los detalles. Seguramente por eso, porque sabía cuándo no hacer preguntas estúpidas, los de arriba sabían que era el hombre adecuado para el trabajo.

Esa noche nació lo que años después se conocería como "GAL azul". Lo formaron un grupo de policías nacionales españoles que decidieron cruzar la línea.

Capítulo 3

El 5 septiembre de 1983 llegó al cuartel de Intxaurrondo, sede de la Comandancia de la Guardia Civil de Gipuzkoa, un Seat 131 Supermirafiori de color negro. Tras identificarse, su conductor aparcó en la zona reservada para visitas. Pero no era una visita. Llegaba para quedarse.

Del coche bajó Rodrigo San Román. Tenía 39 años. En su pelo moreno se veían ya muchas canas. Demasiadas para su edad. Vestía de paisano, de una forma que destilaba autoridad. Llevaba una camisa clara, metida por dentro, unos pantalones de vestir gris marengo, y unos mocasines. Portaba un maletín de cuero marrón, en el que durante los meses siguientes llevaría información que todavía a día de hoy sigue clasificada como secretos de Estado.

No sacó las maletas del maletero. Ya habría tiempo para eso. Antes quería hablar con el comandante Enrique Rodríguez Galindo.

Este le estaba esperando. Había reservado toda la mañana para asegurarse de estar disponible en el momento en el que llegase Rodrigo. Él también llevaba mucho tiempo deseando que llegase ese día.

Un joven guardia civil recibió a Rodrigo tan pronto como este bajó de su coche.

-Buenos días comandante, bienvenido a Intxaurrondo.

-Buenos días cabo, respondió.

-El comandante Rodríguez Galindo le está esperando. Si me lo permite le acompañaré a su despacho.

Comenzaron a caminar a través de la pequeña ciudad que era el cuartel de Intxaurrondo. No era un cuartel más de la Guardia Civil. Era el centro neurálgico de las operaciones contra ETA. Y, como tal, las instalaciones eran inmensas.

Atravesaron el patio del cuartel y se dirigieron al edificio principal. Sobre la puerta, unas letras de considerable tamaño rezaban: *Todo por la patria*.

Entraron al edificio. La puerta de acceso daba a una especie de recepción de considerables dimensiones. Tras un mostrador dos guardias civiles atendían a visitas y denunciantes.

En la recepción había varios carteles. Rodrigo San Román detuvo su mirada en dos de ellos. En el primero aparecía la silueta de un guardia civil uniformado, con la bandera española de fondo. En la parte inferior del póster, ponía: *Por España, por la ley*. En el segundo aparecía la foto de un ataúd cubierto con la bandera de España. Sobre la imagen, en letras grandes, ponía: *Contra el terrorismo, firmeza*.

A Rodrigo se le puso la piel de gallina al ver esos carteles.

Había pasado los últimos cuatro años en Madrid, en la sede del CSID. El CSID era la principal agencia de inteligencia española. Hasta muy pocos años antes, los servicios de inteligencia española habían estado centrados en la persecución de voces contrarias a la dictadura de Francisco Franco. Pero, con la llegada de la democracia, las necesidades estaban cambiando.

Las prioridades de los espías españoles eran en 1983 dos, con un nivel de importancia parecido. La primera, controlar posibles nuevos movimientos golpistas de los militares contra el joven régimen democrático, como el que se había producido apenas dos años antes bajo el liderazgo del teniente coronel Tejero. La segunda, luchar contra ETA.

Rodrigo era uno de los activos más destacados en el CSID en la división de lucha antiterrorista.

Podría haberse quedado en el CSID, y a buen seguro hubiese seguido ascendiendo allí. Pero sus planes eran distintos.

Unos meses antes había pedido el traslado al servicio de información de la Guardia Civil, con sede en Intxaurrondo. Quería estar sobre el terreno. Sabía lo que estaba por venir. Y por nada del mundo quería perdérselo.

Los carteles de la recepción le confirmaban que estaba en el sitio adecuado.

El joven cabo que guiaba a Rodrigo subió las escaleras que había al final de la recepción. En el primer piso, tomó el pasillo de la izquierda, dejando atrás varios despachos.

Finalmente llegaron a la puerta del despacho del comandante Rodríguez Galindo. El cabo, tras despedirse educadamente, se dio la vuelta y se alejó.

Rodrigo San Román llamó a la puerta del despacho, a la vez que la abría.

-Rodrigo, bienvenido a casa, dijo Rodríguez Galindo cuando le vio entrar.

-Hola Enrique, por fin aquí.

Enrique Rodríguez Galindo tenía 50 años. Era alto, delgado, y estaba casi completamente calvo. Llevaba un bigote denso que constituía, de alguna manera, su seña de identidad. Estaba al mando del cuartel de Intxaurrondo.

Enrique hizo un gesto hacia la mesa y las dos sillas que había junto a la entrada del despacho, para que Rodrigo le imitase y se sentase.

-¿El viaje bien?

-Bueno, largo, ya tenía ganas de llegar.

-Luego le pido a un guardia que te ayude con las maletas y te enseñe tu casa. Me he ocupado de que tengas una digna.

-Te lo agradezco.

Enrique constató que, como le habían advertido, Rodrigo era poco hablador. Era evidente que no quería seguir con la conversación de ascensor, y que quería entrar en harina.

-Vamos a lo importante, dijo Enrique. Aquí lo tenemos todo preparado. El gobernador me tiene al tanto de los planes, y ya le transmití que puede contar con Intxaurrondo.

-Perfecto. ¿A la gente de Francia ya la tenéis atada?

-Sí, de momento tenemos a cuatro hombres, de total confianza. Si en el futuro necesitamos más, o si estos caen, tenemos más opciones identificadas.

-Bien, me alegra ver que todo parece organizado.

-Aquí les tenemos muchas ganas, Enrique. Ahora que por fin nos apoya el gobierno, por nosotros no va a quedar.

-Por mí tampoco. Ya se han acabado las tonterías. Como toda la vida, lo que funciona es el ojo por ojo.

Ese día nació lo que años después se conocería como "GAL verde". Lo formaron un grupo de guardias civiles que decidieron cruzar la línea.

Capítulo 4

El 3 de octubre de 1983 el capitán Alberto Martín Barrios se despertó a las 7:30 de la mañana. Como cada día, escuchó el ruido que hacía María Ángeles, su mujer, en la cocina. Llevaba despierta desde las 7.

Alberto se levantó y, antes de entrar en la cocina, hizo su ruta habitual por las habitaciones de sus tres hijos para despertarlos. El mayor, Juan, que tenía 9 años, tenía el privilegio de tener una habitación para él solo.

-Chaval, dijo Alberto. Hora de levantarse.

Una vez que se aseguró de que Juan estaba despierto, tocó el turno de los dos pequeños, de 6 y 3 años, que compartían habitación.

- David, Laura, hora de ir al cole.

La ruta mañanera de Alberto terminó, como siempre, en la cocina.

- Buenos días cariño. ¿Has dormido bien?

- Lo que me has dejado, bonito. ¿Cómo puedes roncar así?

Alberto, tras esbozar una sonrisa, contestó:

-Me voy a duchar, que veo que hoy no está el horno para bollos.

Unos 15 minutos más tarde Alberto ya estaba de vuelta en la cocina. Los niños estaban sentados en la mesa, cada uno protestando por una cosa distinta.

-Cómo está el patio hoy, casi da gusto ir a trabajar, dijo.

-Pues yo tengo que lidiar con esto y, después, irme a la farmacia, protestó María Ángeles.

-Bueno, yo hoy espero salir pronto, puedo ir a buscarles al colegio.

-Luego me llamas y vemos. ¿No desayunas?, preguntó María Ángeles.

-Hoy voy con algo de prisa, respondió Alberto.

Aunque Alberto era capitán del ejército, no llevaba puesto el uniforme. Vestía un pantalón blanco, una camisa azul marino y un jersey del mismo color. Desde hacía años les recomendaban no vestir de uniforme fuera del Gobierno Militar, su lugar de trabajo, por seguridad. Alberto llevaba su uniforme de capitán, con el distintivo del cáliz con la serpiente que le identificaba como parte del cuerpo de sanidad, en una mochila. Una vez llegase al Gobierno Militar tendría que volver a cambiarse, dado que dentro del edificio sí que era obligatorio vestir de uniforme.

-Lo dicho, te llamo luego, dijo Alberto, mientras se acercaba a su mujer a darle un beso de despedida. Niños, portaos bien en el colegio, se despidió.

Alberto llamó al ascensor, y bajó al aparcamiento del edificio. Se montó en su Ford Escort granate, salió del aparcamiento, y puso rumbo hacia el Gobierno Militar, que se encontraba en el centro de Bilbao, a aproximadamente quince minutos de su casa.

Recorría ese trayecto cada día laborable, así que conducía de forma casi automática. Iba escuchando Radio Popular, que a esa hora ponía *El primer café*. Era el típico magacín con noticias y algo de música. No tenía demasiado éxito, pero a Alberto le parecía entretenido.

A Alberto le quedaban apenas tres minutos para llegar al Gobierno Militar. En la radio sonaba, a un volumen demasiado alto para su gusto, el anuncio del desinfectante Zotal:

-¡Zotal, Zotal, Zotal! ¡Desinfecta sin igual!

Alberto giró a la derecha, entrando en la calle Elcano. Es una calle de un solo sentido, poco transitada.

A la altura del número 25, un Renault 12 beige que estaba aparcado en la zona izquierda de la calle se incorporó a la circulación. Avanzó apenas un par de metros, y se detuvo en medio de la calle, bloqueando el paso. Alberto se vio obligado a detener su coche.

Tan pronto como el coche de Alberto se detuvo, las dos puertas delanteras del Renault 12 que bloqueaba la calle se abrieron. Casi al unísono, dos hombres bajaron del coche. Ambos cubrían sus rostros con pasamontañas negros, y llevaban pistola.

Los dos se dirigieron rápidamente hacia el Ford Escort, recorriendo en apenas tres segundos los escasos metros que separaban ambos coches. Alberto, paralizado por el miedo, dudó entre dar marcha atrás o echar el cierre de la puerta del conductor. La duda provocó que no le diera tiempo a hacer ni lo uno ni lo otro. Cuando quiso darse cuenta uno de los hombres, el que iba de copiloto, ya había abierto la puerta del Ford Escort.

-¡Sal del coche puto *miliko*! ¡Sal o te pego un tiro!, le dijo el hombre sin necesidad de gritar, pues se encontraba a centímetros de él.

Antes incluso de que Alberto hubiese podido asimilar la orden, el hombre le propinó un fuerte puñetazo en la cara, y comenzó a tirar de Alberto.

-¡Fuera, hostia! ¡Ya!

El segundo hombre estaba delante del coche, apuntando a Alberto con la pistola a través del parabrisas.

Alberto continuaba sin moverse. No porque no quisiese hacerlo, sino porque estaba paralizado por el miedo. El hombre que tenía a su

lado le propinó un segundo puñetazo. Tras ello, puso a Alberto la pistola en la sien.

-O sales ahora mismo o te vuelo la cabeza. Tres, dos…

Alberto comenzó a levantarse lentamente, permitiendo que aquel hombre le moviese. Una vez que Alberto estuvo fuera de su coche, el hombre le empujó en dirección al Renault 12, apretando con fuerza la pistola contra su espalda.

El otro hombre abrió la puerta trasera izquierda del Renault 12. Metieron dentro a Alberto de un empujón, y el hombre que le apretaba su pistola frente a su espalda entró al asiento trasero tras él.

-Estate quieto y no te pasará nada. Si quisiéramos matarte ya lo habríamos hecho. Agáchate, te quiero mirando al suelo.

El Renault 12, que siempre había estado encendido, reanudó la marcha.

Desde su ventana del segundo piso del número 36, José María vio cómo se alejaba el Renault 12, hasta desaparecer de su vista tras girar a la derecha al final de la calle. Por casualidad estaba mirando por la ventana desde unos segundos antes de que el Renault 12 bloquease la calle.

No se le pasó por la cabeza, ni por un momento, llamar a la policía. Negaría haber visto nada cuando, unas horas más tarde, le visitaron los dos agentes que fueron piso por piso preguntando a los vecinos si alguien tenía algún dato que pudiese ayudar en la investigación. Ni estaba de acuerdo, ni dejaba de estarlo, con la lucha armada. Simplemente, no quería problemas.

Tampoco aportó ningún dato que pudiese ayudar a esclarecer el secuestro del capitán Martín Barrios Teresa, que entraba en la calle Elcano en el mismo momento en el que salía de ella el Renault 12. Teresa pudo ver perfectamente cómo el conductor del vehículo se quitaba el pasamontañas. Perpleja, se dio cuenta de que era Unai Altube, uno de los mejores amigos de la infancia de su hijo mayor. Pudo también ver perfectamente cómo, en el asiento de atrás, un hombre todavía con pasamontañas empujaba contra el suelo del vehículo, con fiereza, a lo que parecía ser otro hombre que trataba de erguirse. Nunca lo comentó con nadie.

Algo más de dos horas más tarde, en la farmacia Colón, María Ángeles atendía atareada a los muchos clientes que estaban teniendo aquella mañana.

Miró el reloj. Eran las diez y cuarto y Alberto todavía no había llamado, lo que era muy poco habitual en él. Para Alberto la llamada diaria a su mujer a las diez en punto era sagrada.

A las 10:15 sonó por fin el teléfono.

-Farmacia Colón, ¿dígame?, respondió María Ángeles.

- Buenos días, ¿tienen Optalidón del de antes?

-No, ha cambiado la fórmula, no vamos a recibir más del de antes ni nosotros ni ninguna otra farmacia.

-Vaya. Dice mi marido que el nuevo no le hace nada. Pues nada, muchas gracias.

-A usted, buen día.

Colgó el teléfono.

-A ver si llama de una vez este hombre, pensó María Ángeles.

Se agobiaba fácilmente. Era de esas personas que no pueden evitar pensar que algo malo ha sucedido cuando cualquier cosa no sale exactamente como espera.

-Bueno, estará en una reunión, trató de convencerse mientras comenzaba a atender al siguiente cliente.

A medida que pasaban los minutos su inquietud aumentaba. Habían sido muy contados los días en los años que llevaban juntos, que eran muchos, en los que Alberto no había hecho su llamada de rigor.

Llegaron las 11 y Alberto no había llamado. A las 12, no pudo aguantar más. A riesgo de quedar como una histérica, llamó al Gobierno Militar.

-Buenos días. Quería hablar con Alberto Martín Barrios.

- ¿De parte de quién?, contestó la recepcionista.

-Soy su mujer.

- Un momento por favor.

Tras unos segundos con música de espera, la recepcionista volvió a ponerse al teléfono.

-Disculpe señora, el capitán Martín Barrios no ha venido a trabajar hoy.

-¿Qué? Eso es imposible, salió de casa hace más de cuatro horas. ¿Lo ha comprobado bien?

-Sí señora, es lo que me acaban de decir.

-Páseme por favor con Eduardo Vázquez.

Eduardo era un buen amigo de Alberto. María Ángeles le conocía tanto a él como a su mujer, ya que habían salido varias veces a

cenar los cuatro juntos.

-Le paso, un momento por favor, dijo la recepcionista.

Comenzó a sonar de nuevo la música de espera. La recepcionista apenas tardó unos segundos en redirigir la llamada, y Eduardo descolgó el teléfono en cuanto sonó, pero a María Ángeles la espera se le hizo eterna.

-¿María Ángeles?, contestó por fin Eduardo.

-Eduardo, ¿dónde está Alberto?

-¿Cómo que dónde está? Aquí no ha venido hoy. Al no verle esta mañana en su sitio he pensado que se habría puesto enfermo y que estaría en casa.

María Ángeles se mantuvo en silencio. Supo que algo terrible había pasado.

El teléfono resbaló entre sus manos hasta que cayó, con estrépito, sobre el mostrador de la farmacia.

Capítulo 5

Unai estaba moderadamente tranquilo. Todo lo tranquilo que se puede estar después de haber encañonado y secuestrado a un hombre.

Estaba también orgulloso. Aquello acababa de empezar, quedaba mucho por hacer, pero la primera parte había salido francamente bien.

No era fácil secuestrar a un *miliko* en el centro de Bilbao, cerca del Gobierno Militar, y escapar sin necesidad de pegar ni un solo tiro. Habían sido muchos días ayudando a Aitor en la preparación.

Llevaban dos semanas siguiendo al *miliko*. Habían estudiado sus hábitos. Sabían dónde vivía. Que tenía mujer y tres hijos. A qué hora iba a trabajar, y a qué hora volvía. La ruta de ida y la ruta de vuelta.

Una vez que habían decidido secuestrarle de camino al trabajo, habían analizado con detenimiento en qué punto era mejor hacerlo. Tenía que ser en una calle estrecha para poder cortarle el paso. A la vez, la calle tenía que tener buenas vías de escape. Tanto en coche como a pie, por si había problemas.

Es cierto que ese idiota lo había puesto fácil. Parecía que buscaba que lo secuestrasen. Hacía todos los días la misma ruta, a la misma hora. Siempre él solo. Sin mirar siquiera, aunque fuese de vez en cuando, si alguien le seguía.

-Joder, si un *miliko* piensa que puede moverse por Bilbao sin tener siquiera un poco de cuidado es que no lo estamos haciendo lo suficientemente bien, pensó Unai.

Unai llevaba tiempo militando en ETA, pero esa era la primera vez que tenía la oportunidad de participar directamente en algo grande de verdad. Ya estaba cansado de tanto trabajo de vigilancia, de tanto amenazar a empresarios que no pagaban el impuesto y de tanto robo de coches. Por fin estaba en el lugar que siempre había

querido, trabajando codo con codo con uno de los duros de la organización.

Estaba cumpliendo el sueño que había tenido desde que empezó a tener conciencia política. El mismo que tenían todos sus amigos de la cuadrilla. Era una gran oportunidad, y pensaba aprovecharla.

Unai miró el espejo retrovisor central. Nadie les seguía. Esbozó una sonrisa.

Tenía perfectamente estudiado cómo salir de Bilbao con dirección a Barakaldo por la ruta con menos riesgos. Tomó la calle Hurtado de Amézaga y, desde esta, pudo incorporarse directamente a la N-634. El Renault 12 en cuyo asiento trasero viajaba el capitán Martín Barrios cruzó el río Nervión por el Puente de Rontegi, y tomó la BI-30 hasta el barrio de Lutxana.

Lutxana era un barrio industrial en el que convivían naves y edificios de viviendas. Varios de los pisos francos que ETA utilizó a lo largo de los años se ubicaban en esa zona.

El elegido esta vez estaba en el número 10 de la calle Arriotxe. Era un edificio de fachada blanca, cuatro alturas, garaje subterráneo y buenos accesos. Lo había alquilado un simpatizante de la banda, que lo había cedido para la causa.

Cuando el Renault 12 llegó a la altura del edificio Unai puso el intermitente, frenó suavemente, y metió el coche en el garaje subterráneo. La puerta había sido dejada abierta por Ainhoa, la tercera miembro del comando, que se ocupaba del piso franco.

Ainhoa era más novata que Unai. Además su condición de mujer le relegaba a roles secundarios en la organización.

Casi todas las plazas del garaje estaban libres. La mayoría de los vecinos del edificio estaban trabajando a esa hora, como habían tenido ocasión de comprobar durante las semanas anteriores. Unai aparcó en la plaza que correspondía al piso franco.

El capitán Martín Barrios estaba en el suelo del asiento trasero, en posición casi fetal, mirando hacia abajo. Estaba parcialmente sedado porque Aitor, con quien compartía el asiento trasero, le había obligado a tragarse dos Orfidales cuando todavía no habían salido de Bilbao. La frase "tómate esto, por tu bien", había sido la única que se había pronunciado durante el trayecto de doce minutos entre el lugar del secuestro y el piso franco. Aitor también había metido a Alberto un trapo en la boca, y posteriormente se la había cubierto con cinta para asegurarse de que no podía gritar ni escupir el trapo. Por último, le había puesto un pasamontañas -al revés, para que los agujeros para ojos y boca quedasen en la parte trasera y no viese nada- sobre la cabeza.

Ahora debían subir al secuestrado al piso franco. Era uno de los puntos más sensibles del secuestro. Siempre pasaba cuando se mantenía a los secuestrados en pisos, en lugar de en casas aisladas en zonas rurales. Había que subirles al piso, con el riesgo de que algún vecino pudiese verlo y, si tenían mala suerte, avisase a los *txakurras*. Pese a ese riesgo, preferían mantener a los secuestrados en pisos. La logística era más sencilla.

El piso franco era el 2ºC. Ainhoa estaba en el portal del edificio, asegurándose de que no había nadie. Tras confirmarlo, subió hasta el segundo piso para volver a comprobar -acababa de hacerlo unos segundos antes- que tampoco había nadie en las escaleras. Abrió la puerta del 2ºC, la dejó entreabierta, y bajó al garaje.

-Todo limpio, dijo.

Unai ayudó a Aitor a sacar a Alberto del Renault 12. Una vez fuera, Aitor puso a Alberto un gran abrigo negro, con capucha. Le cerró la cremallera, y le colocó la capucha sobre el pasamontañas que llevaba en la cabeza. Puso un brazo de Alberto sobre sus hombros, le agarró por la cintura, y comenzó a caminar con él hacia la puerta que daba a las escaleras de acceso al portal.

Unai y Ainhoa iban delante. Unai se adelantó bastante, y subió hasta el segundo piso para comprobar que seguía sin haber nadie en las escaleras. Ainhoa se quedó en la puerta de acceso al portal, bloqueándola, con la intención de impedir que nadie accediese.

Aitor comenzó a subir a Alberto por las escaleras, como el que ayuda a un buen amigo que ha bebido más de la cuenta. Aunque Alberto estaba sensiblemente afectado por los tranquilizantes, caminaba sin excesiva dificultad y no oponía resistencia, por lo que a Aitor no le resultaba complicado llevarle.

Cuando iban por el rellano del primer piso, oyeron una puerta abrirse en uno de los pisos superiores.

-Mierda, pensó Aitor, mientras aceleraba el paso.

Unai dejó su puesto en la puerta del piso franco y se apresuró a subir escaleras arriba. Afortunadamente la puerta no era del tercer piso, sino del cuarto, lo que les daba algo más de margen. Aún así necesitaban ganar tiempo, porque de lo contrario era muy probable que la persona que acababa de abrir esa puerta viese a Aitor metiendo al secuestrado en el piso.

Unai se cruzó con la mujer que había abierto la puerta de su vivienda, el 4ºC, cuando esta estaba a punto de llegar al rellano del tercer piso. Necesitaba retenerla unos segundos. Unai se puso en medio de las escaleras, y dijo lo primero que se le ocurrió:

-Hola, soy el nuevo vecino del segundo. Aprovecho para presentarme.

Unai se lanzó a dar dos besos a la señora. Esta, sorprendida, y sin demasiada opción, aceptó aquellos extraños dos besos en medio de las escaleras.

-Un placer. Cualquier cosa que necesitéis, aquí me tenéis, mi piso es el 4ºC.

En ese momento Unai escuchó cómo la puerta del 2ºC se cerraba. Eso significaba que el peligro había acabado.

Dudó unos instantes entre si debía bajar con la señora, o seguir escaleras arriba. Concluyó que lo más coherente con la excusa que había puesto era seguir escaleras arriba.

-Voy a presentarme al resto de vecinos, dijo señalando hacia el piso de arriba.

-No creo que haya mucha gente a esta hora, pero prueba. Lo dicho, un placer, dijo la señora mientras reanudaba el paso.

-Un placer, se despidió Unai.

Unai subió hasta el cuarto piso, y esperó hasta oír la puerta del portal. Cuando escuchó cómo se cerraba, bajó al segundo piso, y llamó a la puerta del piso franco.

Le abrió Ainhoa.

-Por los pelos, dijo Unai.

Mientras tanto, Aitor había metido a Alberto en una de las habitaciones de la vivienda, la que se encontraba al fondo del pasillo, a mano derecha.

La habitación apenas tenía diez metros cuadrados. Daba a un gran patio interior, pero no podía apreciarse porque la persiana estaba bajada y, en cualquier caso, porque la ventana estaba tapada por colchones y mantas viejas que hacían de aislante acústico. En el suelo de la esquina opuesta al lugar en el que estaba la ventana había un colchón y una manta. Al lado, un cubo oxidado.

Aitor empujó a Alberto sobre el colchón. Tras ello, le puso en la muñeca izquierda unas esposas, que enganchó a un robusto radiador que había junto al colchón.

Aitor se puso su pasamontañas de nuevo. Quitó a Alberto el suyo y la cinta de la boca, le sacó el trapo, y le volvió a poner la cinta. Se acercó todavía más a Alberto, y le dijo susurrando:

-Cuando se te pase el colocón, si prometes portarte bien, te quitaré la cinta de la boca. No te quiero hacer daño. Pero como me des problemas te mataré encantado.

Aitor salió de la habitación y fue al salón, en el que ya estaban Unai y Ainhoa. El salón se parecía más a un hogar que la habitación en la que tenían a Alberto, pero tampoco era nada del otro mundo. Había un gran sofá al que ya se le notaban los años, una mesa de madera rodeada de sillas de distintos estilos, y un mueble de pared en el que había una televisión mediana.

-Menos mal que a esta hora no había nadie en el edificio, Ainhoa, dijo Aitor, dedicándole una mirada fulminante.

-Nunca sale nadie a esta hora, hemos tenido mala suerte, se defendió esta.

-Al menos este sí que ha andado listo, dijo Aitor mirando a Unai. ¿Crees que ha visto algo?

-Tranquilos, no ha visto nada, dijo Unai.

-Ya sabéis lo que hay que hacer ahora, dijo Aitor.

Volvió a mirar a Ainhoa:

-Nunca puede estar solo. Tú te quedas siempre en el piso, salvo cuando te mandemos a comprar. No quiero más cagadas.

A continuación miró a Unai:

-Tú y yo haremos turnos. Yo me quedo ahora, quiero estar aquí cuando se le pase el efecto de los tranquilizantes. Tú vuelve mañana a las nueve de la mañana. Vete ya y mira a ver si ves algo raro en las escaleras o en la calle.

-Hecho, nos vemos mañana.

Unai salió del piso, y bajó las escaleras sin prisa para tener más tiempo para corroborar que todo estaba en orden. Salió del portal, y se agachó para desatarse y volver a atarse los cordones de sus deportivas Paredes. Miró a ambos lados de la calle, y no vio nada raro. Todo estaba en orden.

Se fue caminando por la acera, lleno de orgullo.

Capítulo 6

Baquero llegó al edificio de la vieja Dirección General de Seguridad cerca del mediodía. La verdad era que, aunque la Dirección General de Seguridad ya no existía, el edificio apenas había cambiado. Y, para qué engañarnos, la mayoría de los que trabajaban allí seguían siendo los mismos.

Es cierto que ya no se veían -al menos no de manera muy obvia- águilas imperiales, y que donde antes colgaban retratos de Franco ahora colgaban retratos del Rey e, incluso, de algún presuntuoso ministro socialista. Pero los techos altos, los mármoles mal cuidados, los suelos de madera que crujía con cada paso, el olor a una mezcla entre humedad y tabaco negro… no habían cambiado.

El edificio era ahora, en tiempos de democracia, la sede del Ministerio del Interior. Era también la sede de la Brigada Central de Información, para la que prestaba servicios Aranda.

Baquero, después de pasar los muchos controles de acceso, subió en el ascensor hasta la sexta (y última) planta, desde la que operaba la Brigada Central de Información. Para acceder a la sexta planta era necesario superar un control de acceso adicional. Baquero estaba autorizado, por lo que lo superó sin mayor problema.

Estaba perfectamente familiarizado con el lugar, así que se dirigió directamente al despacho de Aranda.

La puerta estaba cerrada, y a través del cristal vio que Aranda hablaba por teléfono, con los pies encima del escritorio, mientras fumaba.

-Tiene pose de chulo hasta cuando no le ve nadie, pensó Baquero.

Aranda vio a Baquero a través del cristal, y le hizo gestos para que pasase antes de que Baquero tuviese tiempo de llamar. Baquero entró al despacho, cerrando la puerta tras él.

La conversación telefónica de Aranda apenas duró unos segundos más.

-Te dejo, que tengo lío. Llámame mañana y me cuentas. Aranda colgó el teléfono.

-Bienvenido a mi humilde despacho, jefe. Casi más grande que el tuyo en Bilbao, dijo Aranda.

-No sé si es más grande o más pequeño, pero que tiene más mierda, seguro, respondió Baquero.

Aranda sonrió.

-Bueno, nos tendrá que valer. Llamo a Gutiérrez y empezamos. Descolgó el teléfono, y marcó la extensión de su fiel compañero.

-Niño, vente a mi despacho.

En menos de un minuto apareció en la puerta del despacho. Llamó educadamente, y Aranda le hizo gestos para que entrase.

Gutiérrez -que se llamaba Miguel, pero tampoco nadie en el cuerpo le llamaba así- tenía 30 años, frente a los 38 que tenía Aranda. Seguramente la diferencia de edad no justificaba que uno llamase al otro "niño", pero Aranda siempre le llamaba así. Es cierto que, cuando empezó a trabajar con él, Gutiérrez apenas tenía 21 años, así que lo de "niño" estaba, al menos por entonces, más justificado. Y también es cierto que no aparentaba la edad que tenía, lo que podía justificar el mantenimiento del mote.

-Buenos días señor Baquero.

-De tú Gutiérrez, te lo he dicho treinta veces. ¿Todo bien? ¿La familia?

-Todo bien, con mi señora esperando el segundo hijo. Viene para febrero.

-Enhorabuena. Cuida a tu santa mejor que tu jefe a la suya. Te digo yo que cualquier día vuelve y se encuentra las maletas en la calle.

-Tendrá queja mi santa, dijo Aranda.

Todos sonrieron sabiendo, Aranda incluido, que si algo le sobraba a su mujer eran, precisamente. razones para quejarse.

Baquero decidió que era hora de cortar la cháchara y de entrar en faena.

-Vamos a ponernos serios señores. Ya sabéis para lo que vengo. ETA ya ha reivindicado el secuestro de Martín Barrios. Hay que hacer todo lo posible para impedir que esos hijos de puta le maten. Lógicamente no se va a suspender, como piden, el juicio contra los etarras que asaltaron el cuartel de Berga, pero está habiendo muchas presiones para que se les dé algo. Los de arriba están intentando negociar, parece que está tratando de mediar el PNV.

-¿Y a estas alturas nos seguimos fiando de esos?, preguntó Aranda, mostrando de forma muy evidente su rechazo a la idea.

-No, eso no va a ningún sitio, contestó Baquero. Pero están empeñados en intentarlo, y eso no depende de nosotros.

-Entonces, ¿no hacemos nada todavía con lo de Korta?, preguntó Aranda.

Korta era el alias de Gorka Aranburu, uno de los hombres fuertes de ETA en ese momento. Era el responsable de la logística de la banda en el sur de Francia. Aranda y Gutiérrez, gracias a sus contactos en la zona, le habían localizado unos días antes, y le tenían bajo seguimiento.

-De momento esperamos, respondió Baquero.

-Tenemos dos tipos encima suyo, ¿verdad Niño?, continuó Aranda.

-Sí, a "El Moro" y a "El Cura". Le llevan vigilando cuatro días, y no se ha movido demasiado. Le tenemos bastante bajo control, pero ya sabéis cómo es esta gente. De repente mañana desaparece y no le volvemos a encontrar en años, apuntó Gutiérrez.

-Lo sé, lo sé. Es una oportunidad cojonuda, pero arriba quieren esperar. Es lo que hay. Si le perdemos, será responsabilidad suya, contestó Baquero.

-Se van a cargar a Martín Barrios mientras los de la moqueta y el coche oficial se dan la razón los unos a los otros, protestó Aranda.

-Esperemos que no. A nosotros solo nos queda estar preparados para hacer lo nuestro si llega el momento y nos dejan, replicó Baquero con contundencia, dejando claro que no iba a seguir disertando sobre si la decisión de esperar era o no correcta.

-Por nuestra parte está todo listo. Como ha dicho Gutiérrez "El Moro" y "El Cura" están allí. Esos cabrones tienen el culo pelado y lo harán bien. En cuanto me digas, les pido que le metan en un maletero y se lo traigan para la madre patria.

-No, el "señor X" ha dicho que si vamos a hacer una operación encubierta en Francia tiene que ser con nuestra gente, dijo Baquero.

Aunque después de la cena en el Jockey Aranda había hablado varias veces más sobre las operaciones clandestinas a realizar en Francia con el propio Baquero, y también con el secretario de Estado para la seguridad, era la primera vez que escuchaba aquello de "señor X" que Baquero había soltado con toda naturalidad. Le hizo gracia el nombre, que parecía sacado de esa tercera película de *Guerra de las galaxias* que acababan de estrenar.

Aunque era la primera vez que escuchaba lo de "señor X", tenía pocas dudas sobre quién era, y en cualquier caso no pensaba preguntarlo. Así que simplemente lo ignoró y se centró en lo que había dicho ese "señor X", que era lo que verdaderamente le tocaba las pelotas.

-¿Cómo que con nuestra gente? ¿No habíamos quedado en que tenía que ser todo con gente de fuera? Llevamos un mes yendo y viniendo de Francia para contratar gente, tenemos todo el *tinglao* montado.

-Esta vez quieren que lo hagan los nuestros. Ya hay un equipo preparado. Hay mucho miedo a que algo pueda salir mal y nos explote en la cara. Ya habrá oportunidades para vuestros chicos, vosotros seguid con lo que estáis haciendo, que lo estáis haciendo bien. Y sobre todo, decidles a "El Moro" ese y al otro que no pierdan la pista a ese hijo de perra. ¿Cómo habéis dicho que se llama el otro?

-"El Cura", dijo Gutiérrez.

-Joder, ¿pero es cura de verdad?

Gutiérrez iba a contestar.

-Calla, calla, prefiero no saberlo, dijo Baquero.

Capítulo 7

Ainhoa estaba lavando los platos, vasos y cubiertos que habían utilizado para comer ella, Aitor y el secuestrado.

Llevaban seis días de secuestro, y a Ainhoa se le empezaba a hacer muy largo. Le preocupaba cuánto más podría todavía alargarse.

Estaba un tanto desubicada, superada por los acontecimientos. Y también desencantada. Aquello no estaba siendo lo que esperaba.

Llevaba unos meses colaborando con ETA, pero hasta ese momento solo había participado en cosas pequeñas, sin contacto directo, ni siquiera cercano, con ningún atentado.

Era una idealista. Estaba convencida de que la lucha armada seguía siendo necesaria. No porque le gustase la violencia, sino porque creía firmemente que solo mediante la lucha armada podían defenderse frente a la salvaje represión a la que el Estado español seguía sometiendo al pueblo vasco, por mucho que ahora lo hiciese bajo la falsa apariencia de un régimen democrático. Creía que en realidad nada había cambiado con la llegada de la democracia. Eran los mismos perros con distintos collares.

Lo que le había empujado a dar un paso más en su colaboración con ETA, y le había llevado a estar en ese piso, lavando platos con un hombre secuestrado en la habitación de al lado, había sido la reacción del Estado español en respuesta al asalto al cuartel de Berga.

En noviembre de 1980 varios miembros de ETA intentaron apoderarse de armas de guerra, fundamentalmente fusiles CETME, asaltando la instalación militar del Batallón de Cazadores de Montaña Cataluña IV, en la localidad de Berga. Fueron sorprendidos por un centinela que dio la voz de alarma, y fueron todos detenidos.

Los detenidos iban a enfrentarse a un juicio militar. El consejo de guerra comenzaría el 25 de octubre de 1983.

Ainhoa consideraba inaceptable que, en una supuesta democracia, esos hombres fuesen a ser juzgados en un juicio sin garantías por un tribunal militar, enfrentándose a penas de hasta 95 años de prisión. Por eso, cuando le ofrecieron la posibilidad de participar en aquella acción orientada a exigir al Estado español la suspensión del consejo de guerra, no lo dudó.

No obstante, estaba comprobando que la práctica era más difícil que la teoría. Una cosa era considerar que secuestrar a un *miliko* para exigir la suspensión de un juicio injusto era una medida lícita y estratégicamente acertada, y otra cosa bien distinta era participar directamente en el secuestro.

Durante esos primeros días de secuestro ella solo se había dedicado a tareas secundarias como hacer la compra, cocinar o limpiar ese cubo asqueroso donde el secuestrado hacía sus necesidades. No tenía reparos en hacerlo. Veía, no era tonta, que el reparto de tareas que hacía la organización poco tenía que ver con la igualdad entre géneros que formalmente defendían, pero poco podía hacer al respecto más que resignarse. Peor todavía trataba a las mujeres el Estado reaccionario español.

Pero que sus tareas fuesen solo esas no quitaba que estuviese participando en un secuestro. Y se le estaba haciendo duro.

Tener allí, esposado a un radiador, a un hombre al que buscaba medio país, era una fuente de estrés importante. Pero Ainhoa era fuerte. Estaba convencida de que lo hubiese llevado razonablemente bien si la persona atada a ese radiador hubiese sido la adecuada. El problema es que Ainhoa tenía muchas dudas de que lo fuese.

Ella no tenía más información sobre aquel hombre que la que le llegaba por televisión. Era un *miliko*, sí, pero del cuerpo de farmacia. Cuando le habían dicho que iban a secuestrar a un *miliko* para exigir la suspensión del consejo de guerra había dado por hecho que sería a uno "de verdad". Alguien con un cargo de responsabilidad, o

alguien relacionado con el propio consejo de guerra. No entendía que tuviesen allí secuestrado a un farmacéutico.

Trataba de tener con él el mínimo contacto posible, para evitar el sentimiento de empatía que a veces tenía.

El primer día de secuestro, cuando se le pasó el efecto de los tranquilizantes, Ainhoa había entrado a la habitación a llevarle comida y agua. Le impactó ver a aquel hombre hecho un ovillo encima del colchón, temblando ostensiblemente, y gimoteando.

El segundo día Ainhoa había vuelto a entrar en la habitación, de nuevo a llevarle comida y agua y a llevarse el cubo. Ese día Alberto estaba sentado sobre el colchón. Cuando Ainhoa se estaba agachando para dejar la comida y el agua cerca del colchón, al alcance del secuestrado, escuchó cómo este le preguntaba con apenas un hilo de voz:

-¿Me vais a matar?

A Ainhoa se le hizo un nudo en el estómago. Le hacía sentir muy incómoda la debilidad que transmitía aquel hombre. Dudó un instante si debía contestar. Recordó que Aitor les había instruido para que le trasladasen tranquilidad.

-No te vamos a hacer nada.

-¿Sabe mi mujer que estoy vivo?

-No lo sabe, pero ya lo comprobará cuando te liberemos.

-¿Cuándo me vais a liberar?

-Eso no depende de nosotros. Aquí te dejo la comida.

Ainhoa salió apresuradamente de la habitación.

Desde ese día no volvió a hablar con él. Se limitó a llevarle agua y comida, a limpiar el cubo y a atender las necesidades adicionales

que pudiera tener, que eran contadas.

La convivencia con Aitor tampoco estaba contribuyendo a la paz mental de Ainhoa. Ese hombre se pensaba que era su maldita criada. Se pasaba las horas que estaba en el piso tirado en el sofá, viendo la televisión y bebiendo cerveza. Eso cuando no estaba comiendo como un auténtico cerdo. Comida que, por supuesto, tenía que preparar Ainhoa, quien también tenía que recoger la mesa y fregar los platos.

Además, Aitor miraba a Ainhoa como un auténtico pervertido.

Ainhoa era muy joven, acababa de cumplir los 19 años. Su belleza llamaba la atención.

Medía un metro sesenta y cinco. Su pelo era moreno, muy rizado, algo desordenado. Su piel era clara. Y sus ojos, grandes y de un gris muy claro, eran de esos que no se olvidan.

Nunca se maquillaba. Siempre vestía con vaqueros anchos, camisetas y parkas. Su abuela a menudo le decía que daba la impresión de que intentaba parecer fea. Pero lo cierto es que rara vez lo conseguía.

A Ainhoa le repateaban los babosos. Y no entendía que, en un puñetero secuestro, tuviese que estar preocupándose de uno.

El mejor momento de cada día de secuestro para Ainhoa era cuando llegaba Unai y, automáticamente, se iba Aitor. Unai y Aitor rara vez coincidían en el piso más de los diez minutos que esperaban, cada vez que llegaba el otro, para evitar que sus entradas y salidas fuesen sospechosas.

Las llegadas de Unai no solo eran esperadas con impaciencia por Ainhoa porque supusiesen que Aitor se marchase. Le gustaba pasar tiempo con Unai.

Estaba claro que no era el escenario ideal para conocerse. Pero, pese a todo, pese a la situación, pese a sus dudas, conseguía disfrutar del tiempo que pasaba con él.

Unai tenía cuatro años más que Ainhoa. Era algo más alto que ella. Era delgado, ligeramente musculado. Tenía el pelo castaño, y llevaba casi media melena. No podría decirse que fuese guapo, pero sí atractivo. Al menos, para Ainhoa era atractivo.

Ainhoa le había conocido apenas tres semanas antes, cuando Unai llegó con Aitor desde Francia para comenzar con los trabajos de vigilancia. Pero sentía que había conectado con él muy rápido.

Le gustaban muchas cosas de Unai. Le gustaba la ilusión que mostraba en todo lo que hacía. También su ambición, cualidad que Ainhoa no tenía, y que quizás por ello admiraba en otros. Y también su compromiso, era obvio que estaba dispuesto a todo por sus ideales.

Lo único que no le gustaba de Unai era la admiración que sentía por Aitor, y la necesidad que tenía de agradarle, que a veces resultaba demasiado evidente.

-¿Cómo una persona tan interesante podía admirar a alguien tan desagradable?, pensaba Ainhoa.

Le parecía inapropiado estar pensando en relaciones personales en una situación como esa. Pero uno no elige dónde, ni cuándo, ni en qué circunstancias comienza a sentir algo por alguien. Y Ainhoa estaba empezando a sentir algo por Unai.

Obviamente no iba a permitir que nada pasase durante el secuestro. Pero quizás, una vez pasase aquello, podrían tener una oportunidad juntos. Ella tenía la intuición, o quizás era solo una ilusión, de que a Unai ella también le gustaba.

Ainhoa no tenía ninguna información sobre cuáles iban a ser los siguientes pasos en el secuestro. Solo podía elucubrar sobre cuánto

tiempo de secuestro podía quedar en función de lo que iba viendo que sucedía.

El día anterior Aitor le había pedido que colocase una *ikurriña* y algunos carteles y pegatinas de la organización en la pared situada tras el colchón en el que pasaba día y noche el secuestrado.

Ese mismo día, Aitor había llevado una cámara de fotos, y había hecho varias fotos al capitán Martín Barrios con la *ikurriña*, los carteles y las pegatinas de fondo. Después había montado en la cocina, que no tenía ventanas, un básico pero funcional laboratorio de revelado. En apenas una hora tenía reveladas, con una calidad aceptable, cinco de las fotos que había hecho.

Ainhoa, para sus adentros, pensó que ese hombre sería repugnante, pero desde luego tenía recursos.

Aitor no dijo ni a Unai ni a Ainhoa para qué eran exactamente las fotos, pero los dos lo imaginaban.

Unai y Ainhoa corroboraron cuál era el propósito de las fotos el día 15 de octubre. Se enteraron, como la mayoría del resto de españoles, por televisión.

Ese día, como tantos otros, Ainhoa y Unai estaban en el salón del piso franco, compartiendo confidencias. Tenían puesta Televisión Española de fondo, como casi siempre, para ver si decían algo del secuestro. La sensación de ver por televisión cómo divagaban sobre el paradero y destino del hombre que tenían secuestrado a apenas unos metros, en la habitación de al lado, era extraña. A Unai le hacía sentir poderoso, especial. Ainhoa trataba de no prestar atención cuando salían declaraciones de la familia, para evitar que surgiese ese sentimiento de empatía contra el que luchaba.

Unai se levantó a subir ligeramente el volumen, y a cerrar la puerta del salón.

-Mira, van a decir algo, dijo.

En la televisión estaba puesto el telediario de la tarde, y hablaba el presentador, Luis Mariñas. Era una de las caras más míticas de la televisión de la época.

> -Nos llegan noticias del secuestro del capitán de farmacia Alberto Martín Barrios. La banda terrorista ETA asegura que se encuentra en perfecto estado, y afirma que será liberado si en las próximas 72 horas se lee en esta casa, íntegramente, el comunicado que la organización terrorista ha remitido a distintos medios de comunicación exponiendo los motivos por los que el juicio militar frente a los autores del asalto al cuartel de Berga debe ser suspendido. ETA afirma que, si el comunicado no se publica dentro de ese plazo, ejecutará al capitán Martín Barrios.
>
> Como prueba de que se encuentra en buen estado la organización terrorista ha hecho llegar a varios medios de comunicación las fotos del capitán que ven en pantalla.

-Ya te dije que las fotos eran para eso, presumió Unai. Vamos hostia, te digo yo que están cagados y que publicarán el comunicado. Saben que no nos andamos con tonterías.

-Pero aunque lean el comunicado, está por ver que luego vayan a suspender el consejo de guerra, apuntó Ainhoa.

-Bueno, por algo se empieza. Si luego no lo suspenden es tan fácil como secuestrar a otro *miliko*.

Ainhoa esperaba que, si había otro secuestro, fuese de alguien que lo mereciese. Pero no compartió este pensamiento con Unai.

-Lo que parece claro es que esto va a terminar pronto, dijo Ainhoa.

-¿Tantas ganas tienes de perderme de vista?, dijo Unai.

-Ya sabes que no es eso. Lo que quiero es que publiquen el comunicado, liberemos al *miliko* donde sea, y salgamos de este piso.

Y, sobre todo, que liberen a los compañeros.

-Pues para eso tienen que cumplir estos putos *espainolak*.

Capítulo 8

Alberto Martín Barrios estaba tumbado en el colchón de la habitación en la que le tenían secuestrado, mirando al techo y maldiciendo su suerte. Así había pasado los siete días anteriores. Su actividad se limitaba a eso, a intentar dormir lo que podía -que era muy poco-, a comer una vez al día, y a pegar la oreja a la pared para tratar de oír lo que sus secuestradores hablaban en la habitación contigua, o lo que decían en la televisión.

Nadie se lo había confirmado, pero desde el primer segundo, desde que estaba recibiendo puñetazos mientras aquel hombre le gritaba que saliese del coche, sabía que detrás estaba ETA. Nadie más se atrevía a secuestrar a un hombre a punta de pistola en pleno centro de Bilbao.

Él nunca había considerado estar en peligro. Muchos de sus compañeros en el Gobierno Militar estaban amenazados, y tenían escolta. Pero él era un farmacéutico. Ni estaba amenazado ni le habían siquiera ofrecido nunca un escolta. Para qué iba a querer ETA hacer nada a un farmacéutico.

Se preguntaba cómo habría acabado él en la lista de objetivos de ETA. Todo el mundo en el País Vasco sabía cómo acababa la gente en esa lista. O bien eras un enemigo evidente de la banda, o bien alguien de tu entorno te había colocado allí. Unas veces era un vecino al que no le caías bien. Otras, un antiguo compañero de universidad que no aceptaba que hubieras progresado más que él. Bastaba que alguien del entorno *abertzale* te identificase como posible objetivo para que pudieses entrar en la lista. Y si entrabas, tenías muchas posibilidades de acabar con una bala en la cabeza, o de volar por los aires al arrancar tu coche.

Alberto no tenía ni idea de cómo había acabado en esa lista. Pero el caso era que allí estaba, secuestrado en una habitación de mala muerte ubicada a saber dónde.

En cualquier caso lo que le preocupaba, más que cómo había acabado allí, era si iba a salir de allí con vida.

Los primeros días los vivió con un pánico constante a que le hiciesen algo. Miedo a que, en cualquier momento, comenzasen a pegarle, a torturarle, o directamente a que le matasen. Estaba harto de ver por televisión cómo ETA mataba gente. A aquella gente no le temblaba el pulso. Y él estaba allí, atado a un radiador, a su merced.

Con el paso de los días, el miedo se fue convirtiendo en tristeza. Tristeza por lo que él mismo estaba pasando, pero también por lo que suponía que estaban pasando su mujer e hijos.

Más allá de los dos puñetazos que recibió el primer día, cuando todavía estaba en su coche, nadie le había puesto la mano encima. Comía razonablemente bien, lo que preparaba cada día esa chica de voz dulce con la que el segundo día había intercambiado algunas frases, pero que hacía ya tiempo que no le dirigía la palabra.

Le dejaban estar sin los ojos tapados cuando estaba solo en la habitación, que era la mayor parte del tiempo, pero le obligaban a ponerse el pasamontañas del revés cuando alguno de los secuestradores llamaba a la puerta para entrar.

Cumplía obedientemente. Lo veía como una buena señal. Si estaban tan preocupados porque no les viese las caras, sería porque no querían que les pudiese identificar cuando le liberasen.

También le pareció buena señal el tema de las fotos. Ese hombre le había dicho que se las iban a enviar a los medios de comunicación. Así María Ángeles sabría que estaba bien. Además, si su intención fuese matarle, ¿para qué iban a hacerle fotos?

Trataba de ser positivo. De autoconvencerse de que, tarde o temprano, le iban a soltar. Si hubiesen querido matarle, lo hubiesen hecho ya.

A apenas veinte kilómetros del lugar en el que estaba secuestrado Alberto, María Ángeles también trataba de ser positiva. Pero tenía menos éxito que Alberto.

No había salido de casa desde el día del secuestro. Mantenía la farmacia cerrada. Nadie se lo había dicho, pero en el escaparate había aparecido una pintada que decía: *Gora ETA*.

Los niños sí que estaban yendo al colegio. María Ángeles no quería que perdieran clase, ni que estuviesen todo el día en medio del ambiente de drama que se respiraba en casa. Porque María Ángeles lo intentaba, pero no podía dejar de llorar.

No podía dejar de pensar en dónde estaría Alberto y, peor aún, en lo que estaría pasando.

Cada vez que sonaba el teléfono le daba un vuelco al corazón. Cada llamaba podía ser para informarle de que Alberto había aparecido sano y salvo, o para decirle que había aparecido muerto en una cuneta.

Y luego estaba lo de la prensa. Desde el mismo día del secuestro su puerta estaba llena de periodistas, que hacían guardia día y noche. María Ángeles no quería hablar con nadie, y mucho menos hacer declaraciones a la prensa. Pero la policía le había recomendado hacerlo. Le habían dicho que era importante que la gente pusiese cara a esa mujer que lloraba el secuestro de su marido, ya que ello generaría empatía y, quizás, aumentaría las posibilidades de que ETA liberase a Alberto.

Así que lo hizo. Permitió, varias veces, que equipos de televisión convirtiesen su salón en un pequeño plató, y que invadiesen su intimidad en el momento más difícil de su vida. Permitió que toda España viese su duelo, confiando en que eso contribuyese, aunque fuese mínimamente, a que la probabilidad de volver a ver a su marido aumentase. Permitió incluso, muy a su pesar, que entrevistasen a su hijo mayor, de nuevo siguiendo la recomendación

de la policía, que le dijo que ese tipo de cosas calan en la opinión pública, y harían más difícil para ETA justificar un posible asesinato.

-Es un lío todo esto, pero creo que ahora lo tengo más claro. Soltarán a papá después del juicio de Berga, había dicho el crío en la entrevista, cuando la petición de la banda era todavía la suspensión del consejo de guerra.

Ver en Televisión Española las fotos de Alberto enviadas por ETA dio a María Ángeles un pequeño hilo de esperanza. Al menos todavía estaba vivo. Pero la publicación de las fotos también puso el reloj a contar. ETA había anunciado que matarían a Alberto si en un plazo de 72 horas no se publicaba ese comunicado.

María Ángeles había rogado a la policía que lo publicasen. Pero nadie se había atrevido a confirmarle que fuesen a hacerlo.

Capítulo 9

Mercedes Onaindia estaba tumbada en la cama de matrimonio que compartía con su marido, Luis, en la habitación principal de la casa que habían comprado el año después de casarse en el 4ºC del número 10 de la calle Arriotxe. Eran las dos de la mañana, y Luis dormía a su lado profundamente desde hacía dos horas y media. Ella se había acostado a la misma hora, pero no podía dormir.

Llevaba con problemas para dormir una semana. Cada día que pasaba iban a más. La noche anterior apenas había pegado ojo. Y esa noche iba camino de lo mismo.

Cada vez estaba más convencida de que no eran imaginaciones suyas.

Desde el primer momento aquel chico le había parecido muy raro. Le llevaba viendo por el edificio tres semanas, y al principio parecía casi que él, el otro hombre, y la chica se escondían para no cruzarse con nadie. Y de repente, se le encuentra en medio de la escalera, le dice que quiere presentarse, y le planta dos besos como si fuese la persona más sociable del mundo. Muy raro.

Ese mismo día, en el telediario de la noche, había visto que ETA había secuestrado a ese capitán de farmacia. El pensamiento le vino a la cabeza de inmediato.

-¿Y sí…?

Al principio quiso desechar la idea.

-No seas fantasiosa, se dijo a sí misma.

Pero nunca la desechó.

Al día siguiente estuvo muy pendiente de los movimientos del 2ºC. A las nueve de la mañana llegó uno de los chicos, que no debía haber pasado la noche allí. A las nueve y cuarto salió de la casa el otro. Nadie más salió ni entró en todo el día.

Al día siguiente lo mismo. Uno llegó a las nueve, y el otro salió a las nueve y cuarto. Al siguiente, exactamente lo mismo.

Salvo que a Mercedes se le hubiese escapado, lo que le extrañaba porque estaba poniendo mucho empeño en su investigación, la chica llevaba sin salir del piso tres días.

Mercedes trataba de buscar alternativas más verosímiles que su hipótesis principal, consistente en que aquellos jóvenes eran etarras y tenían allí secuestrado al capitán Martín Barrios. Pero no las encontraba.

Es cierto que los jóvenes tenían relaciones cada vez más raras. Pero ni en las más modernas series americanas había visto ningún tipo de relación que justificase que dos chicos se alternasen un día sí y otro no para vivir con una chica, y que esta nunca saliese de casa.

La chica salió por fin del piso el cuarto día. Cuando, tras escuchar el sonido de la puerta, Mercedes comprobó a través de la ventana que quien había salido era la chica, se apresuró a coger su carro de la compra y a bajar tras ella.

Aunque tardó muy poco en coger el carro y en bajar las escaleras, cuando llegó a la calle la chica ya no estaba. Confió en que hubiese ido a comprar al Eroski del barrio, así que se dirigió hacia allá, caminando rápido.

Al cruzar la esquina confirmó que la chica iba efectivamente hacia el Eroski. Entró tras ella, y le siguió con todo el disimulo que pudo por los pasillos. Vio cómo compraba comida y bebida. Nada que a Mercedes le llamase la atención.

La chica pagó la compra, y fue de vuelta al piso, cargando con todas las bolsas, que aparentaban pesar más que ella.

Mercedes no sacó nada en claro de su pequeño seguimiento a la chica hasta el supermercado. Sus dudas seguían en el mismo punto.

Esa noche, cuando llegó su marido a casa de trabajar, decidió compartir sus sospechas con él.

-Creo que el capitán ese que ha secuestrado la ETA está en el 2ºC, soltó de sopetón.

-¿Cómo?, preguntó Luis, que había comprendido la frase perfectamente, pero que necesitaba tiempo para asimilarla.

-Pues eso, que creo que el hombre secuestrado por ETA está en el 2ºC.

-No seas fantasiosa, por favor, Mercedes. Y déjame cenar tranquilo. Además, ¿en ese piso no vive la familia esa con ese niño que da tanta guerra?

-Estás tú bueno. Esos se fueron hace tres meses ya. Ahora hay dos chicos y una chica que hacen cosas muy raras.

-A santo de qué va a tener ETA aquí a ese hombre. Le tendrán en un caserío a saber de dónde. Y en cualquier caso con cosas de ETA ver, oír y callar, que pareces nueva.

Mercedes comprendió que no iba a convencer a su marido sobre sus sospechas, así que se fue de la cocina.

Estaba convencida de que tenía razón. Y cuando tenía razón, tenía la necesidad de que se la diesen. Así que, a las tres menos cuarto de la mañana, tomó la decisión de que al día siguiente, en cuanto Luis se fuese a trabajar, iría a la comisaría a informar de sus sospechas.

El simple hecho de tomar esa decisión le quitó un peso de encima, y menos de cinco minutos después se quedó dormida.

Al día siguiente, a las nueve y veinte, tan pronto como constató que los hombres del 2ºC habían cumplido su ritual diario intercambiándose su lugar en el piso, Mercedes salió de su casa con dirección a la comisaría.

De camino, el corazón le latía mil por hora. Hasta ese momento se había tomado aquello casi como un juego. Pero si iba camino de la comisaría significaba que creía firmemente que era verdad. Significaba que creía que dos pisos más abajo del suyo había un hombre secuestrado por ETA desde hacía ocho días.

Solo entonces comenzó a plantearse las consecuencias que aquello podía tener para ella si efectivamente lo denunciaba y era verdad. ETA sabría que había habido un chivatazo, y de los primeros de los que sospecharían sería de los vecinos. ¿Qué pasaría si llegaban a identificarle? Se había cruzado con aquel chico tan raro en la escalera, e incluso le había dado dos besos. Seguro que, si eran etarras y les arrestaban, mandarían a alguien a por ella.

Mercedes cada vez caminaba más despacio. De repente parecía que no quería avanzar. Cuando ya estaba caminando anormalmente despacio, una voz le sacó de sus pensamientos:

-¡Mercedes! ¿Dónde vas?

Tardó unos segundos en reaccionar.

-¡Mercedes! ¿Estás bien?

Mercedes reaccionó por fin. La voz era de Juana, una vecina del barrio.

-Perdona, que iba pensando en mis cosas. Voy… a la frutería, a comprar unas naranjas.

-¿Y no vas donde la Tere, que te pilla mucho más cerca?

-Eh…no, últimamente estoy yendo a otra que han abierto por aquí.

-Ah, pues no la conozco. Ya la probaré algún día, que la Tere se está viniendo muy arriba con los precios. Bueno, me alegro de verte.

-Lo mismo, dijo Mercedes.

El encuentro con Juana hizo que Mercedes asumiese una decisión que en realidad ya había tomado unos minutos antes. No iría a la comisaría. Luis tenía razón, aquello eran imaginaciones suyas. Tenía que admitir que siempre había sido muy peliculera. ¿Cómo iba a tener ETA secuestrado a un hombre al que buscaba toda la policía del país debajo de su casa?

Desde luego, ahora que lo pensaba bien, menuda tontería.

Capítulo 10

Joxean Lasa y Joxi Zabala eran amigos desde siempre.

Siendo unos niños compartieron largas jornadas de chapas, peonzas y canicas. Más adelante, en su adolescencia, compartieron cuadrilla, *txokos*, y largas noches de farra, pero también fuertes inquietudes sociales y políticas.

Ambos, desde muy jóvenes, simpatizaban con ETA. Y seguían siendo muy jóvenes -todavía menores de edad- cuando comenzaron a colaborar con la organización. Junto a otro amigo de la infancia, Íñigo Alonso, formaron el que se conoció como comando *Gorki*.

Joxean y Joxi tuvieron que abandonar su querida Tolosa a finales del año 1981, cuando ambos tenían 18 años.

El 6 de noviembre de ese año atracaron a punta de pistola, junto a su compañero de comando, la Caja Laboral Popular ubicada en la calle San Francisco de Tolosa.

La policía les sorprendió en pleno atraco. Joxean y Joxi consiguieron escapar tras un violento tiroteo. Íñigo, sin embargo, fue arrestado.

Tras el atraco huyeron de España. Se trasladaron a la localidad francesa de Bayona, muy cerca de la frontera española. No habían ido a Bayona por casualidad. Habían ido a Bayona porque allí la policía española no podía perseguirles. Porque allí eran refugiados políticos.

Habían pasado casi dos años desde entonces. Echaban de menos Tolosa, particularmente a su familia y amigos, pero habían vuelto a hacer su vida en Iparralde.

El Comité de Refugiados les había ayudado a obtener sus permisos de residencia temporales y a encontrar un trabajo. Sus trabajos no eran gran cosa, pero les permitían tener el dinero suficiente para

vivir. Además habían hecho muy buenos amigos en Iparralde, en su mayoría otros refugiados.

Era habitual que los fines de semana recibiesen la visita de familiares o amigos que viajaban a Bayona desde Tolosa. Ese día, 16 de octubre de 1983, había sido Iker, hermano de Joxi, el que había ido a pasar el día con ellos.

Pese a que Joxi era feliz en su ya no tan nueva vida en Iparralde, no podía evitar emocionarse cuando alguien de su familia le visitaba. Verlos le recordaba todo lo que había tenido que dejar atrás. Ver a su hermano, y abrazarle, lo significaba todo.

-¿Cómo está la *ama*?, fue lo primero que preguntó Joxi a Iker, como siempre que le veía.

-Pues hablando siempre de ti, como si no tuviese más hijos. Sabes que este es un puto mimado, ¿no?, dijo Iker mientras daba un abrazo a Joxean.

-Claro que lo sé, es un niño de mamá. ¿Pero nos has traído el marmitaco de vuestra *ama* o no?

-Vaya par de desgraciados sois. ¿Pero habéis cocinado algún día desde que estáis aquí?

-Tu hermano intentó hacer el otro día una tortilla y casi salimos ardiendo, dijo Joxean.

Joxean era prácticamente uno más en la familia de Joxi, igual que Joxi lo era en la de Joxean.

Fueron a comer los tres a *Chez Pantxua*, un restaurante que frecuentaban mucho tanto ellos como otros refugiados. Estaba en Anglet, una localidad pegada a Bayona, y servían comida tradicional vasca. A Joxean y a Joxi les gustaba mucho porque les ayudaba a sentirse como en casa durante unas horas. Máxime si estaban acompañados de algún familiar o amigo.

Habitualmente las visitas que recibían Joxean y Joxi llegaban por la mañana, pasaban el día con ellos, y volvían a Tolosa por la tarde. Ese día, sin embargo, Joxean y Joxi estaban pasando un rato particularmente agradable con Iker. Pasaron la sobremesa recordando anécdotas de cuando eran chavales. Ya se les habían contado mil veces, pero disfrutaban como si fuese la primera vez.

Además, a Joxean y a Joxi les encantaba que Iker les contase cosas de Tolosa. Quién andaba con quién. Quién había dejado embarazada a quién. O quién se había emborrachado más de la cuenta y había sido la comidilla del pueblo durante unos días.

En el restaurante les tuvieron que pedir amablemente que se fuesen, porque ya eran las seis e iban a cerrar hasta la cena.

Todavía no querían separarse, así que se fueron de bares por Bayona. Terminaron cenando en casa de un matrimonio de amigos de Joxean y Joxi, también refugiados.

A las once y media llegó finalmente el momento de despedirse. Joxean y Joxi insistieron a Iker para que fuese con ellos a una fiesta de *ikastolas* en la localidad cercana de Arcangues, pero este no quiso.

-Quédate joder, y te vuelves mañana, insistió Joxean.

-Cómo se nota que no tienes hijos. Bastante me habéis liado ya, cabrones. Me voy para Tolosa que tengo dos horas de camino, respondió Iker.

-Vale, vale, jubiletas, dijo Joxean riendo. El día que te vuelvan a dar permiso nos vemos.

-Anda, pasadlo bien.

Iker salió del piso. Se dirigió a su coche, que había dejado aparcado en un pequeño aparcamiento de tierra cercano, y puso rumbo a Tolosa.

-Bueno, vosotros os venís, ¿no?, dijo Joxi, dirigiéndose al matrimonio de amigos.

-Yo ni de broma, dijo su amiga. No veo la hora de acostarme.

-Y yo tampoco. ¿Dónde queréis que vaya a las once y media de la noche? ¿Vosotros es que no os cansáis nunca?

-Otros jubilados, dijo Joxean riendo. Pues nada Joxi, tú y yo mano a mano, como siempre.

-Por lo menos nos dejaréis el coche, ¿no?, dijo Joxi.

-Jajaja qué morro tenéis, dijo su amigo. Lo quiero de vuelta sin un rasguño, eh.

-Pues claro. Bueno, aquí os dejamos para que os deis amor, que me parece a mí que es por lo que queréis perdernos de vista. Vamos Joxean, dejemos aquí a los abuelos.

-Nos vemos abueletes, dijo Joxean, mientras los dos salían por la puerta del piso.

Salieron a la calle, y se dirigieron al mismo aparcamiento de tierra del que había sacado su coche Iker unos minutos antes.

-Conduces tú que vas mejor, ¿no?, dijo Joxi, tirando las llaves a Joxean.

-Qué cabrón eres. Pues como siempre, tú no conduces ni aunque te paguen.

Joxean se dirigió a la puerta del conductor del Renault 4L verde de su amigo, y Joxi a la puerta del copiloto.

Cuando Joxean ya estaba dentro del coche, y Joxi a punto de entrar, tres hombres se acercaron por detrás al Renault 4L. Dos iban por el lado de Joxi, y uno por el lado de Joxean.

Uno de los que iban por el lado de Joxi le hizo una pregunta en francés. Joxi, que solo chapurreaba algo de francés, no lo entendió bien.

-*Pardon, pas comprendre* (Lo siento, no entiendo), dijo Joxi.

El hombre le contestó:

-*Ça, tu vas le comprendre, c'est sûr* (Esto lo vas a entender, seguro).

Nada más decirlo, pegó a Joxi un fuerte puñetazo, que le tiró contra el coche y, posteriormente, al suelo. Al otro lado del coche, otro de los hombres comenzó a tirar de Joxean, hasta que consiguió sacarle del vehículo.

-¿Qué coño haces?, ¡ayuda!, gritó Joxean.

El hombre le dio dos puñetazos seguidos en la parte baja del estómago, dejándole momentáneamente sin respiración.

El motor y las luces de otro de los coches aparcados en el solar se encendieron de repente. Era una pequeña furgoneta, una Citroën Acadiane. Un hombre bajó del asiento del conductor, y abrió las puertas de la parte trasera. Rápidamente los otros tres hombres metieron a Joxean y a Joxi, con gran violencia, en la furgoneta. El hombre que la conducía cerró las puertas, volvió al asiento del conductor, y salió de allí a toda velocidad.

Capítulo 11

Aitor se arriesgó a cruzar la frontera en pleno secuestro del capitán Martín Barrios. No estaba fichado, pero no era conveniente andar yendo y viniendo de Francia cuando estaba liderando una operación sobre el terreno. Y menos todavía una operación como aquélla.

El secuestro del capitán Martín Barrios había tenido mucha repercusión. La sociedad española de 1983 estaba acostumbrada a los asesinatos de ETA. La banda mataba a una o varias personas cada pocos días. Se había convertido en algo casi rutinario, que cada vez causaba menos impacto.

Pero el secuestro del capitán Martín Barrios causó una reacción diferente. Mucha gente empatizó con esa esposa que salía en televisión rogando que liberasen a su marido. Además, Alberto Martín Barrios era una persona ajena al conflicto vasco. Pocos entendían qué pintaba un capitán de farmacia secuestrado por ETA.

A ello se unió el hecho de que mucha gente tenía la sensación de que se le podía salvar la vida. La sensación de que, si se mostraba masivamente el rechazo de la sociedad, particularmente de la vasca, a la acción, ETA se vería obligada a liberar al capitán Martín Barrios sano y salvo.

La relevancia y el impacto que había tenido el secuestro aumentaba el riesgo que cruzar la frontera suponía para Aitor. Pero también era el motivo que le obligaba a hacerlo. Había que decidir los siguientes pasos, y la decisión se le quedaba grande. Tenía que discutirlo con *Txapela*. Y no quería que fuese a través de intermediarios.

Aitor era una de las pocas personas que conocía el nuevo domicilio de *Txapela*. Se había mudado unos meses antes, con su mujer y sus hijas, desde Biarritz a San Juan de Luz, también en el País Vasco francés.

Txapela no se había mudado por gusto. Aunque se sabía protegido por el gobierno francés e intocable para España, veía a su alrededor

cosas que no le gustaban. Desde la primera mitad de 1983 tenía la constante sensación de que le seguían. No tenía certeza, pero sí grandes sospechas. Gente que veía en todos los sitios a los que iba. Coches que arrancaban justo después de que él arrancase el suyo. Hombres que caminaban sin aparente rumbo por los alrededores de la casa en la que vivía.

Aquello le daba mala espina. Así que decidió mudarse a San Juan de Luz, una localidad más pequeña, y reducir al mínimo posible el número de personas que conocerían su nuevo paradero. Aitor, que se había convertido en su brazo ejecutor en aquellos meses, era una de esas personas.

Aitor y *Txapela* se citaron en Arbona, en un pequeño caserío que un simpatizante tenía cedido a la banda, y al que por el momento no habían atribuido un uso concreto.

Txapela llegó antes, y recibió a Aitor en el porche del caserío. Tras saludarse, entraron al caserío, y fueron a la cocina.

-He preparado café, es lo único que he encontrado por aquí, dijo *Txapela*.

-Café está bien, respondió Aitor.

-¿Cómo se está portando el *miliko*?

-La verdad es que bien. Está acojonado y no se mueve en todo el día.

-En las fotos no se le veía mal, dijo *Txapela*.

Se refería a las fotos que Aitor había hecho al capitán Martín Barrios unos días antes, y que habían sido publicadas en distintos periódicos y telediarios.

-Cómo no va a estar bien, si le tenemos como a un rey al cabrón. Me hierve la sangre cada vez que le llevan comida, parece que le tenemos en un hotel.

-Bueno, es lo que toca. ¿Y qué tal lo están haciendo los chavales?, continuó *Txapela*, refiriéndose a Unai y a Ainhoa.

-Un poco verdes. Siempre que llego están pelando la pava juntos en el salón. Te digo yo que el chaval se la acaba follando. Que por cierto está bien buena la chica.

-Que no se despisten. Y trátalos bien, que nos conocemos. Necesitamos a todo el mundo enchufado. Vienen tiempos intensos.

-¿Habéis descubierto algo sobre Joxi y Joxean?, preguntó Aitor.

-Nada. Es como si se les hubiese tragado la tierra. No me gusta.

-¿Y qué crees que les ha pasado?

-No lo sé. Huele muy mal. Están pasando cosas raras. Tenemos que andarnos con mucho cuidado.

Habían pasado dos días desde que Joxi y Joxean habían sido vistos por última vez.

El amigo que les había prestado el coche se había extrañado de que no hubiesen ido a devolverle las llaves. Se acercó al descampado, y vio que su coche seguía aparcado en el mismo sitio en el que él lo había aparcado el día anterior. Se había acercado al coche y había visto que las llaves estaban puestas. Dentro, sobre el asiento del copiloto, estaba la parka de Joxean. Sobre ella había un mechón de pelo. Dentro de uno de los bolsillos había encontrado un puro, igual al que Joxean había estado fumando la noche anterior en su casa, partido por la mitad.

Ante la extraña escena había ido a casa de Joxean y Joxi, para comprobar si estaban allí. Nada. Llamó también al hermano de Joxean, pero tampoco sabía nada de ellos.

-¿Ellos sabían dónde estás?, preguntó Aitor.

-Sí. Me ayudaron a hacer la mudanza. Vosotros tres sois los únicos que lo sabéis.

-¿Y sigues estando seguro allí?

-No pienso mudarme otra vez. Joxean y Joxi nunca dirían dónde estoy.

-Parece que no sabes de lo que son capaces los *txakurras*.

-Confío plenamente en los dos. Y no voy a estar mudándome todos los días. Ya solo faltaba que seamos también perseguidos en Iparralde.

-Me duele decírtelo, pero yo confío muy poco en que vayamos a volver a verles vivos.

-Como les hayan matado vamos a montarla muy gorda. Esos *txakurras* hijos de puta ya mataron a mi hermano. Como hayan matado también a Joxean y a Joxi, lo que hemos hecho hasta ahora se va a quedar en una simple anécdota.

Una vez que terminaron de hablar sobre el posible paradero de Joxean y Joxi, *Txapela* y Aitor volvieron a hablar del tema que verdaderamente les había llevado hasta allí.

-¿Qué hacemos entonces con el *miliko* si no publican el comunicado?, preguntó Aitor.

-¿Tú qué opinas?, preguntó *Txapela*.

-Yo me lo cargaba. Si no la próxima vez no nos van a tomar en serio. Ya hemos rebajado lo que pedíamos, ahora solo estamos pidiendo que publiquen un puto comunicado. Si no lo publican hay que darles duro.

-Es delicado esto, tenemos que medir muy bien. Está habiendo mucho ruido.

-Lo que digas.

-Vamos a esperar a ver si publican el comunicado. Si lo publican, le soltamos. Si no, llámame a este número y decidimos.

Txapela apuntó un número de teléfono francés en una servilleta y se la dio a Aitor.

-Llama solo para esto. Ya sabes que no me gusta nada hablar por teléfono, dijo *Txapela*.

Aitor asintió, y se guardó la servilleta en el bolsillo izquierdo del pantalón.

-Por cierto, cuanto termines esto tengo algún encargo más, dijo *Txapela*.

-A mandar, ya sabes que aquí estoy para lo que necesites.

-Te daré detalles cuando esté resuelto este tema. A los dos chavales cuando terminéis mándales para Iparralde, como estaba previsto. Les daremos un poco de aire por ser novatos.

-Entendido, confirmó Aitor.

-Cuídate mucho. *Agur*.

Capítulo 12

Ese mismo día, cuando caía el sol, Patxi Arrieta paseaba a su perra Cuca, un braco alemán de pura raza que era su ojo derecho por su habilidad para la caza, por las calles cercanas a su domicilio en San Sebastián. Siempre hacía la misma ruta. Salía desde la calle Matía, donde vivía. Caminaba por la calle Escolta Real, que gustaba particularmente a su perra por estar llena de jardines. Atravesaba la avenida Pío Baroja, con la imponente vista del Hotel San Sebastián. Tomaba, a la derecha, la calle Padre Orcolaga, que subía hasta el Palacio de la Cumbre. Después seguía hasta el Parque de Miramar, en el que solía soltar un buen rato a la perra para que corriese tranquilamente. Por último, bajaba hasta la playa de Ondarreta, donde volvía a dejar a la perra suelta para que corriese por la arena, para después volver a casa por la calle Satrustegi.

Esas eran las paradas previstas, claro. Pero en realidad se paraba en todos los sitios que Cuca seleccionaba meticulosamente para mear. Y eran muchos.

Un sitio que no fallaba nunca era uno de los árboles situados al lado del Palacio de la Cumbre. Cuca siempre olfateaba el árbol con esmero, daba varias vueltas a su alrededor y, una vez seleccionado el lugar adecuado, lo marcaba como de su propiedad con una pequeña meada.

Ese día, mientras Cuca hacía su ritual, a Patxi le pareció escuchar un grito ahogado que venía de dentro del Palacio de la Cumbre. No duró mucho. Lo había escuchado muy a lo lejos, como separado de él por muchos metros, o por varias barreras de hormigón.

A Patxi le recorrió un escalofrío de arriba abajo. Se quedó quieto unos segundos, forzando el oído, tratando de comprobar si ese ruido se repetía. No volvió a escuchar nada más.

Quizás había sido fruto de su imaginación. Pero le dejó tan mal cuerpo que, pese a la insistencia de Cuca, que ya había completado

su tarea allí y tiraba en la dirección en la que habitualmente continuaba el paseo, decidió dar la vuelta y darlo por completado.

Aquel grito perseguiría a Patxi mucho tiempo. No sería hasta muchos años después cuando confirmaría que no había sido fruto de su imaginación, y descubriría cuál era su origen.

Unos metros más abajo, en los sótanos del Palacio de la Cumbre, residencia oficial del gobernador civil de Gipuzkoa, Joxi Zabala y Joxean Lasa estaban atados a unas sillas.

Llevaban allí varios días. Estaban en calzoncillos. Sus cuerpos estaban llenos de golpes y heridas, fruto de las torturas que llevaban sufriendo desde que habían sido trasladados a esos sótanos la misma noche en la que habían sido secuestrados.

Desde aquella noche había pasado por allí mucha gente. La primera mañana, cuando Joxi y Joxian todavía tenían buen aspecto, habían estado en aquellos sótanos el comandante Rodríguez Galindo y Rodrigo San Román.

Ambos fueron al Palacio de la Cumbre juntos, por mera casualidad. Recibieron la noticia de que el secuestro se había acometido con éxito cuando se encontraban en el cuartel de la Guardia Civil de Oñate, en el que se había instalado la capilla ardiente de un guardia civil que acababa de ser asesinado por ETA por medio de un artefacto explosivo detonado cuando el coche patrulla que conducía pasaba por la carretera local que conecta Oñate con el municipio cercano de Prudencio.

Su visita no tenía ningún propósito especial. Los dos decidieron ir porque sabían que ese día, que venían de velar el cadáver de un compañero, nada les reconfortaría más que ver a dos de los hijos de puta culpables de aquello a su merced, a punto de pasar los peores -y últimos- días de sus vidas.

No estuvieron demasiado tiempo. Dejaron allí a dos guardias civiles de Intxaurrondo de la máxima confianza de Rodríguez Galindo: el

sargento Esteban Landa y el cabo Fermín Barea. Ellos se encargarían de todo.

El sargento Esteban Landa era uno de los duros de Intxaurrondo. Para muchos, el guardia civil más duro que pasó por allí. Y eso es decir mucho.

Tenía 32 años. Su aspecto era un reflejo de su personalidad. Era alto, fuerte. Moreno, con las facciones muy marcadas, con la mandíbula sorprendentemente cuadrada. Siempre que había que realizar un interrogatorio duro en Intxaurrondo, lo que en 1983 estaba a la orden del día, él era la primera opción.

El cabo Fermín Barea, por su parte, era el alumno aventajado de Esteban. En apenas dos años había conseguido ganarse la plena confianza de Esteban, primero, y de Galindo, después. A pesar de ser un simple cabo acompañaba a Esteban en todas las actuaciones importantes.

Los dos eran expertos en conseguir sacar información a los muchos etarras que pasaban por Intxaurrondo. Lo conseguían casi siempre. Sus métodos no tenían buena prensa, pero eran efectivos.

Aquel interrogatorio no era, por tanto, el primero que hacían juntos. Tampoco estaba entre los diez primeros. Ni entre los cien primeros. Pero era especial.

Era la primera vez que no tenían que seguir las cautelas habituales para no dejar marcas evidentes durante el interrogatorio. No iba a ser necesario colocar toallas húmedas sobre las zonas a golpear para que no apareciesen moratones. Tampoco iba a ser necesario utilizar los chalecos acolchados de fabricación casera que almacenaban en un cuarto discreto en el cuartel. Ni las porras acolchadas que guardaban en ese mismo cuarto.

Esta vez tenían manga ancha. No solo eso. Tenían instrucciones expresas de torturar a aquellos dos etarras, sacarles la información que tenían, y luego matarles.

Las órdenes venían de muy arriba. Y estaban encantados de cumplirlas.

Además, ni siquiera lo iban a hacer por simple odio. El odio jugaba un papel importante. Y lo hubiesen hecho también, si les hubiesen dejado, solo por odio. Pero había un elemento adicional. La información que aquellos dos hijos de puta tenían podía salvar la vida de un buen hombre, el capitán Martín Barrios.

Esos dos etarras sabían dónde estaba *Txapela*. El plan era sacarles la información, secuestrar a *Txapela*, e intercambiarle por el capitán Martín Barrios. *Txapela* era un pez lo suficientemente gordo de la banda para que se viesen obligados a acceder.

Debían lograrlo rápido, porque las 72 horas del ultimátum de ETA ya estaban en buena parte consumidas.

Nadie podrá nunca reprochar a Esteban y a Fermín que no hiciesen todo lo posible para conseguir la información a tiempo. Se esmeraron mucho en aquel trabajo. Pusieron en práctica sus mejores métodos.

Durante horas de auténtico infierno, Joxean y Joxi fueron sometidos a asfixia a través de bolsas en la cabeza. Sus cabezas fueron también sumergidas en un gran barreño lleno de agua que se había adquirido para la ocasión. Recibieron descargas eléctricas. Les arrancaron uñas. Por supuesto, recibieron golpes de toda clase. No comieron, ni bebieron, ni durmieron ni un solo minuto.

Todo lo vivieron por duplicado. Sus sillas estaban enfrentadas. En medio de un gigantesco sótano completamente vacío, en el que solo estaban las dos sillas y los elementos que Esteban y Fermín utilizaban en su interrogatorio -cuyo número había ido aumentando a medida que pasaban las horas sin que hablasen- Joxi veía cómo torturaban a Joxean, y Joxean veía cómo torturaban a Joxi.

Esteban y Fermín lo disfrutaron al principio. Mucho. Pero las horas fueron pasando y aquellos dos no soltaban prenda sobre el

escondite de *Txapela*. Llamadas impacientes llegaban desde Bilbao y desde Madrid. El tiempo se acababa. Apenas quedaban 24 horas de plazo.

A las nueve de la noche, Rodrigo San Román y Rodríguez Galindo se reunieron en Intxaurrondo. Asumieron que la información no iba a llegar a tiempo y que, por tanto, no iba a ser posible secuestrar a *Txapela* para intercambiarlo por el capitán Martín Barrios. Llamaron al gobernador civil para darle las malas noticias. Este, a su vez, llamó a Baquero. La conversación fue rápida y, las instrucciones, claras:

-El plan verde no está funcionando. No tenemos resultados todavía. Pon en marcha el plan azul. Tiene que hacerse mañana.

Capítulo 13

El teléfono de la casa de Aranda sonó a las 22:15 de ese día 17 de octubre. El ultimátum dado por ETA vencía al día siguiente.

Cogió el teléfono Isabel, la mujer de Aranda.

-¿Diga?

Pasaron unos segundos y no hablaba nadie. Isabel sabía perfectamente lo que eso significaba.

-Ramón, para ti.

Aranda se acercó al teléfono, lo cogió, y esperó a que Isabel se metiese en la cocina.

-Dime jefe, dijo Aranda.

-Al final han fallado las otras vías y lo tenemos que hacer mañana, dijo Baquero al otro lado del teléfono, llamando desde una cabina telefónica de Bilbao.

-Sabía que iba a pasar esto. Dos semanas perdidas y ahora llegan las prisas, protestó Aranda.

-No lo decidimos ni tú ni yo. Y como comprenderás no lo vamos a discutir por aquí. Ponlo en marcha, tiene que hacerse mañana. ¿Están ya allí?

-Sí, llegaron ayer. Ya se vieron con mi gente, todo bien. Y el pájaro sigue controlado.

-Bien, celebró Baquero. Mañana me llamas cuando esté hecho, al número de siempre.

-Cuenta con ello, dijo Aranda, colgando el teléfono.

Tras colgar, se fue a la cocina, donde estaba su mujer.

-Tengo que irme, seguramente un par de días, pero quizás alguno más. Trabajo. Prepárame la bolsa de viaje con un par de mudas. Tengo que hacer una llamada.

-¿De viaje ahora? ¿No puedes salir mañana?, protestó Isabel.

-A ver si te crees que a mí me apetece irme a estas horas. Anda prepárame eso, tengo que salir echando hostias.

Isabel se dio la vuelta y se dirigió a la habitación de matrimonio a preparar la bolsa de viaje, con cara de pocos amigos. Estaba cabreada, pero por lo menos esa vez la historia le resultaba razonablemente creíble. Por lo que había escuchado de la conversación poniendo la oreja, sí que parecía que era un asunto de trabajo. Aunque con ese hombre nunca se sabía. Quizás al otro lado del teléfono había una veinteañera de esas que tan loco le volvían, y simplemente el idiota había aprendido a disimular mejor.

Mientras, en el salón, Aranda volvió a coger el teléfono y marcó el número de la casa de Gutiérrez. Contestó él antes de que sonase el segundo tono.

-Niño, dijo Aranda. Nos vamos. Prepara algo de esa ropa hortera que te pones y te recojo en tu casa en media hora.

-Hostia, hoy sí que no me lo esperaba, contestó Gutiérrez. Oído, en treinta minutos estaré en el portal esperando.

Aranda tardó algo más, pero en cosa de cuarenta minutos estaba recogiendo a Gutiérrez en el portal de su casa. Subió en el asiento del copiloto.

-Qué, estabas ya medio dormido, ¿no?, dijo Aranda.

-Qué va. Me has jodido una película de vaqueros, respondió Gutiérrez.

–Bah, la estaba viendo yo. Malísima. Te he hecho un favor.

-Claro jefe, es mucho mejor plan meterme seis horas de coche contigo a las 11 de la noche después de doce horas de trabajo, respondió Gutiérrez.

-Mira que eres vago. Siempre he pensado que eres medio comunista.

-Sí, justo. Bueno, cuéntame. ¿Tanto tiempo esperando y ahora nos vienen con estas prisas?

-Como siempre. Les llevo diciendo no sé cuántos días que teníamos que ponerlo en marcha, pero han estado perdiendo el tiempo haciendo no sé qué cojones. Y ahora hay que hacerlo deprisa y corriendo, mañana.

-Bueno, están ya todos en Hendaya. Salcedo y el resto se reunieron ayer con "El Moro" y "El Cura". Les enseñaron la casa en la que está Torka, y los sitios por los que se mueve. Estar está todo preparado. "El Moro" y "El Cura" dicen que Torka no toma ninguna precaución, se mueve por allí tranquilamente.

-Si es que viven allí como reyes. No sé si me dan más asco los etarras o los putos franceses, dijo Aranda.

Conducían un Renault 18 de color gris, sin ningún distintivo policial. Salieron al Paseo de la Castellana, llegaron a Plaza de Castilla, y tomaron la Nacional I.

Pararon a echar gasolina a la altura de Lerma. Mientras Gutiérrez pedía al empleado de la gasolinera que les llenase el depósito, Aranda fue a la cabina de teléfono que había en la puerta de la tienda. Echó cuatro monedas de cincuenta pesetas y marcó un número de teléfono francés que tenía apuntado en una pequeña libreta que siempre llevaba consigo.

-*Allô, oui?*

-Moro, soy yo.

-¿Hola?

-Moro, espabila joder. Soy yo. Estamos de camino. Tenemos luz verde, se va a hacer mañana.

-Vale.

-Avisa a Salcedo. Nosotros estaremos todo el día donde siempre, esperando noticias. Ve informándonos por el *walkie*.

-Hecho, respondió "El Moro".

Aranda colgó el teléfono. Recogió las monedas que le devolvió la cabina, y volvió al coche. En cuanto el depósito estuvo lleno, pagaron y volvieron a ponerse en marcha.

El resto del trayecto fue conduciendo Gutiérrez. No tuvieron que salir de esa carretera hasta que llegaron a su destino, Irún.

Gutiérrez exprimió el Renault 18 como antes había hecho Aranda y, pese a la parada para repostar, llegaron a Irún antes de las cinco de la madrugada.

Se alojaron, como casi siempre, en el Hotel Alcázar. Era bastante cutre, pero no pedían explicaciones y estaba lleno de gente de paso. Era el típico sitio en el que a nadie le importaba quiénes eran, o a dónde iban, las personas con las que se cruzaban por los pasillos.

Capítulo 14

Aunque la noche anterior se habían acostado todos, excepto Aranda y Gutiérrez, sin saber que la operación se realizaría al día siguiente, a las 10 de la mañana del día 18 de octubre el operativo estaba perfectamente listo.

Las instrucciones de arriba habían sido muy claras. Según Baquero, venían directamente del "señor X".

Iba a ser la primera operación de ese tipo en Francia, y el "señor X" no se fiaba de nadie de fuera. Tenía que hacerlo la policía española. La vida de un buen hombre, el capitán Martín Barrios, estaba en juego.

Los contactos de Aranda habían hecho un buen trabajo localizando y manteniendo vigilado a Torka. Pero ahora era turno para la policía española.

La operación tenía riesgos. Muchísimos. Demasiadas cosas podían salir mal. Pero a esas alturas había que arriesgar.

Precisamente porque la operación entrañaba tantos riesgos, se la habían encargado a los mejores. Al mando estaba Eduardo Salcedo, inspector jefe de la brigada antiatracos. Pocos policías tenían en aquella España de los 80 el prestigio del inspector Salcedo. No tenía nada que ver con la Brigada de Información. Era un hombre de acción, acostumbrado a lidiar con macarras que atracaban bancos armados hasta los dientes y que no dudaban en matar si ello aumentaba su probabilidad de escapar con su jugoso botín. Nadie mejor que él para liderar la ejecución de un operativo tan delicado como aquél.

Junto a él se habían desplazado a Hendaya desde Barcelona cinco miembros del Grupo Especial de Operaciones. El grupo se había creado apenas cinco años antes. Solo lo componían cien efectivos. Eran la élite de la policía española. Estaban entrenados en artes marciales, tiro de precisión, tácticas de asalto… Solo se les activaba

para las operaciones más complejas y delicadas. Aquélla, desde luego, lo era.

Estaban divididos en tres coches. Salcedo estaba con uno de los GEO en un Talbot Solara, situado a unos 800 metros del bloque de pisos en el que vivía Torka. En una calle paralela a la del bloque de pisos estaban otros dos GEO, en un Seat 131 Supermirafiori. Y por último, en la misma calle en la que vivía Torka, a unos 400 metros de su portal, estaban los otros dos GEO en un Ford Granada.

Los tres coches tenían matrícula española. Como la operación se había precipitado, no había dado tiempo a conseguir los coches con matrícula francesa que estaban previstos inicialmente.

El bloque de pisos en el que vivía Torka estaba en el barrio de Behobie. La mayoría de los miembros de ETA que vivían en Hendaya -que se contaban por decenas- vivían en este barrio. Era un barrio obrero, tranquilo, con poca presencia policial y, sobre todo, se encontraba al lado de la frontera con Irún, a la que se podía llegar andando dando un pequeño paseo.

"El Moro" y "El Cura" estaban aparcados a escasos cien metros del edificio, en el Simca 1100 de "El Moro". Estaban aparcados en la acera contraria al portal, de manera que veían perfectamente la Honda CB 250 de Torka.

Torka se movía a todos lados con su motocicleta. Desde que le localizaron y le tenían bajo vigilancia había cogido la motocicleta todos los días.

Sabían que vivía solo. Una mujer joven, que según "El Moro" era su novia, y según "El Cura" era una fulana, le visitaba algunos días.

Una de las opciones que habían barajado inicialmente para secuestrarle era entrar en su piso por la noche, dejarle inconsciente con cloroformo, y sacarle del edificio sigilosamente en volandas para meterle en el maletero de un coche. Aunque tampoco era una alternativa exenta de riesgos, estos hubiesen sido más fáciles de

controlar. Sin embargo, no podían esperar a la noche, ya que para entonces podría ser demasiado tarde. Tenían instrucciones de que Torka estuviese en el piso franco de Irún antes de las 18. Había que hacerlo de día.

Por tanto, no les quedaba más que confiar en que, a lo largo del día, surgiría una buena oportunidad para secuestrar a Torka sin llamar demasiado la atención.

"El Cura" y "El Moro" habían comprobado durante el seguimiento que Torka llevaba una vida bastante discreta. Solo salía de casa una vez al día, y estaba fuera unas cuatro horas. Ese tiempo solía pasarlo en el bar Hendayais, en el centro de Hendaya. A veces también salía a pasear junto al mar, pero casi siempre lo hacía desde ese bar, en el que se veía con un grupo que la gente de Aranda tenía bajo vigilancia, pero entre los que no parecía haber ningún otro miembro, al menos de peso, de la organización.

Habían concluido que lo menos arriesgado era llevar a cabo el secuestro durante los desplazamientos de Torka. A poder ser lo harían antes de que llegase al bar Hendayais. Si no era posible, lo harían cuando volviese al piso. Pero esa posibilidad preferían evitarla, porque había muchas cosas que podían fallar. Podría volver con esa mujer sin identificar que a veces iba al piso con él. O podría, por cualquier otro motivo, resultar imposible hacerlo, y no tendrían más oportunidades. Por ello, si había la más mínima oportunidad, lo harían antes de que llegase al bar.

La puerta del portal del edificio se abrió a las 12:45. Al contrario que las nueve veces anteriores que se había abierto desde las diez de la mañana, esta vez sí que salió Torka.

"El Cura" le vio antes de que pusiese un pie en la acera. Cogió el *walkie talkie* Motorola PT200 e informó al resto del operativo.

-Está saliendo. Va a coger la moto. Coche 3, si os dais prisa le podéis coger antes de que arranque. La calle está limpia, dijo "El Cura" a

través del *walkie talkie*.

-Aquí Coche 1, respondió de inmediato el inspector Salcedo. Adelante Coche 3, cogedle ahora.

El Coche 3 era el Ford Granada que se encontraba a apenas 400 metros del portal del edificio, en la misma calle. Arrancó, se incorporó a la circulación a velocidad normal, y comenzó a acercarse a la posición de "El Cura" y "El Moro".

-Otro vecino acaba de salir del portal, dijo "El Cura".

-Aborta Coche 3, pasa de largo y da la vuelta a la manzana. Le intentaremos coger en el trayecto, dijo el inspector Salcedo. Moro, Cura, esperad a que arranque la moto y le seguís. Coche 2, sigue al coche de "El Moro". Nosotros os seguiremos a vosotros.

El Coche 3 llegó a la altura de Torka, que estaba quitando el candado a la motocicleta, mientras que el vecino que acababa de salir del edificio y que había obligado a abortar el intento pasaba por detrás de él y continuaba caminando calle abajo.

Torka vio el Ford Granada pasar de largo, y reparó en que tenía matrícula española. No significaba nada -todos los días se veían muchos coches con matrícula española circulando por Hendaya, al fin y al cabo la frontera estaba a escasos minutos en coche-, pero no le gustó. Dudó incluso por un momento si volver a subir al piso. Miró alrededor, buscando cualquier otro signo que pudiera llevarle a confirmar que había algún peligro y que no estaba simplemente siendo un paranoico. No vio nada, así que decidió arrancar la moto y empezar a circular.

A los pocos segundos, el Simca 1100 de "El Moro" se puso también en marcha. Torka lo vio salir del lugar en el que estaba aparcado, lo que aumentó considerablemente su preocupación. Miró por el espejo retrovisor, y vio que la matrícula era francesa. Eso le relajó un poco, pero todo aquello seguía sin gustarle.

El Coche 2 iba siguiendo al coche de "El Moro", e informando al resto de la dirección que tomaban. Giraron primero a la izquierda y posteriormente, a unos 300 metros, a la derecha.

-No está yendo al bar. Está haciendo cosas raras, creo que sospecha de nosotros, dijo "El Cura".

-Coche 2, te quiero pegado al coche de "El Moro", dijo el inspector Salcedo.

-Estamos, dijo el GEO que iba de copiloto en el Coche 2.

-Cura, cuando pase por una calle tranquila adelantadle y cortadle el paso. Coche 2, en cuanto tenga que parar, id a por él, un par de hostias y al maletero. Nosotros estaremos detrás por si intenta escapar por ahí, dijo Salcedo.

-Vale. Se va a meter en la calle de Santiago. Esta es perfecta, si podemos lo intentamos aquí, dijo "El Cura".

La motocicleta de Torka entró en la calle Santiago. Era una calle de doble sentido, con un carril bastante estrecho para cada dirección. Era una calle corta, rodeada de casas bajas.

-Vamos a ello, dijo "El Cura". Dale Moro.

"El Moro" aceleró, adelantó a Torka por el carril izquierdo y, antes de superarle completamente, dio un brusco volantazo para cerrarle el paso. Torka tuvo que pegar un frenazo. Pese a ello no logró evitar contactar, todavía a una velocidad considerable, con la puerta trasera derecha del Simca. Torka y la moto cayeron al suelo.

Una vez derribado, "El Moro" aguantó la posición unos segundos, a la espera de asegurarse de que Torka emprendía la huída en la dirección prevista. En cuanto lo constatase se pondría en marcha y el Simca huiría de allí, como estaba pactado.

Torka se levantó dolorido y comenzó a correr calle abajo. Aunque cojeaba ostensiblemente, la adrenalina le permitió correr bastante

rápido.

En su huida se encontró, a pocos metros, con el Coche 2 parado en medio de la calle. Lo primero que vio, antes incluso de reparar en el tamaño de los dos hombres que iban dentro del vehículo, fue la matrícula española. El copiloto ya estaba bajando del coche, y el piloto comenzaba a abrir la puerta.

Torka frenó en seco. Tras valorar sus alternativas, decidió seguir corriendo calle abajo por la acera de su izquierda, aprovechando que el GEO que conducía el Coche 2 todavía estaba bajando del vehículo. Mientras volvía a echar a correr, gritó en francés:

-*Au secours!* (¡Ayuda!). *Ils veulent m'enlever!* (¡Me quieren secuestrar!)

Torka consiguió superar a la carrera el Coche 2 antes de que el GEO que conducía pudiese bloquearle el paso. No obstante, pronto vio el Talbot Solara en el que iban el inspector Salcedo y otro GEO, quienes ya estaban bajando del coche y apuntando a Torka con sus pistolas Star BM.

Antes de que pudiese reaccionar y pensar siquiera si debía seguir corriendo o darse la vuelta, Torka notó un fuerte impacto en la espalda. Uno de los GEO le había alcanzado y, de un fuerte empujón, le tiró al suelo.

-*Au secours!* (¡Ayuda!). *C'est la police espagnole!* (¡Es la policía española!), continuó gritando Torka.

Dos de los GEO propinaron varios golpes a Torka, y comenzaron a llevarle hasta el Coche 2, que estaba a escasos metros. Torka seguía gritando y pataleando, a lo que los GEO respondían con fuertes golpes e intentando taparle la boca.

Uno de los GEO abrió la puerta del maletero del Coche 2. Cuando estaban a punto de meter dentro a Torka, de repente, el ambiente se llenó de estridentes sirenas policiales. Un coche patrulla de la

policía francesa paró justo delante del Coche 2. Otro, que venía en sentido contrario, paró justo detrás del Coche 1. Dos policías franceses bajaron de cada vehículo, gritando cosas en francés que ni el inspector Salcedo ni los GEO comprendieron, pero cuyo significado estaba muy claro.

Los tres GEO apuntaban con sus armas a los policías franceses. Estos hacían lo propio.

Seguramente, si los GEO hubiesen decidido iniciar un tiroteo, hubiesen conseguido escapar de allí. Pero las órdenes eran claras y, por si acaso, las recordó Salcedo de inmediato.

-Chicos, bajamos las armas. Nadie dispara. Nos ponemos de rodillas con las manos en la cabeza. Dejemos a estos señores hacer su trabajo.

-¡Se les da mejor perseguir a policías españoles que a etarras!, gritó uno de los GEO mientras tiraba su arma y se arrodillaba.

Capítulo 15

Ese mismo día, unas horas después de la detención en Francia del inspector Salcedo y de los tres GEO, Unai y Ainhoa estaban, como siempre que coincidían en el piso franco, sentados en el viejo sofá del salón, compartiendo confidencias con Televisión Española de fondo, para escuchar lo que dijesen del secuestro. Era raro el día en el que no se trataba el tema, ya fuese en alguno de los telediarios, ya fuese en alguno de los programas nocturnos de la época, como *Informe Semanal* o *Buenas noches*.

A esas alturas ni Unai ni Ainhoa disimulaban ya su interés recíproco. Ambos tenían muy claro que su futuro estaba juntos. No sabían cómo saldría aquella apuesta, pero iban a intentarlo.

No se habían besado. Unai había estado en muchas ocasiones tentado de intentarlo, pero se había resistido sabedor de que Ainhoa no quería que pasase nada con el secuestrado en la habitación de al lado.

Fantaseaban abiertamente con lo que harían juntos cuando terminase el secuestro. El plan ya era, antes de que hubiese surgido la conexión entre ambos, que viajasen juntos a Hendaya, y se quedasen allí a la espera de que la organización les necesitase para otra cosa. Así que todo había encajado a la perfección. Tan pronto como terminase el secuestro y cruzasen la frontera podrían ver a dónde les llevaba aquella incipiente relación.

El informativo comenzó a las tres de la tarde. Como siempre, Unai se levantó, subió ligeramente el volumen del televisor, y cerró la puerta del salón para que el secuestrado no pudiese escuchar nada.

A Unai y a Ainhoa no les constaba que hubiese habido ninguna novedad en relación con el secuestro, por lo que no esperaban que en televisión dijesen nada excepcional. Desde luego no esperaban que el presentador, Baltasar Magro, comenzase el informativo como lo empezó.

> -Buenas tardes. A continuación leeré las principales reivindicaciones que ETA Político-militar ha exigido que se hagan públicas en Televisión Española como condición para liberar al capitán de farmacia Alberto Martín Barrios, que como saben lleva trece días secuestrado. ETA exige que la jurisdicción militar sea recusada y en consecuencia no sea la que juzgue a los miembros del comando responsable del asalto al cuartel de Berga. Exige, asimismo, que los acusados sean puestos en libertad provisional a la espera de juicio. Televisión Española se compromete, continuó Baltasar Magro, a leer el contenido íntegro del comunicado tan pronto como Alberto Martín Barrios sea liberado sano y salvo.

-¡Han aceptado!, dijo Unai, alzando la voz más de lo que le hubiese gustado, pero no lo suficiente para que el secuestrado le escuchase.

-¡Por fin! ¡Ha merecido la pena!, dijo Ainhoa. Estaba empezando a perder la esperanza. Cumplirán y lo publicarán entero cuando le liberemos, ¿no?

-Seguro, se han comprometido en directo, apuntó Unai.

-¿Y ahora qué?, preguntó Ainhoa.

-Hay que esperar a que venga Aitor con instrucciones. En principio dijo que vendría mañana sobre las nueve de la mañana, como siempre.

No tuvieron que esperar tanto. Aitor llegó solo unas horas después, algo antes de las diez de la noche. Entró al salón, en el que continuaban Ainhoa y Unai, y cerró la puerta.

-Nos le llevamos, dijo. Ainhoa, coge el abrigo con el que le trajimos y ponle algodón y cinta en la boca. La cinta bien puesta, a ver si después de haber estado tranquilo dos semanas nos la va a liar en el último momento. Dile que no se preocupe, que le vamos a liberar y que mañana a estas horas estará cenando con su familia.

-Hemos visto lo de Televisión Española, dijo Unai. Ha salido bien.

-Sí, de puta madre, dijo Aitor, con ese tono que siempre utilizaba que hacía imposible saber si hablaba irónicamente.

-Venga Ainhoa hostia, no tenemos toda la noche, siguió Aitor. Prepárale, quiero que estemos saliendo de aquí en diez minutos. Unai, recoge las cosas que tengas por aquí. Ainhoa, cuando le tengas preparado tú también recoge tus cosas. Ya no volvemos.

-Voy, dijeron los dos casi al unísono.

Ainhoa fue a la habitación del secuestrado. Llamó a la puerta antes de entrar, para que se pusiese el pasamontañas.

-Ya me lo he puesto, dijo Alberto desde dentro, hablando con el mínimo volumen necesario para que la persona que llamaba pudiese escucharle.

Ainhoa entró en la habitación. Alberto estaba sentado sobre el colchón, con la espalda apoyada en la pared y, como siempre, unido al radiador por las esposas que le habían acompañado todos esos días. Tenía bastante peor pinta que el día en el que Aitor le hizo las fotos. Se notaba que se le habían hecho especialmente duros esos últimos días de secuestro.

-Te vamos a liberar, dijo Ainhoa, feliz de estar trasladando ese mensaje. Si nos haces caso mañana a estas horas estarás cenando con tu familia.

A Alberto se le puso la piel de gallina. Llevaba mucho tiempo deseando escuchar esas palabras. Rápidamente los ojos se le humedecieron.

Desde el día en el que le hicieron las fotos tenía el convencimiento de que le iban a liberar. Pero la incertidumbre sobre cuándo sucedería se le estaba haciendo muy difícil de gestionar. Y todavía más difícil de gestionar se le hacía esa pequeña duda que, aunque

intentaba esquivar, se le planteaba muchas veces durante las muchas horas que tenía para pensar.

-¿Y si estoy equivocado y me van a matar?

Aquella frase de la secuestradora confirmaba que por fin terminaban los peores días de su vida. Iba a volver a ser libre. A ver a su mujer y a sus hijos. A seguir con su aburrida vida, que a él le encantaba, y que había aprendido a valorar todavía más durante aquellos días de cautiverio.

-Gracias, muchísimas gracias, susurró Alberto, temblando.

-Te voy a meter algodón y a tapar la boca con esparadrapo. Si gritas o intentas algo va a ser peor para ti. No lo estropees ahora, dijo Ainhoa.

-No haré nada, haré todo lo que me digáis, volvió a susurrar Alberto.

Ainhoa se acercó a él y elevó el pasamontañas puesto del revés lo suficiente para que se viese la boca de Alberto. Le introdujo una cantidad considerable de algodón, y le puso esparadrapo. Fue bastante difícil porque la barba hacía que el esparadrapo no pegase bien en la piel, pero finalmente lo logró poniendo gran cantidad.

-En unos minutos vendremos a por ti, dijo Ainhoa.

Alberto asintió. Estaba aterrorizado pero, a la vez, ilusionado. Todo había acabado.

Ainhoa salió de la habitación, y comenzó a recoger lo poco que tenía en el piso, como ya estaban haciendo Aitor y Unai. Una vez que tuvieron todo listo, se volvieron a reunir en el salón.

-Unai, baja al garaje, comprueba que no haya nadie, y deja el maletero del coche abierto, dijo Aitor.

Unai salió del piso para cumplir las instrucciones.

-Vamos a por el *miliko*, dijo Aitor mirando a Ainhoa.

Entraron a la habitación, donde Alberto esperaba sentado.

-¿Estás listo para irnos? Si te portas bien en una hora te habrás olvidado de nosotros, dijo Aitor mirando a Alberto.

Este, pese a que no podía verle, asintió con la cabeza.

-Quítale las esposas, ordenó a Ainhoa.

Ainhoa se las quitó, y Aitor ayudó a Alberto a levantarse. Lo hizo con mucha dificultad. Tenía los músculos completamente entumecidos.

Ainhoa ayudó a Alberto a ponerse el mismo abrigo que habían utilizado para ocultarle el día del secuestro, incluyendo la capucha. Aitor le agarró por un brazo, y le condujo hasta la entrada del piso.

Tan pronto como Unai subió y confirmó que no había nadie ni en las escaleras ni en el garaje, salieron del piso y bajaron las escaleras.

Ainhoa salió por la puerta del portal, y se dirigió al coche que había mantenido aparcado en las inmediaciones desde hacía tres semanas. Conforme a lo planeado, ella conduciría ese coche hasta el punto acordado. Ella iría primero, sola en el coche, y a una distancia prudencial le seguirían Aitor y Unai, en el otro coche, con el secuestrado en el maletero.

Aitor y Unai accedieron al garaje, y guiaron a Alberto hasta el maletero. De forma suave le ayudaron a meterse dentro y, tras ello, cerraron la puerta.

Cuando vio que el coche que conducía Unai salía por la puerta del garaje, Ainhoa metió primera y comenzó la marcha. Estaba muy nerviosa. Todo estaba terminando, pero quedaba uno de los momentos más delicados. Si algo salía mal podía acabar en la cárcel, no sin antes ser apaleada, o algo peor, por los *txakurras*. El riesgo era todavía mayor para Unai, que conducía el coche en el que iba el secuestrado. Estaban a solo unos minutos de tener esa oportunidad

juntos con la que llevaba días fantaseando, pero durante esos minutos podía torcerse todo.

Era noche cerrada. El trayecto hasta la caseta abandonada de Galdácano en la que, según el plan diseñado semanas antes, dejarían al secuestrado, era de aproximadamente 40 minutos.

Ainhoa conducía despacio, temerosa de equivocarse en la ruta. La había recorrido decenas de veces en la preparación, pero temía que los nervios le traicionasen.

Cuando estaba cerca de llegar a la BI-631, aproximadamente a mitad de trayecto, vio que poco antes de la incorporación a la carretera había una patrulla de la Guardia Civil.

-Mierda, *txakurras*, pensó.

Todavía le separaban de ellos unos cientos de metros, así que se dispuso a cumplir su función. Paró el coche, tratando de llamar lo mínimo la atención, a la izquierda de la carretera. Una vez que había parado, se agachó, y palpó con su mano el suelo del asiento del conductor. Encontró el *walkie-talkie* que buscaba.

-*Txakurras* en la incorporación a la BI-631. Tenéis que coger la salida alternativa. Yo tengo que ir por esta, ya no puedo dar la vuelta.

-Recibido, contestó Aitor desde el otro vehículo, que se encontraba unos 700 metros detrás de la posición de Ainhoa.

Ainhoa volvió a esconder el *walkie-talkie* bajo el asiento, y reanudó la circulación. En poco más de un minuto llegó a la altura de los guardias civiles, que le dieron el alto. Ainhoa detuvo el coche donde le indicaron los agentes, y bajó la ventanilla.

-Buenas noches, dijo el agente que se acercó a la ventanilla, apuntando a Ainhoa con su linterna directamente a la cara.

-Buenas noches, respondió Ainhoa, visiblemente nerviosa.

-Déjame tu documentación. ¿De dónde vienes a estas horas?

A Ainhoa siempre le había repateado que los *txakurras* preguntasen a la gente de dónde venía o dejaba de venir. En más de una ocasión anterior había contestado a otros *txakurras* con gran insolencia a preguntas parecidas. Pero ese no era el momento.

Ainhoa respondió a la pregunta del agente.

-Vengo de Bilbao, del cine, mintió. Y voy a mi casa.

-¿Qué película has visto?, preguntó el agente.

-La de El Pico.

Ainhoa entregó su documentación. Afortunadamente el coche que conducía era suyo. El coche que habían empleado para el secuestro era robado, pero habían decidido utilizar el coche de Ainhoa para ese desplazamiento precisamente para evitar problemas si se encontraba un control. Ahora se confirmaba que había sido una buena decisión.

Mientras el agente que hablaba con Ainhoa revisaba la documentación, el otro enfocaba con su linterna los asientos traseros del coche.

-Aquí dice que tu casa está en Tolosa, dijo el agente que revisaba la documentación.

-No está actualizado. Vivo con mi novio aquí en Bilbao desde hace unos meses.

-Baja y abre el maletero, dijo el agente a Ainhoa, devolviéndole la documentación.

Ainhoa bajó y abrió el maletero. Dentro solo había una llave de cruz, de esas que se utilizan para cambiar las ruedas, y un par de mantas. Los agentes echaron un vistazo.

-Puedes cerrar y continuar.

Ainhoa montó en el coche, y reanudó su camino. Suspiró aliviada.

Gracias al aviso de Ainhoa, Unai y Aitor habían evitado a los *txakurras*, y habían tomado una salida alternativa para incorporarse a la BI-631. Habían pasado ya la parte más comprometida. En apenas diez minutos estarían en la caseta de Galdácano.

Unai conducía, y Aitor iba de copiloto. Hasta ese momento del trayecto apenas habían hablado. Aitor hablaba poco, y era evidente que le irritaba que Unai o Ainhoa tratasen de generar conversación. Así que Unai, pese a que le gustaría hacer mil preguntas a ese hombre tan interesante, se limitaba a hablar cuando Aitor quería que hablase.

-No te has creído la patraña de que le íbamos a liberar, ¿no?, dijo Aitor rompiendo el silencio.

A Unai aquello le cogió completamente desprevenido.

-¿No le liberamos? Pero si hemos conseguido que lean el comunicado, dijo.

-No han leído el comunicado. Han leído los dos puntos que han querido y han dicho que lo leerán. Esas no eran las condiciones. Pero en cualquier caso, esos hijos de puta han intentado secuestrar a Torka esta mañana. Les va a costar caro.

-¿Quién ha intentado secuestrar a Torka? ¿No está en Iparralde?, preguntó Unai.

-*Txakurras*. *Txakurras* españoles que se han metido a Francia para ir a por él. Si por ellos fuese ahora mismo le estarían torturando.

Unai no terminaba de procesar todo aquello. Tenía muchas preguntas. ¿Cómo iban a haberse metido *txakurras* españoles a Francia a secuestrar a un refugiado? ¿Desde cuándo el Estado español secuestraba gente? Esos *txakurras* hijos de puta pegaban

palizas y torturaban para conseguir información, pero ¿atreverse a secuestrar a un refugiado en Francia?

Sin embargo no llegó a hacer ninguna de esas preguntas, porque una que le pareció más importante a corto plazo cruzó su mente.

-¿Y qué vamos a hacer con este?, dijo haciendo un pequeño gesto hacia atrás con su cabeza, señalando el maletero en el que iba el capitán Martín Barrios.

¿Tú qué crees?, dijo Aitor. Este va a ser el primero que pague por lo de Torka.

A Unai le impactó mucho aquéllo. Desde el comienzo del secuestro sabía, o más bien sospechaba, que era una posibilidad que el secuestrado terminase muerto. Pero tras los acontecimientos de ese día había asumido que le iban a liberar.

Se había montado en ese coche asumiendo que iban camino de liberar a ese hombre. Ahora, de repente, se había encontrado con que iban camino de matarle.

Capítulo 16

Unai y Aitor salieron de la carretera y comenzaron a circular por el camino de tierra que los lugareños denominaban Camino del Gallo, que les llevaría hasta la caseta. Unai apagó las luces del coche. La población más cercana quedaba a varios kilómetros, y la zona estaba prácticamente deshabitada. Había, no obstante, que extremar las precauciones.

Aparcaron el coche a la altura de la caseta, que quedaba a unos doscientos metros del camino. Unai abrió el maletero.

-Levanta, vamos a dejarte en una caseta, dijo Aitor dirigiéndose a Alberto, que trataba torpemente de salir del maletero. Con las articulaciones oxidadas tras dos semanas sin apenas moverse, no resultaba tarea fácil.

Unai y Aitor le ayudaron a salir del maletero, y le guiaron hacia la caseta.

Se trataba de una caseta abandonada. Las paredes se conservaban en bastante buen estado. El techo, sin embargo, estaba derruido casi al completo. La caseta tenía una superficie total de unos cien metros cuadrados. Era de piedra clara y tenía un par de ventanas que conservaban sus cristales intactos. En uno de los laterales la caseta tenía una especie de pórtico, en el que se quedó el grupo.

-Siéntate aquí, pegado a la pared, susurró Aitor al capitán Martín Barrios, que hizo lo que le pedían, sentándose muy despacio, sin parar de temblar.

Una vez que Alberto estuvo sentado y con la espalda pegada a la pared, hubo bastantes segundos de silencio. El pasamontañas puesto del revés no solo le impedía ver, sino que tampoco le permitía escuchar con total nitidez.

Pasaron treinta segundos. Alberto estaba desorientado, y no tenía muy claro si aquellos dos hombres ya se habían ido. No les había

oído alejarse, pero tampoco escuchaba nada que pudiese hacerle pensar que seguían allí.

De repente, volvió a escuchar ruidos a su izquierda. Había alguien muy cerca de él. Escuchó un "*clic*" seco y corto. Inmediatamente después, notó el frío del metal detrás de su oreja izquierda. Y, por último, Aitor apretó el gatillo.

El capitán Alberto Martín Barrios murió en el acto.

Aitor miró a Unai.

-Nos vamos, le dijo.

Unai miraba fijamente el cadáver de Alberto. Era la primera vez que veía un muerto. No había sido él el que había apretado el gatillo, ni quien había decidido que había que matarle, pero había tenido una participación determinante en los eventos que habían provocado que ese hombre estuviese allí muerto, con la cabeza levemente girada hacia la derecha, y rodeado de sangre, que comenzaba a chorrear pared abajo.

Sabía que era necesario matar por la libertad de *Euskal Herria*. Había incluso celebrado y brindado con compañeros, varias veces, los asesinatos más exitosos de la banda. Pero verlo en primera persona, ser parte directa de una muerte, era una cosa distinta.

Comenzó a encontrarse muy mal. Le vino una gran arcada. A la segunda, no pudo evitar vomitar.

-¡Vamos hostia!, le dijo Aitor, que comenzó a alejarse de la caseta en dirección hacia el camino.

Unai se recompuso, y fue tras él.

Según el plan para ese momento Ainhoa ya debía estar esperando, con su coche, en el camino. Pero allí no había nadie.

-¿Y esta chica dónde está?, preguntó Aitor al llegar al camino y comprobar que Ainhoa todavía no había llegado.

Justo en ese momento vieron aproximarse por el camino un coche con las luces apagadas. A Unai inicialmente le dio un vuelco el corazón, pero enseguida distinguió el Renault 5 conducido por Ainhoa.

-Ya sabes, dijo Aitor a Unai. Tú te vas con ella. Por lo que he visto estas semanas no te importa mucho, a ver si os creéis que soy gilipollas. Yo me quedo, tengo todavía cosas que hacer aquí. Vosotros no tendréis problema en cruzar la frontera. Nada más cruzar llama al número de Cruz Roja que dijimos y les dices que tienen aquí el paquete.

-Sí, tengo el teléfono aquí apuntado, dijo Unai tocándose el bolsillo izquierdo del pantalón, en el que llevaba un papel con el teléfono de la Brigada de Tropas y Operaciones de Socorro de la Cruz Roja.

-Lo has hecho bien, dijo Aitor mientras ofrecía la mano a Unai para estrechársela. Y a los muertos uno se acostumbra. La próxima vez te toca hacerlo a ti. Nos veremos en Francia.

-Nos vemos, ve con cuidado, respondió Unai.

Aitor montó en el coche que Unai había conducido hasta allí. Unai, por su parte, montó de copiloto en el Renault 5 que conducía Ainhoa.

Ainhoa le dedicó una sonrisa.

-¿Todo bien?, preguntó ella al ver que estaba completamente pálido.

-Le ha matado, dijo Unai, con la mirada perdida.

-¿Qué? ¿Por qué?, preguntó Ainhoa, sin mover el coche.

-Había que matarle. Unos *txakurras* han intentado secuestrar a Torka hoy en Francia. Desde que ha venido Aitor ya sabía que le iba a

matar, pero le ha dicho que le iba a liberar para no complicar el trayecto.

-¿Y nos miente también a nosotros? ¿Acaso no pintamos nada?, dijo Ainhoa, visiblemente molesta.

-No lo sé, replicó Unai. Vamos a salir de aquí. Tenemos que llamar para avisar de que está muerto y reivindicarlo en cuanto crucemos la frontera.

Hicieron el trayecto hasta Irún en completo silencio. Fueron casi dos horas en las que pasaron, recorriendo la N-634, por Zarautz, Getaria, Zumaia y San Sebastián.

Unai no se quitaba de la cabeza la imagen de la sangre del capitán Martín Barrios deslizándose lentamente, gota a gota, por la pared. Además, le avergonzaba enormemente cómo se había comportado. Menudo *gudari*, que vomitaba por presenciar una ejecución. Esperaba que Aitor no se lo contase a nadie. Como mínimo, confiaba en que Ainhoa nunca se enterase.

Ainhoa, por su parte, trataba de asimilar que finalmente hubiesen asesinado a aquel hombre que, en su opinión, nada pintaba en el conflicto vasco. Sabía que la lucha armada exigía tomar decisiones complicadas. Pero quizás no era necesario haber matado a aquel hombre. Había otros que lo merecían mucho más. No terminaba de entender por qué razón la organización le había elegido a él. Si hubiese sabido que ese hombre era el objetivo, ella no hubiese participado. Pero lo había hecho. Acababa de participar en la ejecución de un hombre.

Llegaron a las inmediaciones de la estación de tren de Irún unos pocos minutos antes de las 12 de la noche. El siguiente, y último, tren de cercanías a Hendaya salía a las 12:30, así que tenían algo de margen.

Dejaron el coche en la calle Aduana, a un par de minutos andando de la estación. Si no había problemas, el plan de Ainhoa era

recogerlo cuando volviese a cruzar la frontera.

Cogieron sus mochilas con la ropa que tenían en el piso franco y fueron caminando a la estación. Hasta ese momento habían tenido sus mentes ocupadas con reflexiones sobre lo que acababan de hacer. Pero ahora se acercaba el momento de cruzar la frontera, y ambos, sin compartirlo con el otro, pasaron a sentir un gran miedo a ser arrestados.

En principio no debería haber ningún problema. Que supiesen, ninguno de los dos estaba fichado. Era la primera gran operación en la que participaban, y nunca habían sido detenidos en ninguna de las colaboraciones anteriores que habían hecho con la organización. Unas semanas antes Unai había cruzado la frontera en sentido contrario, y no había tenido ningún problema. Pero eso no quitaba que el cruce de la frontera fuese un momento delicado.

Compraron los billetes, que les costaron 105 pesetas cada uno. Una vez tuvieron los billetes, se dirigieron al arcén desde el que saldría el Cercanías de las 12:30 dirección Hendaya.

En el camino hacia el arcén se cruzaron con varios *txakurras*. Ainhoa tenía la sensación de que todos les miraban, y esperaba escuchar un "*eh vosotros, ¡alto ahí!*" en cualquier momento. Unai notó su intranquilidad, y le agarró la mano. Ainhoa sonrió sin mirarle, y continuaron caminando hacia el andén cogidos de la mano. No solo era una manera perfecta de pasar desapercibidos, sino que a los dos les apetecía. Seguramente, muy a pesar de ambos, ese era el primer contacto físico que habían tenido desde que se conocían.

Llegaron al andén, y pararon en una zona bastante apartada, casi al final. Dejaron sus mochilas en el suelo. Para la hora que era había bastante gente esperando el tren. Otro *txakurra*, algo alejado, parecía observarles.

Ainhoa decidió que debían profundizar más en su tapadera. Se puso frente a Unai, le dedicó una sonrisa mirándole a los ojos, y le besó.

El beso no duró menos de veinte segundos, y despertó la envidia de unos y las miradas de reprobación de otros. Quizás no había sido el mejor movimiento para pasar desapercibidos, pero Ainhoa apostaba a que ahora nadie sospechaba que eran dos militantes camino del exilio. En cualquier caso, el beso había merecido la pena. Lo recordarían siempre. Durante esos segundos ambos habían olvidado las dudas y los temores que les asaltaban aquella noche.

El tren llegó unos minutos tarde, a aproximadamente las 12:35. Montaron, pero ni siquiera se sentaron, porque el trayecto era de menos de cinco minutos. A las 12:40 estaban bajando del tren en la estación de Hendaya, sabiéndose completamente a salvo.

Solo quedaba hacer la llamada. La hizo Unai desde una de las cabinas de la estación, utilizando unos francos que había conservado para la ocasión. Sacó el papel que guardaba en el bolsillo, y llamó a la Cruz Roja de Bilbao.

-Cruz Roja, ¿dígame?

-Soy miembro de ETA Político-militar. No estoy hablando en broma, estoy hablando completamente en serio. Le voy a comunicar dónde se encuentra el cuerpo sin vida del capitán secuestrado. Está en una caseta abandonada en el Camino del Gallo, en Galdácano. ¿Me ha entendido?

-Sí, dijo con un hilo de voz una mujer al otro lado del teléfono.

-*Gora Euskadi askatuta!*, dijo Unai, colgando el teléfono.

Capítulo 17

El hermano del capitán Martín Barrios, Fernando, se enteró del asesinato por la radio, a las 10 de la mañana del día siguiente.

Aunque Unai había hecho la llamada antes de la una de la madrugada, el cadáver no había sido localizado hasta las ocho de la mañana. De madrugada varios miembros de la Cruz Roja se habían desplazado a la zona del Camino del Gallo a comprobar si la llamada era real o se trataba simplemente de una de esas bromas pesadas tan frecuentes en situaciones como aquélla. No lo habían encontrado. Sin embargo, una patrulla volvió a pasarse por la zona en cuanto amaneció, y encontró el cuerpo sin vida en el porche de la caseta en la que había sido ejecutado.

La noticia hizo que Fernando se derrumbase. Su hermano era un hombre feliz, que nunca había hecho daño a nadie. Nada tenía que ver con el conflicto vasco. Amaba su tierra, el País Vasco, profundamente.

Fernando nunca olvidaría aquella mañana, con diferencia la peor de su vida. Se desplazó a casa de su hermano, cuya puerta estaba seguía llena de periodistas, para ver si su cuñada, María Ángeles, ya conocía la noticia.

María Ángeles todavía no sabía nada. Pasaba los días vagando por la casa, como ida, y evitaba poner la radio o la televisión, que solo le recordaban la pesadilla que estaba viviendo. Estaba superada. Nadie está preparado para algo así, y mucho menos ella.

Fernando no sabía cómo decírselo. Así que se lo dijo sin rodeos.

-María Ángeles, le han matado. Lo siento muchísimo, dijo con la voz completamente rota.

María Ángeles se le quedó mirando, con el rostro desencajado. Se sentó en el sofá del salón, y comenzó a llorar.

Le quedaba alguna esperanza de que Alberto apareciese sano y salvo. De que ETA no se atreviese a matarle a la vista del rechazo social. Pero esa pequeña esperanza que había dado sentido a su vida los últimos trece días se había esfumado.

¿Ahora qué?, se preguntaba.

Para empezar, tenía que decírselo a sus hijos, que estaban en el colegio. ¿Cómo se les dice a unos niños de nueve, seis y tres años que su padre ha sido asesinado?

Ningún dolor ese día era comparable al que se vivía en la casa del capitán Martín Barrios. Pero millones de españoles, desde sus casas, sintieron también un profundo dolor cuando conocieron la noticia del asesinato. Existía un convencimiento generalizado en la sociedad española de que el capitán Martín Barrios sería liberado con vida.

Los días siguientes hubo numerosas manifestaciones. La principal fue el sábado 23 de octubre en Bilbao. Iba presidida por una pancarta que rezaba "*Con el Pueblo. Contra ETA*". La presidió la madre del capitán Martín Barrios, quien marchaba del brazo del *lehendakari*. Esta vez sí, el PNV había salido de su ambigüedad habitual y había condenado de forma enérgica el asesinato.

En algunos periódicos, esos días, algunos periodistas sugerían que el asesinato del capitán Martín Barrios podría estar relacionado con esa extraña noticia que llegaba desde Francia, según la cual la mañana del día en el que se produjo el asesinato unos policías españoles habían intentado secuestrar a un miembro de ETA, y estaban recluidos en una cárcel francesa.

La reacción mayoritaria en la sociedad vasca al asesinato del capitán Martín Barrios fue de condena. No eran muchos en 1983 los que mostraban un apoyo explícito a ETA, y menos todavía en asesinatos

como aquél, de alguien no directamente involucrado en el conflicto. Sí que eran muchos, sin embargo, los que evitaban pronunciarse, por no tener una posición clara, por miedo o por simple conveniencia.

Había además otra corriente de opinión, seguramente muy minoritaria en la sociedad vasca y no tan minoritaria en el conjunto de la sociedad española. Esa corriente de opinión creía que ya bastaba de poner la otra mejilla. Creía que llorar, protestar y sacar pancartas no servía de nada. Creía que a ETA había que darle de su propia medicina.

Aranda formaba parte de esa corriente de opinión. Pero había importantes factores que le diferenciaban de las cientos de miles de personas que pensaban lo mismo.

Primero, lo suyo no era palabrería. Estaba dispuesto a hacer lo que resultase necesario para acabar con esos hijos de puta a los que odiaba con todas sus fuerzas. Segundo, contaba con el apoyo necesario para hacerlo.

Solo necesitaba que, al contrario de lo que había pasado con el intento de secuestro de Torka, los de arriba le dejasen hacer las cosas a su manera. Si el objetivo era que esos putos franchutes dejasen de tratar a los etarras como a sus niños bonitos, él sabía perfectamente cómo hacerlo. Y por sus cojones que iba a conseguirlo.

Capítulo 18

Algo más de una semana después del asesinato del capitán Martín Barrios Aranda y Gutiérrez estaban tomando unas cervezas en el bar Hendayais. Era el mismo bar de Hendaya que Torka frecuentaba, y al que se dirigía el día en el que el inspector Salcedo y los GEO habían intentado secuestrarle.

Desde el intento de secuestro a Torka no se le había vuelto a ver por Hendaya. Había dejado apresuradamente su piso, y parecía que se le había tragado la tierra. "El Moro" y "El Cura" habían tirado de contactos para tratar de volver a localizarle, pero sin suerte.

Aranda consideraba que los mandamases se habían cubierto de gloria con la primera operación en Francia. Él, con sus contactos, les había servido en bandeja de plata a una pieza muy jugosa de la banda. Lo suficientemente jugosa para que ETA aceptase negociar. La libertad del capitán Martín Barrios a cambio de la de ese hijo de puta de Torka. Ahora, sin embargo, Torka estaba libre y en paradero desconocido, mientras que el capitán estaba muerto y los policías españoles estaban en una cárcel francesa.

A Aranda le había afectado la noticia del asesinato del capitán Martín Barrios. Era un tipo duro, y estaba ya curado de espanto. Había enterrado ya a muchos amigos y compañeros. Le constaba que él mismo había sido en el pasado objetivo de la banda. No se le impresionaba fácilmente. Pero el asesinato del capitán le había impresionado. Quizás porque tenía la certeza de que, haciendo las cosas bien, se le podía haber salvado.

Haría todo lo que estuviese en su mano para que una situación como esa no se volviese a dar.

Había tenido una buena bronca con Baquero, su antiguo jefe, a cuenta de la forma en la que se había gestionado el secuestro de Torka. La conversación se había producido el día que había aparecido el cadáver, y había sido de mucha tensión.

Ahora, ya en frío, Aranda se arrepentía de haber pagado su frustración con Baquero. Al fin y al cabo Baquero se limitaba a transmitirle lo que pedían desde arriba, y tenía poco margen para decidir. Seguramente, si de Baquero hubiese dependido, las cosas se hubiesen hecho de una forma bien distinta.

Baquero no dejaba de ser el que daba la cara frente a Aranda. Y le constaba que también daba la cara por él frente a los de arriba.

Por lo menos ahora, aunque fuese tarde y con un coste terrible, parecía que todos habían entendido que, como había defendido Aranda desde el primer momento, no tenía ningún sentido poner a policías españoles a hacer operaciones encubiertas en Francia. Ante cualquier problema los policías españoles tendrían las manos atadas, y pasaría lo que había pasado con el intento de secuestro a Torka: los policías españoles acabarían en prisión y se montaría un pifostio diplomático. A Aranda, en realidad, solo le importaba lo primero. Si los franceses no querían que los españoles se ocupasen de los etarras que preparaban atentados en el sur de Francia, que cumpliesen de una puta vez su obligación de ocuparse ellos.

En cualquier caso, Aranda tenía muy claro que aquello tenía que hacerlo gente que no tuviese las limitaciones que tenían los policías españoles. Gente que, si resultaba necesario, estuviese dispuesta a mancharse las manos. Gente como "El Moro" y "El Cura", y como todos los demás que Aranda llevaba meses reclutando.

Una vez que todos parecían por fin alineados en ese aspecto, era hora de seguir peleando contra ETA en el sur de Francia. Aunque lo de Torka había terminado siendo un desastre, la idea de secuestrar a un alto cargo de ETA refugiado en Francia seguía siendo buena. Simplemente había que seleccionar un nuevo objetivo. Y ese objetivo, pensaba Aranda, debía estar a la altura para vengar el asesinato del capitán Martín Barrios.

Para eso, precisamente, estaban Aranda y Gutiérrez en Hendaya. No habían vuelto a Madrid desde que viajaron a la zona la víspera del

intento de secuestro a Torka. Se seguían alojando en el Hotel Alcázar, en Irún, pero realmente pasaban la mayoría del tiempo en el sur de Francia.

Pasar tiempo en Francia les aportaba mucho operativamente. Se reunían a diario con los distintos colaboradores que habían ido captando para la causa, que les aportaban información valiosa y les sugerían posibles objetivos. Todo, claro está, previo pago de suculentas cantidades de dinero, que provenía de los fondos reservados. Era Baquero el que se encargaba de dárselo a Aranda en bolsas de deporte pero, evidentemente, Baquero no era más que un intermediario.

Sin embargo, ese tiempo en Francia no contribuía nada a la paz mental de Aranda. Le hervía la sangre al ver cómo Hendaya, Biarritz o Bayona eran nidos de etarras que hacían su vida tranquilamente, sin que nadie les molestase, mientras discutían entre kalimotxos quién debía ser el siguiente en recibir un disparo en la cabeza, o en volar por los aires al encender el motor de su coche.

El bar Hendayais era, para Aranda, un claro ejemplo de la absurda situación que se estaba viviendo. Ese día, como muchos otros en los que se pasaban por allí, Aranda lo comentaba con Gutiérrez.

Ellos estaban sentados en una mesa cercana a la entrada del local. En la mesa más cercana a ellos había una pareja joven, hablando en euskera. La chica tenía unos preciosos ojos grises.

-¿Pero aquí habla alguien en cristiano?, preguntó Aranda retóricamente.

-Se oye más euskera que francés, corroboró Gutiérrez.

-Te digo yo que la mitad de los vinos que sirve este antro se pagan con el impuesto revolucionario. Si es que están aquí de vacaciones, a gastos pagados, follando unos con otros hasta que les digan a quién más tienen que cargarse. Van a España, te vuelan la cabeza, y vuelta a las vacaciones pagadas en Francia.

Gutiérrez asintió. Estaba de acuerdo con lo que decía Aranda, pero le ponía siempre nervioso que su jefe hablase abiertamente de esos temas en entornos *abertzales*, sin importarle quién le oyese o, más bien, pretendiendo que le oyesen.

-Si no mira a este niñato de detrás. Es más feo que pegarle a un padre con un calcetín sudado, y mira la "potra" que maneja.

Aunque Aranda no lo sabía, el niñato era Unai, y la "potra", Ainhoa.

Estaban ya acomodados en Hendaya, aunque estaban todavía aclimatándose a la vida allí.

La organización les había facilitado, la misma noche de su llegada, un pequeño piso en el barrio de Behobie. La banda corría con los gastos del alquiler. Además, la persona que les había recogido en la estación les había entregado tres mil francos a cada uno, como asignación mensual para sus gastos. Con ese dinero, y sin tener que pagar piso, no llevarían ni mucho menos una vida de lujos, pero sí que podían vivir razonablemente bien sin trabajar.

Los primeros días en Hendaya habían sido complicados. Seguían impresionados por el precipitado, y para ellos inesperado, desenlace del secuestro. Además, les habían llegado las noticias sobre la ola de indignación que había generado la muerte del capitán Martín Barrios, siendo condenado por sectores que habitualmente mantenían ambigüedad o silencio ante los asesinatos de ETA. Eso, unido a la noticia sobre el intento de secuestro de Torka en Hendaya por parte de policías españoles, les generó una gran incertidumbre inicial sobre cómo de seguros estaban en Hendaya.

Pasaron cuatro días encerrados en el piso. Ni la incertidumbre sobre su seguridad ni la extraña sensación que les había dejado en el cuerpo la forma en la que había terminado el secuestro impidieron que hiciesen el amor varias veces durante cada uno de esos días de encierro voluntario. Pese a sus muy particulares circunstancias, no dejaban de ser una pareja que se acababa de ir a vivir juntos.

La primera vez que salieron del piso, el quinto día, apenas dieron una vuelta por el barrio y compraron comida, pues se les estaba acabando la que les había dejado la organización. Cada vez que se cruzaban con alguien se les hacía un nudo en el estómago. Daban cada paso esperando que, de un momento a otro, la calle se llenase de *txakurras* dispuestos a detenerles. Sin embargo, no pasó nada. El riesgo solo estaba en su cabeza. Nadie les prestaba atención. Solo eran otros refugiados vascos en Hendaya.

Poco a poco fueron dejando atrás el miedo. Cada vez salían más del piso.

A los diez días ya hacían una vida completamente normal. No quedaba rastro del temor a ser arrestados de los primeros días.

Sí que quedaba rastro de las inseguridades y dudas que a los dos les había generado su primera participación en una gran operación con ETA.

Unai no podía olvidar la imagen del cadáver del capitán Martín Barrios en el porche de aquella cabaña, ni su posterior reacción, vomitando delante de uno de los duros de la organización. Lo que sentía no eran remordimientos, ni siquiera pena por aquel hombre. Lo que le atormentaba era pensar que quizás no valía para eso. Si le impresionaba tanto una muerte, ¿cómo iba a tener ese papel protagonista en la lucha armada que tanto ansiaba? ¿Qué pasaría cuando le tocase a él apretar el gatillo? ¿Iba a ser capaz?

Se trataba de convencer a sí mismo pensando que no había sabido reaccionar porque todo le había pillado por sorpresa. Pensaba que iban a liberar al secuestrado, no a matarle, así que todo lo siguiente le había cogido desprevenido. Pero, a la vez, se fustigaba por haber sido tan ingenuo como para pensar que le iban a liberar. O, todavía peor, por haber pensado que lo que procedía era liberarle.

Había tenido la oportunidad que tanto había perseguido. Y no había estado a la altura.

Ainhoa, por su parte, era también un mar de dudas, pero las suyas eran bien diferentes a las de Unai. Ella sí que se planteaba si lo que había hecho era lo correcto. Cada vez tenía más claro que la muerte de aquel hombre no había tenido sentido. Aunque hubiese sido como respuesta al intento de secuestro de Torka por los *txakurras*. Le hubiese parecido bien que la banda hubiese secuestrado a un *txakurra*, uno de esos que eran particularmente sádicos, y le hubiesen matado como respuesta al intento de secuestro. O incluso que le hubiesen torturado. Por supuesto que había que proteger a los refugiados, y seguramente la única forma de hacerlo era con violencia. Igual que la única forma de seguir luchando por los ideales *abertzales* era con la violencia. Sobre eso no tenía dudas. Ahora bien, había que medir bien contra quién se utilizaba esa violencia. Y, salvo que a ella se le estuviese escapando algo, ese hombre al que habían secuestrado y matado no era el destinatario adecuado del tiro que le había pegado Aitor.

Unai y Ainhoa no habían compartido entre ellos sus inquietudes. Unai se avergonzaba de ellas, y de hecho una de sus mayores preocupaciones era que Ainhoa se enterase de cómo había actuado la noche del asesinato. Ainhoa por su parte, creía que era prematuro hablarle a Unai de sus dudas. Necesitaba aclararse ella misma antes de compartirlas con nadie, incluido Unai.

Ese día era el primero que Unai y Ainhoa habían ido al bar Hendayais. Se lo habían recomendado otros chicos vascos a los que habían conocido el día anterior en el paseo marítimo.

A las cuatro menos cuarto de la tarde la puerta del bar Hendayais se abrió. Por mero instinto, tanto Unai y Ainhoa como Aranda y Gutiérrez miraron a la persona que entraba. Todos le conocían. Era Jon Luzuriaga, miembro histórico de ETA y en ese momento responsable de finanzas de la banda.

-¿Sabes quién es, no?, cuchicheó Unai.

-Sí, dijo Ainhoa. Era verdad lo de que todo el mundo está aquí en Hendaya.

En la mesa de al lado, Aranda miró a Gutiérrez, y le hizo un pequeño gesto con la cara señalando a Jon Luzuriaga. Cuando este pasó por delante de las mesas y estuvo lo suficientemente alejado, Aranda dijo:

-La información era buena. Este va a ser el siguiente agraciado.

Capítulo 19

Pese a la intensidad con la que estaban viviendo sus primeros días en Hendaya Unai y Ainhoa, enamoramiento incluido, las jornadas de su compañero de comando, Aitor, habían sido mucho más intensas. Los nuevos tenían que ir poco a poco. Que se relajasen unos días, que echasen unos polvos y que viesen que la vida de refugiado no estaba tan mal. Pronto les volverían a necesitar para nuevos atentados.

Pero la lucha armada no podía adaptarse a los tiempos de los novatos. Había que mantener la presión sobre el Estado español. Y eso exigía acciones constantes.

La misma noche que había matado al capitán Martín Barrios Aitor se había trasladado a Rentería. Había abandonado el coche que habían utilizado para el secuestro del capitán Martín Barrios de camino, en un polígono industrial de Eibar en el que unos días antes unos compañeros habían dejado aparcado el coche de Aitor. Dado que no estaba fichado, intentaba hacer todos los desplazamientos posibles con su coche, para evitar problemas si le paraban en uno de los muchos controles rutinarios que hacían los *txakurras*.

Una vez que llegó a Rentería, aparcó el coche en el Barrio de Kaputxinos. Era una zona residencial, con muchos coches aparcados y sin apenas vigilancia. Su coche pasaría totalmente desapercibido ahí durante unos días. Estaba a unos quince minutos caminando del centro, y permitía una salida rápida en caso de huida.

El piso franco estaba en Galtzaraborda, un barrio cercano, aunque el trayecto podía llevar hasta quince minutos porque era cuesta arriba.

Llegó al número 7 de la calle Gure Ametsa y pulsó el botón del telefonillo correspondiente al piso 2º B.

-¿Quién es?

-Guardia Civil, dijo de cachondeo.

La puerta se abrió, y Aitor subió por las escaleras hasta el 2º B.

Conocía bien a Xabi y a Mikel, los otros dos miembros de ETA que vivían allí. Eran un comando estable, que llevaba en ese piso más de un año. Aitor había pasado con ellos dos semanas enteras unos meses atrás.

-*Kaixo*, le dijo Mikel nada más entrar al piso, mientras le estrechaba la mano.

-*Kaixo*, ¿cómo vais? Veo que esto sigue siendo la misma pocilga que cuando vivía aquí, contestó Aitor.

Xabi apareció por detrás.

-Estamos esperando a ver si los de arriba nos mandan a una tía para que complete el comando y se ocupe de esas cosas. A ver si ahora que te codeas con los jefes nos ayudas con eso, dijo Xabi bromeando.

Todos sonrieron.

-Claro, dijo Aitor. Y queréis además que esté buena, ¿no?

-Hombre macho, claro. Para que nos metas aquí a una fea nos quedamos como estamos, contestó Xabi.

Aunque Aitor estaba en la organización muy por encima de Xabi y de Mikel, la forma en la que les trataba era muy distinta a la que había usado con Unai y Ainhoa. Para empezar Xabi y Mikel no eran novatos, ya habían demostrado mucho. Y en cualquier caso, durante esas dos semanas juntos habían desarrollado una relación que, aunque quizás todavía no era de amistad, sí que era de una gran camaradería.

Esta vez Aitor solo planeaba quedarse una o dos noches. La tarea que tenía que hacer en Rentería no le requeriría de mucho tiempo.

-Te esperábamos hace por lo menos una semana, dijo Mikel. ¿En qué has estado metido?

-Ya sabes que no te puedo dar detalles, para que no cantes como un gallo si mañana te cogen por la calle un par de *txakurras* y te cagas vivo, dijo Aitor.

-No ha nacido todavía el *txakurra* que me asuste a mí, dijo Mikel bromeando. Venga anda, cuéntanos batallitas, que este y yo estamos aquí muertos del asco. Has estado en lo del *miliko*, ¿no?

-No os cuento nada, que sois unas porteras. Poned la televisión mañana por la mañana y os enteraréis.

-Vale, vale. Si total, mañana con dos vinos de más nos lo cuentas todo seguro, dijo Mikel.

-Lo de aquí es fácil, ¿no?, preguntó Aitor, cambiando de tema.

-Sí, mañana damos una vuelta y te enseñamos cómo creemos que hay que hacerlo.

-¿Quién es el tipo?

-Un panadero que se va mucho de la lengua con los *txakurras*. Hace años ya se le pegaron ocho tiros, pero parece que bicho malo nunca muere, dijo Xabi.

-Bueno, mañana lo vemos. Me voy a dormir que ha sido un día largo. ¿En cuál de estos cuchitriles me meto?

-En tu antigua habitación, respondió Xabi. Una semana hace que te la tenemos preparada, cabrón.

Al día siguiente se levantaron sobre las diez de la mañana. Aitor necesitaba el descanso tras el ajetreado día anterior, y Xabi y Mikel estaban acostumbrados a dormir nueve horas largas.

Sobre las 11 salieron del piso. Primero fueron a tomar unos pinchos de tortilla, y unos cafés, al bar Zapa, en el casco antiguo. Los carteles de Herri Batasuna que prácticamente tapaban los cristales del establecimiento daban una idea clara de que allí Xabi, Mikel y Aitor podían sentirse como en casa.

Tras ello, se dirigieron a *Zubiaurre Kalea*, una calle del centro de Rentería en la que había varios bares. Xabi y Mikel entraron, no por casualidad, en la Taberna Galtzak, y los tres se sentaron en unos taburetes alrededor de una de las mesas altas que daban a la ventana del local, desde la que se veía perfectamente el bar de enfrente, llamado bar Sarmiento.

-Desde aquí le veremos bien, dijo Xabi. Pero todavía falta para que llegue, por lo menos una hora. Amenizamos la espera con unos *txakolis*, ¿no?

-Claro. Venga invito yo, que esto no es placer, dijo Aitor.

-Cómo se nota cuando se toca poder, dijo Mikel haciendo con sus dedos el gesto del dinero.

-¿A que pagas tú, listo?

-Nada, nada. Yo estoy trabajando. Esto son gastos de empresa, volvió a bromear Mikel.

Aitor fue a la barra y volvió con los tres vasos bajos, que repartió entre sus compañeros.

-Por cierto, dijo Xabi dirigiéndose a Aitor. ¿Tú sabes algo de los dos chavales desaparecidos?

-¿Joxi y Joxean? Nadie sabe nada. Es raro de cojones, dijo Aitor.

-Les habrán arrestado, supongo, apuntó Mikel.

-¿Cinco días arrestados sin que nadie tenga noticias? Mucho tiempo me parece, dijo Xabi. A mí no me gusta nada.

Pidieron otras dos rondas en la cerca de hora y cuarto que estuvieron esperando. Sobre la una y diez Xabi dijo, señalando con la cabeza al bar de enfrente:

-Mira, ahí lo tienes.

-¿El gordo?, dijo Aitor.

-El mismo, dijo Mikel. Entra muy pronto a trabajar, y sobre esta hora ya ha terminado casi siempre. Entra a ese bar, se toma un sol y sombra, juega a las tragaperras o al dominó, y a las dos y media se sube a su casa, que está justo al lado.

-¿Lo haríamos a esta hora?, preguntó Aitor.

-Lo que digas, contestó Xabi. También podríamos hacerlo a las dos y media de la mañana, cuando se va a trabajar. Pero si lo hacemos a esta hora es más espectacular. Y nos vamos tranquilamente, aquí en Rentería nadie pide cuentas.

-Lo hacemos mañana a esta hora entonces. Si lo hacemos por la noche no se entera nadie. Cuanto más llame la atención, mejor, confirmó Aitor.

Pasaron el día comiendo y bebiendo. Mikel y Xabi ya habían visto en televisión que había aparecido el cadáver del capitán Martín Barrios. No tenían ninguna duda de que Aitor había participado, por lo que le preguntaron varias veces por los detalles a lo largo del día. Las primeras veces Aitor insistió en que no podía contarles nada pero por la tarde, con unos cuantos vinos ya en el cuerpo, les contó varios detalles entre risas.

Se acostaron sobre la una de la madrugada.

Al día siguiente se volvieron a levantar alrededor de las diez. De nuevo bajaron a desayunar al bar Zapa. Esta vez, sin embargo, volvieron al piso cuando terminaron. Allí hicieron tiempo hasta,

exactamente, la una menos cinco de la tarde. A esa hora los tres cogieron sus pistolas, y salieron del piso.

Mientras que Aitor y Mikel se dirigieron a la *Zubiaurre Kalea*, Xabi fue a coger un Opel Kadett que él mismo había robado semanas antes, y que había dejado aparcado cerca del piso franco.

En aproximadamente quince minutos Aitor y Mikel ya estaban cerca del bar Sarmiento, y Xabi estaba con el motor en marcha en una calle cercana, como habían acordado.

Una vez que se cercioraron de que Xabi estaba efectivamente en el punto pactado, y de que el objetivo estaba en el bar, Aitor y Mikel pasaron caminando por delante de la puerta. Se detuvieron, y Aitor se acercó a la puerta un poco más.

-¡Claudio!, dijo Aitor sin llegar a entrar. Sal un momento, amigo mío.

Claudio, que estaba jugando a la máquina tragaperras como cada día después de terminar el trabajo en la panadería, se levantó confiado y se acercó a la puerta a comprobar quién le llamaba. Tan pronto como cruzó la puerta, recibió dos disparos en el pecho desde pocos metros. Aitor y Mikel habían disparado casi a la vez.

Claudio cayó al suelo. Aitor, con tanta tranquilidad como sangre fría, se acercó a él, se agachó levemente, y le remató con un disparo en la cabeza.

Aitor y Mikel gritaron a la vez:

-*Gora Euskadi askatuta*!

Huyeron del lugar, sin correr, ni tan siquiera caminar rápido. Montaron en el coche que Xabi mantenía encendido, y se marcharon siguiendo la ruta planeada.

Menos de tres minutos después los dos hijos de Claudio, de dieciséis y catorce años, estaban en la puerta del bar Sarmiento. Habían escuchado los disparos perfectamente desde el salón de su casa,

que estaba en el segundo piso del edificio de al lado. Tan pronto como escucharon los disparos se temieron lo peor. Sabían que su padre ya había sido tiroteado una vez. Bajaron las escaleras corriendo, con la esperanza de que esta vez no le hubiese tocado a él. Pero sí que era él. Estaba en el suelo, en la puerta del bar, con el polo blanco y la cabeza llenos de sangre.

Se arrodillaron junto al cuerpo y comenzaron a llorar.

La Guardia Civil de Rentería llegó a la puerta del bar Sarmiento 45 minutos más tarde. Aunque el asesinato se había producido en una de las calles más concurridas de Rentería, nadie llamó para dar el aviso hasta que el propio hijo mayor de Claudio subió a su casa para hacerlo, a la vista de que allí no llegaba nadie. Tuvo que llamar también al trabajo de su madre, y darle la noticia.

Cuando llegó la Guardia Civil, pidió al propietario del bar Sarmiento, en el que Claudio pasaba al menos una hora de su vida cada día desde hacía varios años, una descripción de las personas que habían disparado. El propietario dijo a la Guardia Civil que no había visto nada, porque había sido todo muy rápido. Tampoco habían visto nada los otros seis clientes que había en ese momento en el bar, con los que Claudio jugaba asiduamente al dominó.

Al día siguiente, el bar Sarmiento abrió a la hora habitual. Los seis clientes que había en el bar en el momento en el que Claudio fue asesinado, fueron al bar a la misma hora a la que solían hacerlo. Como si nada hubiese pasado, pidieron sus bebidas habituales, y jugaron al dominó a la misma hora a la que Claudio estaba siendo enterrado, en un entierro al que solo acudieron sus familiares.

En el bar Sarmiento nunca volvió a mencionarse el nombre de Claudio.

Capítulo 20

Tras varios días siendo torturados en los sótanos del Palacio de la Cumbre, Joxean y Joxi terminaron confesando que su amigo *Txapela* estaba escondido en San Juan de Luz. Fue Joxean el que dio la calle y número exacto, cuando vio cómo el sargento Esteban se acercaba a Joxi con unos alicates oxidados en la mano por enésima vez.

Esteban y Fermín se miraron, y sonrieron. La información llegaba tarde, pero sin duda sería útil para el futuro.

Aprovecharon que Joxean ya se había derrumbado para tensar un poco más la cuerda, y consiguieron otro nombre, el de un tal Gaizka que trabajaba en un bar en Bayona.

Ahora tocaba el turno de deshacerse de esos dos. Su destino estaba claro. Ninguno de los que estaba allí, incluyendo a Joxean y a Joxi, tenía ninguna duda de que el hecho de que hubiesen dado la información no iba a evitar que aquellas fuesen sus últimas horas de vida.

Hubo muchas voces que opinaron sobre cómo matar a Joxean y a Joxi y cómo deshacerse de los cuerpos. Había consenso total en matarles, y también en enterrar los cadáveres en un sitio alejado, dificultando así su identificación si alguna vez eran encontrados.

Decidieron finalmente hacerlo en la Foya de Coves, ubicada en el término municipal de Busot, en Alicante. Lo eligieron porque estaba muy lejos -le separaban de San Sebastián más de 700 kilómetros- y porque era un paraje que Fermín conocía bastante bien por haber vivido en la zona unos años antes.

La expedición que trasladó a Joxean y a Joxi hasta allí estaba compuesta por dos coches. En uno, que guiaba la marcha, iban Fermín -quien conducía- y Esteban. En el maletero de ese coche, atado y amordazado, viajaba Joxi. En el otro coche viajaban otros dos guardias civiles de Intxaurrondo, con Joxean en el maletero, también atado y amordazado.

Fue un viaje largo. Sin paradas hubiesen tardado alrededor de nueve horas. Tardaron una hora más, porque hicieron una parada para cenar algo en un área de servicio cercana a Villena, a 65 kilómetros de Busot. No habían parado allí por casualidad, sino por recomendación de Fermín, que aseguró que se comía muy bien para ser un bar de carretera. Joxean y Joxi permanecieron encerrados en los maleteros mientras los guardias civiles cenaban.

Cuando los guardias civiles terminaron de cenar, la expedición reanudó la marcha. En una hora llegaron a Busot. Ahí tomaron la A-182, hasta que en el kilómetro 12 se metieron por un camino de tierra. A Fermín le costó algo de tiempo localizar el camino, porque hacía años que no pasaba por allí y no recordaba exactamente en qué punto kilométrico estaba. Pero, tras un par de vueltas, lo encontró.

Circularon 15 kilómetros por el camino de tierra. No se cruzaron ningún vehículo. Nadie con buenas intenciones circulaba por allí a esas horas.

Una vez estaban en un sitio lo suficientemente aislado, pararon los coches. Sacaron a Joxean y a Joxi de los maleteros. Ni trataron de escapar, ni patalearon, ni trataron de gritar burlando sus mordazas. Sabían que les iban a matar, y lo único que querían era que fuese rápido. Ninguno de los dos quería arriesgarse a que los *txakurras* cambiasen de idea y decidiesen torturarles un poco más.

El grupo caminó hasta alejarse del camino unos 200 metros.

-Yo creo que aquí está bien, mi sargento, dijo Fermín.

-Pues aquí nos quedamos, dijo Esteban. Soltad a estos dos y atadles una cuerda al cuello, que no quiero tener que ponerme a correr a estas horas. Dadles las palas, y que caven.

Los dos guardias civiles que acompañaban a Esteban y a Fermín cumplieron la orden. Primero pusieron a Joxean y a Joxi una cuerda alrededor de sus cuellos, con uno de esos nudos que se aprietan

más si haces un movimiento brusco que ponga la cuerda tirante. Luego les soltaron las cuerdas que ataban sus pies y manos.

-Venga, preparaos la cama, dijo Esteban mirando a Joxean y a Joxi.

Estos se miraron con tristeza, como preguntándose recíprocamente si el otro creía que podían hacer algo distinto a resignarse a cumplir la orden de aquel *txakurra* consistente en que cavaran su propia tumba. Tras unos segundos de dudas, Joxean cogió la pala, y Joxi le imitó.

Los cuatro guardias civiles se sentaron alrededor del lugar en el que Joxean y Joxi cavaban. Dos de ellos sujetaban las cuerdas atadas a sus cuellos.

Durante los primeros diez minutos Joxean y Joxi cavaron a un ritmo razonablemente alto dadas las circunstancias. Al fin y al cabo llevaban varios días sin comer y sufriendo todo tipo de torturas. Pero pronto comenzaron a necesitar descansar casi con cada palada. Se cayeron varias veces al suelo.

De vez en cuando, los cuatro guardias civiles hacían comentarios jocosos. Con una de las caídas de Joxi, uno de ellos dijo:

-Venga coño, para poner bombas le ponéis muchas más ganas.

Con una de las caídas de Joxean, otro dijo:

-Manda huevos que el primer día que habéis trabajado en vuestra vida coincida con el día en el que vais a palmar.

Joxean y Joxi aguantaron estoicamente el desgaste que supone cavar tu propia tumba, así como las burlas que recibieron durante las más de tres horas que estuvieron cavando. Ello sin perjuicio de que sus rostros estuvieron todo el tiempo mojados por las pocas lágrimas que les quedaban, que ambos trataban de ocultar para no dar pie a más mofas, y también para evitar dar a esos hijos de puta el gusto de verles llorar una vez más.

A las dos de la mañana la paciencia de Esteban se había acabado. Esos dos cavaban muy despacio, y él quería volver ya a Intxaurrondo. Se levantó, echó un vistazo a la fosa, y concluyó que ya era suficientemente profunda.

-Venga, parad. Tirad las palas fuera de la fosa, y quitaos las cuerdas.

Sendos escalofríos recorrieron los cuerpos de Joxean y de Joxi. Una cosa es saber que vas a morir ese día, y otra saber que vas a morir en cuestión de segundos. Pese a ello, cumplieron las órdenes.

-De rodillas, vamos, siguió dando instrucciones Esteban.

Una vez que los dos estaban de rodillas, Esteban dijo:

-¿Quién quiere ser el primero? Que levante la mano.

Joxean y Joxi se miraron. Ninguno se movió.

-Joder qué tranquilos estáis ahora. Con lo valientes que sois en Francia. Ni un *gora eta* ni nada.

Joxean y Joxi permanecieron en silencio, mirando hacia el suelo.

-Pues venga, vamos a empezar por ti, dijo acercándose al lado de la fosa en el que estaba Joxi. Moviéndose deliberadamente despacio, Esteban sacó la pistola no reglamentaria marca Browning que llevaba para la ocasión. Apuntó a la cabeza de Joxi, que seguía de rodillas, y apretó el gatillo.

Joxi cayó desplomado sobre las rodillas de Joxean. Este miró hacia abajo, y vio a su amigo de la infancia con un agujero de bala en la parte izquierda de la frente, pero todavía vivo.

-Manda cojones tener que gastar dos balas en este desgraciado, dijo Esteban.

Bordeó la fosa hasta situarse en un lugar más apropiado, apuntó, y volvió a disparar a la cabeza de Joxi. Esta vez murió en el acto.

Joxean, temblando, puso la mano en el pecho de su amigo muerto. Esperó, sin levantar la cabeza, a que aquel hijo de perra le disparase a él de una vez por todas, pero el disparo no llegaba.

Esteban se tomó unos segundos para disfrutar el momento. Finalmente, disparó a la cabeza de Joxean, matándole en el acto.

- Venga, pues dos menos. Cubridles de cal, tapad el agujero, y nos vamos.

Fermín y los otros dos guardias civiles fueron a los coches a recoger los sacos de cal que habían traído. Un compañero del cuartel les había dicho que la cal era lo mejor para hacer desaparecer un cadáver. Bastaba con cubrir el cuerpo de cal y dejar que el paso del tiempo hiciese su trabajo para que desapareciese. La información resultó ser incorrecta, pero Joxean y Joxi fueron cubiertos en cal porque sus ejecutores pensaban que ello garantizaba que sus cuerpos nunca serían encontrados, o como mínimo que si eran encontrados estarían en tal mal estado que ningún forense podría constatar las torturas a las que habían sido sometidos.

Esteban, Fermín y los otros dos guardias civiles subieron a sus coches y pusieron rumbo a Intxaurrondo. Lo hicieron orgullosos, con la satisfacción del deber cumplido, y con la sensación de haber vengado mínimamente a los tantos compañeros que habían sido asesinados por ETA.

Capítulo 21

Aranda se había citado con Baquero en el Café Continental. Era un local estrecho, con paredes forradas de madera oscura. Nada más entrar se notaba el ambiente recargado. El aire olía a tabaco negro. Tras la barra, una cafetera italiana de palanca compartía encimera con botellas de coñac Magno, Veterano y Anís del Mono. Estaba muy cerca del hotel de Irún en el que Aranda y Gutiérrez llevaban alojándose varias semanas.

Eran alrededor de las seis de la tarde. Baquero se había desplazado hasta allí para conocer los avances de Aranda, y para llevarle el dinero que necesitaba para poner en marcha la nueva operación que estaban planeando.

Los dos estaban sentados en una mesa al final del local. Bebían café solo, en vaso de cristal, con el casi preceptivo chorrito de coñac.

-¿Tenéis entonces a Luzuriaga localizado?, preguntó Baquero.

-Sí, está en Hendaya, paseándose tranquilamente, respondió Aranda. Le tienen bajo control "El Moro" y "El Cura".

-Joder con "El Moro" y "El Cura", hablas más de ellos que de tu mujer, dijo Baquero.

-De momento son los únicos que no la han cagado, dijo Aranda.

-¿Cuál es el plan para cogerle?, preguntó Baquero.

-Estamos en ello, respondió Aranda. Pero cogerle no es complicado. Si los de arriba no nos obligan a ir con matrículas españolas como la otra vez, haciendo el gilipollas, pues será fácil.

-Joder qué tocapelotas eres, protestó Baquero. Ya te he dicho que esta vez tienes permiso para hacerlo a tu manera. Tú solo dime qué necesitas de nosotros.

-Lo primero pasta, y mucha. Hay que pagar a un montón de gente para hacerlo bien.

Baquero miró a la bolsa de deporte que había dejado en el suelo, al lado de la mesa.

-Aquí tienes un millón de francos, dijo.

-Fiuu, silbó Aranda. Veo que ese "señor X" tuyo está dispuesto a rascarse el bolsillo.

-Sobre todo dales buen uso, no te los gastes en putas.

-Me ofendes jefe, dijo Aranda sonriendo, y consciente de que era improbable que cumpliese íntegramente esa orden.

-Paga a todos esos delincuentes con los que te mueves lo que haya que pagarles. Pero que lo hagan bien. No podemos volver a fallar.

-Lo harán bien, dijo Aranda convencido. ¿Qué queréis que haga con él cuando crucemos la frontera?

-Prepara un sitio para tenerle ahí el tiempo que haga falta. Algo fuera del País Vasco. Asturias, Cantabria, o lo que mejor te parezca.

-¿Cuándo hay que hacerlo?, preguntó Aranda.

-Tienen que dar la autorización definitiva los de arriba, pero la idea es no tardar demasiado. ¿Tú cuánto tiempo necesitas para tenerlo todo listo?, preguntó Baquero.

-Dos semanas como máximo. Pero que nos avisen con margen, no como la otra vez, dijo Aranda.

Antes de que Baquero pudiese continuar la conversación, escucharon disparos. Contaron hasta ocho. Tras ello, muchos gritos. Los disparos no se habían producido dentro de la cafetería, pero sí muy cerca.

Los dos se levantaron de un salto de sus sillas, y salieron de la cafetería a la carrera. Antes de poner el pie en la calle tenían ya sus armas reglamentarias en la mano.

Vieron a dos hombres encapuchados saliendo, corriendo, de la carnicería que había en la acera de enfrente. Se metieron en un taxi que estaba parado en medio de la calle, justo en la puerta de la carnicería. Aranda tuvo por un instante a tiro a uno de los hombres, pero no pudo disparar porque varias personas cruzaban la calle y le pareció que el riesgo era demasiado alto. El taxi salió a toda velocidad y desapareció en pocos segundos.

Toda la calle era un caos, con mucho ruido y gente moviéndose de un lado a otro sin ningún criterio.

Otro hombre salió de la carnicería. Cuando Aranda ya estaba empezando a apuntarle con la pistola, el hombre comenzó a gritar:

-¡Una ambulancia! ¡Le han disparado pero está vivo! ¡Pedid una ambulancia!

Aranda y Baquero cruzaron la calle y entraron en la carnicería. A primera vista parecía que no quedaba nadie dentro. Cruzaron el local, y entraron detrás del mostrador. Allí había un hombre malherido, con todo el torso lleno de sangre. Estaba consciente, pero no tenía fuerzas para nada más que para tratar de sobrevivir.

A lo lejos se oía ya el sonido de una ambulancia.

Aranda salió del local, y se dirigió al hombre que había pedido la ambulancia. Por su uniforme, resultaba evidente que trabajaba en la carnicería.

-Soy policía, dijo Aranda mientras enseñaba la placa. ¿Qué ha pasado?

El hombre estaba pálido. No paraba de temblar.

-Han…han llegado dos encapuchados, han gritado *gora ETA askatuta!* y han empezado a disparar a mi jefe. Le han disparado ocho o diez veces. Después uno de ellos ha apuntado a una clienta con la pistola y le ha pedido que le diese el bolso. Se lo ha dado, y han salido los dos corriendo.

La ambulancia llegó, y sus ocupantes entraron rápidamente en la carnicería. Baquero, que había estado hasta ese momento con el hombre herido, salió de la carnicería.

-A ver si adivinas lo que han gritado esos hijos de puta antes de disparar al carnicero, dijo Aranda.

-*Gora* su puta madre, ¿no?

Aranda se acercó un poco más a Baquero para asegurarse de que no le escuchase nadie.

-Hay que empezar a matar a estos hijos de puta pero ya, dijo.

La ambulancia se llevó al carnicero, que falleció apenas unos minutos después de llegar al hospital a causa de las heridas. Las balas le alcanzaron el pulmón izquierdo y el corazón.

Esa misma noche la policía nacional encontró el taxi en el que habían huido los autores de los disparos. En su maletero la policía encontró, atado y amordazado, al taxista. Este les contó que tres hombres se habían montado a primera hora de la tarde en su taxi haciéndose pasar por clientes y le habían obligado a punta de pistola a conducir hasta las afueras de Irún. Allí le habían atado, amordazado, y obligado a meterse en el maletero, en el que había permanecido hasta ser liberado por los agentes.

ETA Militar reivindicó el asesinato del carnicero el día siguiente. Afirmó que le había matado porque era "*un agente informativo de los cuerpos represivos, en especial de la Guardia Civil*". En el mismo comunicado ETA Militar aprovechó para reivindicar también el ataque con granadas que se había producido unos días antes contra la casa

cuartel de la Guardia Civil de Lecumberri, en el que había resultado herida grave una bebé de seis meses. Respecto de este atentado, ETA Militar afirmó en su comunicado que era una respuesta a "*la guerra sucia que el PSOE ha continuado contra los movimientos vascos*".

El asesinato del carnicero de Irún provocó una gran manifestación de repulsa. Todos los partidos políticos lo condenaron, excepto *Herri Batasuna*, brazo político de ETA.

Herri Batasuna condenó la "*escalada represiva*" que sufría el pueblo vasco. Además, condenó "*la desaparición y posible asesinato de los refugiados vascos José Ignacio Lasa y José Antonio Zabala*", denunciando que existe "*una guerra sucia contra la causa del pueblo vasco*".

Aranda desconocía qué había pasado, si es que había pasado algo, con esos tales Lasa y Zabala. Pero tenía muy claro que eso que *Herri Batasuna* llamaba guerra sucia era la única forma de acabar con ETA. Él haría lo que fuese necesario para conseguirlo. Cada asesinato de ETA aumentaba su deseo de hacer todo el daño posible a esos cabrones.

Capítulo 22

Ainhoa y Unai llevaban ya más de un mes en Hendaya. La banda les había hecho el segundo pago de tres mil francos a cada uno, que cubrían perfectamente sus gastos para ese mes.

Estaban ya muy cómodos allí. Los miedos iniciales habían desaparecido definitivamente. En Hendaya nadie les perseguía, no tenían nada que temer. Habían visto incluso a varios altos cargos de ETA paseando tranquilamente por el pueblo, y hasta en el bar Hendayais. Si ellos, a los que todo el mundo conocía, y que eran perseguidos en España, no estaban en peligro en Hendaya, mucho menos lo estaban Unai y Ainhoa.

Su relación iba viento en popa. Se querían. Les encantaba pasar tiempo juntos. Y aquel mes no habían hecho otra cosa.

El único inconveniente de tener tanto tiempo libre era que tenían demasiado tiempo para pensar en cosas en las que no querían pensar.

Unai, en su actuación la noche en la que Aitor había matado al capitán Martín Barrios, y en la imagen de este apoyado sin vida sobre la pared de aquella caseta, que le seguía atormentando. Ainhoa, en sus dudas sobre si muertes como la del capitán Martín Barrios aportaban algo en la lucha por la libertad de *Euskal Herria*.

Desde que se habían separado de Aitor no habían tenido ninguna noticia directa de la organización. La persona que les había recibido al llegar a Hendaya, que era la misma que les había hecho el segundo pago mensual, les había transmitido que debían esperar. La organización se pondría en contacto con ellos cuando tocase.

Durante los primeros días en Hendaya apenas habían puesto Televisión Española, que se veía perfectamente desde allí. Sabían que estarían hablando constantemente del capitán Martín Barrios, y a ninguno de los dos les apetecía ver nada sobre el tema. Por

distintas razones, ninguno estaba muy orgulloso de su participación en el secuestro. Evitaban hablar de ello.

Pasados unos días sí que habían vuelto a poner de cuando en cuando Televisión Española, para estar informados sobre las acciones que estaba llevando a cabo la organización.

Vieron que ETA había matado a tiros a un panadero y a un carnicero, ambos por ser chivatos de los *txakurras*. Los dos lo recibieron como buenas noticias. Unai no cuestionaba ningún asesinato, sino que tenía fe ciega en las decisiones que se tomaban desde arriba. A Ainhoa, pese a sus dudas sobre lo acertado de algunos objetivos, no le generaban dudas esos en concreto. Si eran dos chivatos, se había hecho lo que se tenía que hacer.

A Ainhoa sí que le generó más dudas el ataque con granadas que se produjo el 23 de octubre en la casa cuartel de la Guardia Civil de Lekunberri. Le parecía muy bien que se atacasen casas cuartel. De hecho, los guardias civiles eran los *espainolak* a los que más odiaba. Pero le dolió saber que una bebé de seis meses había salido gravemente herida del atentado. La bebé no tenía culpa de que su padre fuese un asqueroso torturador. En cualquier caso, sabía que esa información venía del medio oficial del régimen español, así que había que tomarla con cautela. Habría que ver cuánto de verdad había en ella.

Más allá del exceso de tiempo para pensar, llevaban una vida feliz y tranquila. La persona de la organización que les había recibido les había recomendado que tratasen de llevar una vida normal. Esa era la mejor forma para pasar desapercibidos. Y lo hacían.

A los dos les encantaba la naturaleza, por lo que muchos días salían a dar largas caminatas para disfrutar del maravilloso enclave en el que se sitúa Hendaya. Unos días simplemente caminaban a lo largo de los tres kilómetros de playa. Otros recorrían parte de la cornisa vasca, recorriendo los caminos que avanzan sobre los acantilados y que ofrecen impresionantes vistas al mar Cantábrico.

Aunque ya se habían quitado el miedo a ir a sitios con mucha gente, lo evitaban en la medida de lo posible. La única excepción era la visita semanal al bar Hendayais, donde sabían que estaban entre amigos. No hablaban con nadie, pero les reconfortaba saberse rodeados de *zulos*, como llamaban los miembros de la banda a todas esas importantes personas que, sin ser miembros activos de la organización, estaban siempre ahí dispuestos para apoyar a los militantes cuando lo necesitasen.

Seguían pasando, en cualquier caso, mucho tiempo en el piso. Y, en particular, pasaban mucho tiempo desnudos en su habitación.

Allí estaban cuando, por primera vez en las cinco semanas que llevaban allí, alguien llamó a la puerta del piso.

Solo habían tenido una visita hasta ese momento, cuando la persona que les había recibido en Hendaya había ido al piso para pagarles la asignación mensual. Pero había llamado antes al telefonillo del portal, no directamente a la puerta.

Ambos dejaron inmediatamente lo que estaban haciendo, sobresaltados.

-Qué raro, susurró Ainhoa. ¿Qué hacemos?

Unai, por mucho que le hubiese gustado ignorar la llamada y seguir a lo que estaba, dijo resignado, susurrando también:

-Voy a mirar por la ventana a ver si hay *txakurras*.

Se levantó y, completamente desnudo, miró hacia la calle apartando levemente la cortina de la ventana. Se volvió a acercar a Ainhoa:

-No veo nada raro.

En ese momento volvieron a llamar a la puerta.

-¡Joder!, dijo Unai, todavía en voz muy baja. Voy a mirar por la mirilla.

Se puso los calzoncillos, y caminó sigilosamente hacia la puerta. Cuando estuvo tras la puerta, reunió el valor para atreverse a mirar por la mirilla, con el convencimiento de que vería a cuatro o cinco *txakurras* listos para tirar la puerta abajo o dejarla como un colador. Pero no. A través de la mirilla vio a Aitor.

Le abrió la puerta, y Aitor entró.

-Ponte algo de ropa, ¿no?, dijo Aitor a Unai.

-Ya… sí… es que… tartamudeó Unai.

-No te pongas nervioso *txabal*, disfruta tú que puedes. Anda vístete y dile a la otra que venga. Ella no hace falta que se vista si no quiere. ¿Dónde podemos hablar en este nidito de amor que os estamos pagando?

-Ahí, en el salón. Ahora mismo salimos, dijo Unai.

Aitor pasó al salón, y se sentó en el sofá.

Unai apenas tardó un par de minutos en vestirse y volver al salón.

-¿Cómo va todo?, preguntó a Aitor.

-Bueno, depende de con quién me compare. La vida de refugiado bien, ¿no?

-Sí, se está muy tranquilo aquí, contestó Unai.

En ese momento Ainhoa entró en el salón, vestida con un chándal. No quería que ese salido le viese en pijama.

-¿Cómo lo pasamos, no, Ainhoa?, dijo Aitor con evidente retintín.

-Hola Aitor, dijo Ainhoa seria, sin entrar en su juego. ¿Todo bien?

-No tan bien como vosotros, pero sí. Tráete unas birras, anda.

Ainhoa se fue a la cocina a por tres cervezas, con la sangre hirviendo por dentro por la manera en la que le trataba aquel tipo. Le consolaba el hecho de que no trajese ni una mochila, por lo que no tenía pinta de que fuese a quedarse. Lo último que le apetecía era volver a tener a ese machista, guarro y maleducado viviendo bajo el mismo techo.

Ainhoa llevó tres latas de cerveza al salón y las dejó en la mesa de centro. Se sentó en el sofá, en el que también estaba sentado Unai. Aitor se había sentado en un viejo sillón individual que había cerca del sofá.

Aitor cogió una de las latas, la abrió y le dio un gran trago. Nada más tragar, empezó a hablar.

-Me temo que se acabaron vuestras vacaciones, pareja. Vais a debutar en solitario. Me han pedido que os haga un encargo fácil.

-Lo que necesites, dijo rápidamente Unai, ansioso por demostrar a Aitor que estaba preparado para cualquier cosa.

-Tenemos a un cabrón que no paga el impuesto revolucionario. Bueno, tenemos muchos, pero a vosotros os toca encargaros de uno en concreto. Se llama Paco Aizpurúa. Vive en Tolosa.

Aitor paró de hablar un momento, y se levantó a buscar algo en el bolsillo interior del abrigo que había dejado sobre una silla del salón. Sacó una fotografía, y la dejó encima de la mesa.

-Este es, dijo. La dirección está detrás.

Ainhoa cogió la foto de la mesa y miró a aquel hombre moreno, bien peinado, con pinta elegante.

-¿Hay que amenazarle?, preguntó Unai.

-No, este ya ha tenido muchas oportunidades para pagar y no ha pagado. Os lo tenéis que cargar. Unai, ¿te ves capaz?, preguntó Aitor, mirándole.

Unai se puso nervioso por la posibilidad de que Aitor dijese delante de Ainhoa algo sobre su numerito de la noche del asesinato de Martín Barrios.

-Claro, dijo Unai con impostada seguridad.

De repente Ainhoa, que seguía mirando fijamente la foto, rompió su silencio.

-¿A qué se dedica?, preguntó.

-¿Qué más da?, dijo Aitor. Ya te he dicho que es un cabrón que no paga.

-Ya, pero me gustaría saber más. Nos estás pidiendo que le matemos. No es lo mismo matar a un explotador que a un currito.

-¿Cuándo ha matado la organización a un currito?, dijo Aitor visiblemente crispado. ¿Si vamos a por él no crees que habrá buenas razones? Además, te he dicho que no paga el impuesto. ¿De dónde te crees que sale el dinero para que tú estés aquí tranquila y a salvo follándote a este?

Ainhoa estuvo a punto de explotar y de empezar a gritar a ese desgraciado. Pero se contuvo. Sus ojos se humedecieron fruto de la rabia.

Unai lo notó. Para proteger a Ainhoa, y evitar que aquello fuese a más, intervino y acaparó la conversación.

-¿Cuándo hay que hacerlo?, preguntó.

-Tenéis un mes para organizarlo y matarle. En unos días os vais para Tolosa. Ya os tenemos preparado un piso allí. Os dejaremos en el piso las pipas, y también dinero. Me pasaré por aquí en un par de días y os daré las llaves del piso en Tolosa y la dirección. ¿Estamos?, dijo, mirando a Unai.

Unai asintió.

-¿Estamos?, repitió Aitor, mirando esta vez a Ainhoa.

Ainhoa, sin mirarle, también asintió.

Capítulo 23

A las 19:45 del día 4 de diciembre "El Moro" y "El Cura" estaban dentro de un Renault 18 GTD gris oscuro con matrícula de Francia, aparcado a pocos metros del número 45 de la *Rue des Figueres*, en el barrio de la playa de Hendaya.

Desde que habían descubierto, a través de un contacto de la policía francesa al que habían pagado muy bien, que Jon Luzuriaga, jefe de finanzas de ETA, estaba viviendo en Hendaya, habían estado haciéndole seguimientos, que les habían llevado hasta esa casa.

Tres días antes "El Moro" y "El Cura" se habían visto con Aranda en un descampado cercano al puerto de Sokoburu. Aranda les había confirmado que tenían luz verde para secuestrarle. Les había entregado también la mitad del dinero pactado, trescientos mil francos. Una vez que entregasen a Jon Luzuriaga recibirían el resto.

No todo el dinero era para "El Moro" y para "El Cura". Habían contratado para el trabajo a dos personas de su confianza: Ramiro Santiso y René Vallois. Ramiro Santiso era un ultraderechista y exlegionario que hubiese hecho aquel trabajo de buen grado aunque no le hubiesen pagado ni un solo franco. René Vallois, por su parte, era un mercenario que hacía aquello exclusivamente por el dinero, y que no hubiese dudado en hacer trabajos para el otro bando si ellos se lo hubieran ofrecido antes. Cada uno de ellos recibiría cincuenta mil francos.

Ramiro Santiso y René Vallois también estaban en la *Rue des Figueres*, en un Peugeot 504 verde oscuro aparcado unos pocos metros más adelante.

Era una calle tranquila. En verano el barrio de la playa estaba muy concurrido, incluso por la noche. Pero en diciembre sus calles solían estar vacías. La *Rue des Figueres* era además una calle pequeña, interior, rodeada de pequeñas casas bajas. Únicamente la transitaban las personas que vivían allí.

A las 19:50, "El Moro" y "El Cura" se bajaron del coche. René Vallois, que estaba sentado en el asiento del copiloto del otro coche, vio por el espejo retrovisor cómo se bajaban, e hizo lo propio. Ramiro Santiso se quedó en el coche, pero encendió el motor.

Los tres hombres se aproximaron a la puerta del número 45. "El Moro" y "El Cura" se situaron cada uno en un lateral de la puerta de acceso al pequeño patio de la vivienda, ocultándose tras el muro de manera que no se les pudiese ver desde dentro. René empujó suavemente la puerta de acceso al patio, que se abrió, y cruzó el patio hasta llegar a la puerta principal. Cuando estuvo frente a ella, llamó dos veces empleando la aldaba de hierro que simulaba una mano de mujer sujetando una esfera.

-*J'arrive!* (¡Voy!), dijo una voz masculina desde el interior.

Unos veinte segundos más tarde, el dueño de la voz abrió la puerta, encontrándose frente a frente con René.

-*Je peux vous aider?* (¿Puedo ayudarle?), dijo.

Apenas había acabado la frase, René elevó su mano derecha y roció los ojos del hombre con un spray que él mismo había fabricado. El hombre, sin tiempo para reaccionar, se llevó las manos a los ojos, y se agachó levemente.

En ese momento "El Cura" y "El Moro" atravesaron también el patio y entraron en la vivienda. Cogieron al hombre, que forcejeó muy levemente, aturdido tras haber recibido la mezcla casera de éter, cloroformo y disolvente industrial de René, y lo sacaron de la casa.

Ramiro les esperaba con el coche en medio de la calle, justo a la altura de la puerta. "El Cura" y "El Moro" metieron al hombre en el maletero, cerraron la puerta, y dieron un golpe sobre esta, como señal para que Ramiro supiese que ya podía irse. Ramiro se puso en marcha, y su coche desapareció en pocos segundos.

Mientras tanto, René había cerrado la puerta interior de la casa y también la exterior, la que daba al patio. Rápidamente los tres se dirigieron hacia el Renault 18. Montaron y "El Moro", que volvía a ser el conductor, arrancó.

-Joder, ¿qué mierda lleva el spray ese?, dijo "El Moro" mientras se rascaba los ojos.

-Un poco de todo Moro, si quieres la fórmula te la vendo, dijo René.

-No, lo que quiero es que no vuelvas a echar esa mierda cerca de mí. Joder, cómo pica.

-Callaos y mirad bien si nos sigue alguien, dijo "El Cura".

Pero nadie les seguía. El secuestro había sido un éxito. O al menos eso parecía. Porque Jean-Pierre, propietario de la casa que se encontraba justo enfrente del número 45, lo había visto todo desde su ventana. Y había llamado a la policía, dando el modelo, color y matrícula del coche en cuyo maletero unos hombres se habían llevado a su vecino.

Quince minutos más tarde toda la policía de Hendaya, incluida la de la frontera, buscaba a ese Peugeot 504 verde oscuro que llevaba a un hombre secuestrado en el maletero.

Capítulo 24

Ramiro Santiso estaba apenas treinta minutos más tarde en el puente de Behobia, esperando para cruzar la frontera en el Peugeot 504. Estaba tranquilo. "El Moro" y "El Cura" parecían tenerlo todo muy bien planeado y, sobre todo, parecían tener amigos poderosos. Era evidente que aquello estaba bien montado.

El puente de Behobia unía Hendaya con Irún. Era el paso fronterizo más transitado entre Francia y España. Ese 4 de diciembre, aunque ya era tarde, había todavía una larga cola de vehículos esperando para cruzar la frontera y entrar en España.

Era noche cerrada y había una ligera niebla, como es tan habitual en esa zona sobre el río Bidasoa. A ambos lados de la frontera había instalaciones aduaneras y policiales.

En el lado francés los agentes controlaban la documentación de quienes querían salir del país desde unas casetas metálicas. Salvo en casos excepcionales, los controles eran bastante laxos.

En el lado español la Guardia Civil y la Policía Nacional ocupaban garitas de hormigón, y hacían controles bastante más intensos.

Ramiro sabía, no obstante, que los controles al otro lado de la frontera no debían preocuparle. Por lo menos así se lo habían garantizado "El Moro" y "El Cura". Si había dificultades, serían en el lado francés.

Tras quince minutos de espera, a Ramiro le tocó por fin su turno. Avanzó con el Peugeot 504 hasta justo antes de la barrera del puesto de control. Bajó la ventanilla, y comenzó a hablar al policía de la garita en un más que correcto francés.

-Buenas noches, dijo Ramiro.

-Buenas noches, respondió el policía francés desde la garita. Documentación suya y del vehículo, por favor.

Ramiro ofreció al gendarme la documentación, que ya había dejado preparada y tenía sobre el asiento del copiloto.

El gendarme cogió la documentación. Tras revisarla unos segundos se levantó, salió de la garita, y entró en una garita más grande que había a unos metros.

Pasaron un par de minutos sin que el gendarme volviese a su puesto. A Ramiro aquello empezaba a no gustarle. Los papeles estaban en regla y él, aunque en el pasado había tenido sus más y sus menos tanto con la justicia francesa como con la española, no tenía nada pendiente.

Sus sospechas de que algo no iba bien se confirmaron unos minutos después. A través de los espejos retrovisores vio cómo varios policías franceses se acercaban a su coche desde distintos puntos, tratando con escaso éxito de pasar desapercibidos.

Ramiro sabía perfectamente cómo funcionaba aquello. No quería arriesgarse a que a un novato nervioso se le fuese el dedo y le pegase un tiro. Así que salió despacio del coche antes de que nadie le dijese nada, poniendo las manos sobre su cabeza.

Los agentes, sorprendidos por su reacción, corrieron hasta su posición, gritando *Arrête!* y *Bouge pas!*. Cuando llegaron, el policía que llevaba la voz cantante le apuntó con su arma (otros hacían lo mismo desde unos metros más atrás), y le gritó:

-¡Abre el maletero!

Ramiro ya tenía claro lo que había pasado. Algún vecino cotilla había visto el secuestro y había llamado a la policía. Desde luego esos putos franceses eran rápidos y eficientes cuando querían.

-*D'accord*, *d'accord*, continuó diciendo en francés. Voy a bajar las manos para coger las llaves del maletero, ¿vale?

Esperó hasta que el policía francés asintiese para hacerlo. Cuando lo hizo, siguió moviéndose despacio, evitando hacer ningún movimiento brusco que pudiese costarle un balazo. Quitó las llaves del contacto y, muy despacio, se alejó del coche levantando de nuevo las manos, sujetando las llaves con su mano derecha.

-Vale, ahora voy a abrir el maletero.

El policía, con cara de muy pocos amigos, le siguió hacia la parte trasera del vehículo, apuntándole con su pistola a unos pocos centímetros de su cuerpo.

De nuevo muy despacio, Ramiro metió la llave en la cerradura del maletero, y lo abrió. Estaba completamente vacío.

Mientras Ramiro era detenido por la gendarmería francesa, el Renault 18 que conducía "El Moro" se dirigía por carreteras locales hacia la localidad francesa de Ainhoa, muy próxima a la frontera con Navarra.

De conformidad con el plan, Ramiro se había detenido en una zona discreta a aproximadamente un kilómetro del lugar del secuestro. Tan pronto como llegó el coche conducido por "El Moro", "El Cura" y René se bajaron, abrieron el maletero del Peugeot 504 que conducía Ramiro, y con la ayuda de este, pasaron al secuestrado al maletero del otro coche. Ramiro entregó su pistola a René, para no llevarla él en el coche al cruzar la frontera.

Ramiro trataría de entrar en España por el paso del puente de Behobia, el más cercano pero, también por eso, el más arriesgado. Si nadie había visto nada, pasaría sin problemas. Si por el contrario la gendarmería ya les estaba persiguiendo, serviría como maniobra de distracción, y "El Moro", "El Cura" y René ganarían tiempo para meter al secuestrado en España por el lugar previsto. Si se daba

este segundo escenario Ramiro sería detenido, pero el riesgo iba en el sueldo. Y a Ramiro no le importaba lo más mínimo pasar una temporada en prisión en Francia si a cambio un maldito etarra recibía su merecido en España.

El Renault 18 conducido por "El Moro" tardó una hora y media en llegar a Ainhoa, la localidad francesa más cercana al municipio navarro de Dantxarinea. En la carretera D20 cogieron un desvío hacia una pista forestal que avanzaba en dirección a Navarra. Tras unos cientos de metros la pista terminaba, y resultaba imposible continuar en coche.

Como habían planeado, pararon en ese lugar. Estaba completamente oscuro, salvo por las luces del coche y por algunas luces de caseríos que se veían en la lejanía. Hacía mucho frío, no más de dos grados centígrados sobre cero.

"El Moro" abrió el maletero mientras apuntaba hacia el interior con su Brownin Hi-Power de nueve milímetros.

-Sal del maletero, estate tranquilo y no te pasará nada, dijo.

Aquel hombre, visiblemente aterrorizado, salió lentamente del maletero. Se puso de pie, muy cerca de "El Moro", sin decir ni una palabra.

Cuando "El Moro" se giró levemente para cerrar el maletero, el hombre echó a correr. Sin embargo, no avanzó más de medio metro porque "El Moro", rápido de reflejos, le puso la zancadilla, cayendo el hombre al suelo.

"El Moro" se arrodilló a su lado, pegó su boca a su oreja izquierda, y le dijo con voz calmada:

-Otra estupidez más y estás muerto.

Tras ello le propinó un fuerte tortazo en la cara, abriéndole una herida en el labio superior.

“El Cura” se acercó con una linterna, y entregó otra a “El Moro”. Ayudaron al secuestrado a levantarse del suelo. Se despidieron de René, que se ocuparía de deshacerse del coche, y comenzaron a caminar por la pista forestal.

El trayecto que debían completar a pie era de unos cinco kilómetros. No era el camino más corto, pero sí el que presentaba menos riesgos, y por ello era el que había pactado Aranda con la policía española de frontera. Habían calculado que tardarían en recorrer el trayecto entre una hora y media y dos horas.

Cuando apenas llevaban caminando media hora, y ante el enésimo quejido de dolor del secuestrado, “El Moro” se paró, esperó a que “El Cura” llegase a su altura, y le dijo:

-A este ritmo no llegamos. Este desgraciado se nos muere antes. Mira cómo tirita y cómo tiene los pies.

“El Cura” ya había apreciado las lamentables condiciones en las que caminaba el secuestrado. Iba en pijama, cuando la temperatura rozaba ya los cero grados. No llevaba zapatillas, sino que caminaba con solo unos calcetines que para entonces estaban completamente ensangrentados. Era evidente que cada paso que daba le generaba un importante dolor.

-¿Y qué hacemos?, dijo “El Cura”.

-Le pegamos un tiro y le dejamos aquí tirado, dijo “El Moro”, como si el secuestrado no estuviese a apenas unos centímetros escuchándole perfectamente.

-Tú siempre lo arreglas todo igual, dijo “El Cura”. Hizo un gesto con la cabeza para que se alejasen un poco del secuestrado, para que este dejase de oír la conversación. Cuando ya se habían alejado unos metros, “El Cura” propuso:

-¿Y si le pasamos por el puesto de Dantxarinea?

-Pero en ese puesto no están avisados, nos van a detener.

-A esta hora ya no hay franceses. Y seguro que el jefe nos lo arregla con los españoles, dijo "El Cura".

-Pues vamos, dijo "El Moro". ¿Cuánto tardamos?

-Si no nos perdemos, menos de media hora, dijo "El Cura".

-¡Tú! Dijo "El Cura" dirigiéndose al secuestrado. -Camina todo lo rápido que puedas si no quieres que este salvaje te mate.

Capítulo 25

Los tres hombres llegaron a los alrededores del puesto fronterizo de Dantxarinea a la una de la mañana. Para entonces el secuestrado tenía el rostro pálido, mientras que los labios y los dedos de las manos habían adquirido un marcado tono azulado. Lo que quedaba de sus calcetines, que no era mucho, estaba completamente teñido de rojo como consecuencia de la sangre generada por las múltiples heridas derivadas de caminar más de una hora descalzo a través del bosque.

Se pararon, todavía protegidos por la intimidad que ofrecían los cientos de robles y hayas que les rodeaban, a unos 200 metros del puesto fronterizo. Desde allí pudieron comprobar que el puesto estaba ya cerrado. No había gendarmes en el lado francés, y tampoco guardias civiles en el lado español.

Sin embargo, en el lado español sí que había luz en un pequeño edificio de hormigón que ocupaba la Policía Nacional.

-Quédate aquí con este, dijo "El Cura" dirigiéndose a "El Moro". Voy a hablar con ellos.

"El Cura" salió de entre los árboles con la tranquilidad propia de quien viene de dar un agradable paseo por el bosque, y cruzó el puesto fronterizo a pie.

Era un puesto poco transitado, y muy austero. Solo había unas pequeñas garitas en el lado francés, otras en el lado español, y el pequeño edificio de hormigón al que se dirigía "El Cura".

Sabía que a esa hora habría dentro dos o tres miembros de la Policía Nacional. Uno de ellos estaba mirando por la ventana cuando vio la silueta de "El Cura" apareciendo entre la oscuridad. Tras el sobresalto inicial, el policía salió a su encuentro.

- ¿Qué hace por aquí a estas horas?, dijo el policía.

-Buenas noches, dijo "El Cura". Trabajo para la policía española. Aquí tiene mi documentación y el número de la persona que se lo confirmará.

"El Cura" se llevó la mano al bolsillo para sacar la documentación, pero en cuanto comenzó a mover el brazo el policía español sacó su arma y le apuntó.

-Quieto, ni se te ocurra seguir moviéndote ni coger nada. Las manos arriba.

El otro policía, que estaba viendo la escena desde la ventana, salió de inmediato.

-¡Contra la pared! ¡Vamos!, dijo el primer policía acercándose a "El Cura" y empujándole con violencia hasta la pared del pequeño edificio de hormigón.

Manteniéndole inmóvil, cacheó a "El Cura", y rápidamente identificó la pistola que este llevaba en la funda sobaquera, bajo el abrigo. La cogió, y se la enseñó a "El Cura" poniéndola a escasos centímetros de su cara.

-¿Y esto?, preguntó el policía.

-Ya te he dicho que trabajo para vosotros. Coge de mi bolsillo izquierdo del abrigo el papel que llevo, y llama al número que hay apuntado. Es de la Jefatura Superior de Bilbao. Pregunta por Alfonso Baquero. Dale recuerdos de parte de "El Cura".

-¿Pero qué película me estás contando?, dijo el policía, aumentando la fuerza con la que empujaba la cara de "El Cura" contra la pared de hormigón.

-Coge el papel y llama. Y no aprietes tanto que me estás empezando a hinchar las pelotas, dijo "El Cura".

El policía abrió el bolsillo izquierdo del abrigo, y efectivamente encontró un papel con un número de teléfono.

-Jiménez, ven y sujeta a este gilipollas, voy a comprobar de dónde es este número.

Una vez que su compañero tenía bajo control a "El Cura", el policía entró en el pequeño edificio y se dirigió al teléfono. Marcó el número escrito en el papel.

-Jefatura Superior de Bilbao, ¿dígame?

-Buenas noches. Llamo del puesto de frontera de Dantxarinea. Tenemos aquí a un sospechoso que dice trabajar para vosotros. Me ha pedido que pregunte por Alfonso Baquero.

-Alfonso Baquero es el inspector jefe. Espera, pregunto si está disponible.

Baquero estaba disponible. Se había quedado toda la noche en la Jefatura por si resultaba necesario atender una llamada como esa.

-Le habla el inspector Alfonso Baquero.

-Señor, siento molestarle a estas horas. Un individuo se ha presentado en el puesto fronterizo de Dantxarinea diciendo que trabaja para ustedes y pidiéndonos que lo confirmásemos en este número. No ha mostrado ninguna placa e iba armado.

-Es correcto, déjenle pasar, a él y a las personas que vayan con él. Es una operación nuestra, déjenles trabajar y no se entrometan. Hagan lo que les pidan.

-Debo confirmarlo con mi superior, señor, dijo el policía.

-Hágalo, pero rápido, está usted interfiriendo en una operación importante, dijo Baquero.

El policía llamó a su superior inmediato, el Comisario Jefe de Pamplona, trasladándole lo sucedido y el contenido de la conversación que había tenido con quien decía ser Alfonso Baquero.

El Comisario Jefe le dijo que haría unas llamadas para confirmarlo, y le pidió que entretanto mantuviese al hombre retenido.

Pasó una hora desde que el policía colgó hasta que el teléfono volvió a sonar.

Durante ese tiempo "El Cura" permaneció sentado en el pequeño edificio de la Policía Nacional, vigilado de cerca por los dos policías, que no terminaban de fiarse de él. El pequeño edificio apenas tenía ochenta metros cuadrados, en los que había poco más que un par de mesas, un teléfono, siete sillas, y muchos papeles desordenados. Aunque había un pequeño calefactor eléctrico, dentro seguía haciendo bastante frío. Eso sí, nada comparable al que hacía fuera.

Cuando el teléfono sonó, respondió el mismo policía que había llamado tanto a la Jefatura Provincial de Bilbao como al Comisario Jefe de Pamplona. Era este último quien llamaba de vuelta:

-Es una operación de Bilbao, haced lo que digan, confirmó.

El policía colgó el teléfono, y se dirigió a "El Cura":

-Está todo aclarado, dijo.

-Por fin, dijo "El Cura". No habéis sido muy rápidos que se diga. Tranquilos, no os guardo rencor. Dadme mi pipa.

Uno de los policías, a regañadientes, le devolvió la pistola.

-Voy a recoger a unos amigos, dijo "El Cura" a los policías.

"El Cura" salió del edificio, se alejó del puesto fronterizo, y se aproximó al lugar en el que había dejado a "El Moro" y al secuestrado. Los dos seguían exactamente en el mismo sitio en el que les había dejado "El Cura" más de una hora antes.

El aspecto del secuestrado era para aquel entonces impactante. Su color era ya indescriptible. Estaba aturdido, como completamente ido. Ni siquiera levantó la mirada cuando llegó "El Cura".

El propio Moro, pese a que iba bien abrigado, estaba sufriendo los efectos de la exposición al frío.

-Arreglado, dijo "El Cura". De momento vamos a aquel edificio.

-Te lo has tomado con calma cabrón, dijo "El Moro".

-Siempre eres muy impaciente.

-Nos ha jodido, es más fácil tener paciencia ahí dentro calentito.

-Tápale los ojos a este y vamos para dentro, dijo "El Cura".

"El Moro" puso una tela alrededor de la cabeza del secuestrado. Se levantaron, y caminaron hacia la garita. El secuestrado tenía los pies prácticamente congelados, y apenas podía caminar. Le llevaron entre "El Moro" y "El Cura", pasando los brazos del secuestrado por encima de sus hombros.

Los policías de la garita enmudecieron cuando vieron cómo esos dos hombres metían en la garita a ese otro hombre que solo llevaba un pijama y unos calcetines ensangrentados. Tenían muchas preguntas, pero no hicieron ninguna. Su superior les había dicho que debían mantenerse al margen, y eso era exactamente lo que pensaban hacer.

"El Moro" ayudó al secuestrado a sentarse en una silla. "El Cura" cogió el teléfono, y marcó el número pactado con Aranda.

-Jefe, estamos en el puesto fronterizo de Dantxarinea. Todo bien, aquí está el paquete listo para que lo recojas.

-Ya me han contado sobre vuestro pequeño desvío, la madre que os parió, dijo Aranda. Estaré allí en media hora.

Capítulo 26

A la una de la madrugada del 5 de diciembre de 1983 Aranda llegó al puesto fronterizo de Dantxarinea. Para entonces "El Moro" y "El Cura" ya habían enviado a los policías nacionales a sus casas, por lo que estaban solos con el secuestrado en el pequeño edificio de hormigón que habían convertido en su base provisional de operaciones.

"El Moro" y "El Cura" salieron al exterior cuando escucharon el motor.

Aranda bajó del coche.

-Señores, dijo Aranda. ¿No habíamos dicho que nos veríamos en el paso de Lizarieta?

-El tipo iba descalzo y en pijama, no llegaba a Lizarieta ni de broma. Se nos hubiese muerto en el camino, dijo "El Cura".

-Porque lo de ponerle un puto abrigo y unas zapatillas no se os ocurrió, ¿no?

-Claro jefe, en medio del secuestro íbamos a ir a su armario para probarle modelitos, dijo "El Cura".

-La madre que os parió. No sabéis la de hilos que he tenido que mover para que no hayáis acabado presos esta noche, dijo Aranda. Bueno, ¿dónde está el figura?

-Ahí dentro jefe, todo tuyo.

Aranda entró al pequeño edificio de hormigón. Tardó menos de treinta segundos en volver a salir, con la cara desencajada.

-¿Quién coño es ese?, dijo.

-¿Cómo que quién es ese? El etarra que nos encargaste, dijo "El Cura".

-Imbécil, ese no es. Me cago en vuestra puta vida. ¿A quién coño habéis traído?, gritó Aranda.

-Ese es el tío que nos dijiste que había que coger. Ese tal Luzuriaga, dijo "El Moro".

-¡Que os estoy diciendo que ese tío no es Luzuriaga!

Aranda estaba fuera de sí.

No era su cagada, era la de esos dos imbéciles, pero él era el responsable. A él era a quien los de arriba habían puesto al mando de la operación, y él sería quien tendría que rendir cuentas.

Era la primera operación que se organizaba con el equipo que él había reclutado, y la cagada había sido histórica. Joder, ¿cómo se puede ser tan idiota como para secuestrar a la persona equivocada?

Trató de tranquilizarse mínimamente, y volvió a entrar al edificio.

Miró al secuestrado. En el anterior vistazo le había impactado tanto ver que no era Luzuriaga que no había reparado en el lamentable estado en el que estaba aquel hombre. Tiritaba como si estuviese dentro de un congelador, y el pijama que llevaba, unido a los calcetines llenos de sangre, le daban un aspecto de completa vulnerabilidad. Esos dos idiotas no solo habían traído a la persona equivocada, sino que encima la habían traído medio muerta.

Aranda se puso muy cerca de él.

-¿Cuál es tu nombre?, preguntó.

-Segundo Marey, dijo el hombre con un hilo de voz. No hablaba demasiado bien castellano, pero sí que lo comprendía razonablemente bien. -¿Por qué vosotros hacéis eso a mí?, preguntó.

Aranda no respondió. En lugar de hacerlo, preguntó:

-¿A qué te dedicas?

-*Ma profession?* Yo… comercio. ¡Comerciante!

-¿Y qué tienes que ver con ETA?

-¿Con ETA? Nada con ETA. Yo francés… No vasco, francés.

Aranda se quitó su jersey, y lo usó para cubrir los pies semicongelados de aquel hombre. Además, le puso sobre los hombros una manta que había dejado sobre la mesa uno de los policías.

-Haz lo que yo te diga y no te pasará nada, dijo Aranda poniendo fin a la conversación.

-¡Venid aquí hostia!, gritó Aranda para que le escuchasen "El Moro" y "El Cura", que se habían quedado fuera.

Ambos aparecieron rápidamente.

-Metedle en coche. No en el maletero, en el asiento de atrás. Tapadle con la manta y poned la calefacción. Yo tengo que hacer unas llamadas, esperad los tres en el coche.

"El Moro" y "El Cura" ayudaron a Segundo Marey a levantarse, y le sacaron del pequeño edificio.

Una vez estuvo solo, Aranda marcó el teléfono de la Jefatura Superior de Bilbao.

-Con Alfonso Baquero, dijo cuando descolgaron el teléfono.

-Le paso.

-Jefe. Estos desgraciados han traído a un tío que no es Luzuriaga. Un tal Segundo Marey, dice que es comerciante.

-¿Cómo que no es Luzuriaga? ¿Por qué han traído a otra persona?, dijo Baquero.

-Pues porque son gilipollas. El caso es que tenemos aquí a este hombre y hay que decidir qué hacemos con él.

-¿Pero tiene algo que ver con ETA?

-No tengo ni idea. Dice que no, pero claro, qué va a decir. Si me preguntas a mí yo creo que puede ser verdad, estos inútiles no saben ni a quién han traído. Yo creo que tenemos que soltarle. Le amenazamos para que mantenga la boca cerrada y nos olvidamos. El tío está acojonado, estoy seguro de que metiéndole un poco más de miedo no se lo cuenta ni a su mujer.

-Joder, nos vamos a cubrir de gloria. ¿Segundo Marey has dicho? Tengo que hablar con los de arriba. Te llamo de vuelta en cuanto lo resuelva. Me cago en mi puta vida, Aranda, me cago en mi puta vida.

Baquero colgó el teléfono. Aranda se sentó detrás de una de las mesas, no sin antes gritar un potente ¡joder! y dar un fuerte puñetazo sobre una de ellas.

"El Moro" y "El Cura" cumplieron rigurosamente la orden de quedarse en el coche con el secuestrado. No tenían ningún interés en volver a entrar al edificio, porque lo que menos les apetecía en ese momento era estar cerca de Aranda.

Pasaron quince minutos hasta que Baquero llamó de vuelta.

-Me dicen que soluciones tú el problema, y bien solucionado, dijo Baquero.

-¿Cómo que bien solucionado? ¿Me estás pidiendo que le mate?

-Aranda, a buen entendedor…

-¿Pero habéis comprobado que tenga algo que ver con ETA?

-No tiene nada que ver con ETA, que sepamos. La habéis cagado. Y ahora tenéis que solucionarlo.

-Yo a este tío no le mato. Ni yo ni nadie. Yo le he traído y yo decido. Dile a esos chupatintas que me digan qué quieren que haga con él, pero que no me le voy a matar. Diles que le pego un par de hostias, le doy un susto de muerte, y le libero. Te aseguro que no va a hablar.

-Joder Aranda. Voy a ver qué puedo hacer. Pero harás lo que se te diga, ¡joder!

-Como siempre, pero por mis muertos que a este tío no le matamos.

Aranda colgó el teléfono con rabia. No pensaba cumplir aquella orden. No tenía problema en matar a tantos etarras como fuese necesario. Lo haría, de hecho, con gusto. Pero a aquel hombre, que aparentemente no tenía nada que ver con todo aquello, no pensaba matarle.

Baquero tardó cuarenta y cinco minutos en volver a llamar.

-Me dicen que te lo lleves a la cabaña, dijo Baquero. Vamos a intentar intercambiarle por Salcedo y los GEO.

-Entendido. ¿El plan para ir hasta la cabaña sigue igual?, preguntó Aranda.

-Sí, te van a esperar dos policías de confianza del gobernador civil en el túnel de Basauri, en un Renault 18 negro. Sígueles y ellos os llevarán hasta la cabaña. No les digas nada de quién es el hombre, ellos creen que es un etarra.

-Y con "El Cura" y "El Moro", ¿qué hago?

-Que vayan contigo hasta la cabaña para mantener al secuestrado a raya. Luego te los llevas contigo a Irún y lo gestionas como te parezca.

-Salgo entonces para la cabaña. A ver si por lo menos de esto sale algo bueno y conseguimos liberar a Salcedo y compañía.

-Veremos cómo termina esta chapuza, dijo Baquero, colgando el teléfono.

Aranda salió del pequeño edificio, y se dirigió hacia el coche. Se montó en el asiento del conductor, y dijo:

-Seguimos con el plan, nos vamos. Señor Marey, estese tranquilo, tiene mi palabra de que no le va a pasar nada.

Capítulo 27

Segundo Marey no entendía absolutamente nada. Estaba aterrorizado.

Unas horas antes estaba tranquilamente en su casa de Hendaya, viendo la televisión en pijama tras un largo día de trabajo. Ahora, estaba en un coche recorriendo España, con los ojos vendados, con un destino que desconocía.

El hombre de la voz ronca le había asegurado que no le iba a pasar nada. Pero solo unas horas antes los otros dos hombres que iban en el coche habían estado discutiendo abiertamente, delante de él, la posibilidad de matarle. Eso lo había entendido perfectamente.

El hombre de la voz ronca le había preguntado si tenía alguna relación con ETA. ¿Por qué le preguntaba eso? ¿Le habían confundido con un etarra? Como cualquier persona que viviese en Hendaya durante aquellos años, sabía perfectamente lo que era ETA. Él, que pese a ser ciudadano francés tenía raíces españolas, con mayor razón. Pero ni era miembro de la banda ni simpatizaba con ella.

Se preguntaba también quiénes eran esos hombres. Hubiese jurado que había escuchado que los dos hombres con los que había coincidido cuando le metieron en esa habitación en la que por fin pudo escapar del intenso frío del exterior eran policías españoles. Pero no podía ser. ¿Cómo iban a participar unos policías españoles en un secuestro?

En el tiempo que llevaba en ese coche, que no sabía cuánto era pero apostaba a que habían pasado varias horas, se había recuperado levemente de las consecuencias del frío que había pasado durante la caminata por el bosque, y durante la posterior espera. Le seguían doliendo los brazos y las piernas, pero el dolor iba ya disminuyendo.

Lo que le seguía doliendo mucho eran los pies. Sentía como si los tuviese en carne viva, lo que posiblemente no se alejaría demasiado de la realidad.

Pero peor que el dolor era la incertidumbre que tenía, y consecuente miedo, sobre qué iban a hacer con él aquellos hombres. Era cierto que, si quisieran haberle matado, lo podían haber hecho ya. Los dos hombres que le condujeron en el trayecto por el bosque discutieron la idea, y aparentemente la desecharon. Pero, si no le iban a matar, ¿qué iban a hacer con él? ¿Para qué iba a secuestrar alguien a un representante de comercio?

No creía que fuese por dinero. Tenía una posición económica acomodada, pero nada del otro mundo. Desde luego no tenía la capacidad de pagar una suma de rescate que compensase una operación de secuestro como aquélla.

Tampoco tenía enemigos. A decir verdad su vida era muy poco interesante. Iba de casa al trabajo y del trabajo a casa. Pasaba mucho tiempo con su mujer, quien afortunadamente no se encontraba en casa en el momento del secuestro. No se metía en problemas.

Cuanto más pensaba en el tema, más claro le parecía que estaba en esa situación fruto de un error. Esos hombres debían haberle confundido con otra persona, con alguien de ETA o relacionado con ETA. La cuestión, si estaba en lo cierto, era cómo iban a solucionar ese error.

Desde luego sus compañeros de viaje no le daban muchas pistas. Apenas habían cruzado unas palabras en todo el trayecto.

Pese a ir con los ojos vendados y a la ausencia de conservación, Segundo Marey podía sentir la tensión que existía entre aquellos hombres.

Tras un largo periodo de tiempo en el que el coche parecía avanzar a una velocidad constante y en línea casi recta, Segundo Marey notó

que la velocidad se reducía notablemente, y que el coche pasaba a circular por un carretera con grandes curvas. Conforme pasaban los minutos, los baches que provocaban pequeños y no tan pequeños vaivenes se hacían notar cada vez más. Parecía claro que habían salido de las carreteras principales y estaban ahora circulando por una carretera secundaria, o incluso por un camino.

Tras unos minutos en los que el traqueteo del vehículo, fruto del mal estado de la vía por la que circulaba, era ya muy incómodo, el coche se detuvo.

El hombre de la voz ronca dijo:

-Esperad aquí.

Abrió la puerta, salió del vehículo, y volvió a cerrarla. Los otros dos hombres que acompañaban a Segundo Marey permanecieron dentro del vehículo, en absoluto silencio.

Segundo Marey no podía oírlo pero, fuera, Aranda estaba conversando con los dos policías de su confianza que había enviado el gobernador civil, y a los que Aranda llevaba siguiendo desde que, conforme a lo acordado, se había encontrado con ellos en el túnel de Basauri.

-¿Qué instrucciones tenéis?, les preguntó Aranda, mientras encendía un cigarrillo y ofrecía otro a los dos policías, que lo aceptaron.

-Custodiar al etarra en la cabaña de ahí abajo hasta nueva orden, dijo el más alto de los policías, que se llamaba Julio, pero al que todo el mundo conocía como "El Rubio".

-Bien. A este hombre le he traído yo y está bajo mi responsabilidad. No quiero que le pongáis una mano encima. Ni interrogatorios ni hostias. Vendré de vez en cuando para ver cómo está, y como le haya pasado algo respondéis vosotros. ¿Entendido?

-Entendido, confirmó "El Rubio". Nuestras órdenes consisten en solo vigilarle, como ya he dicho.

-Bien. ¿Tenéis dinero para comprar comida y eso?

-Sí, todo eso ya está arreglado.

-Pues venga, lleváosle para abajo.

Aranda se dió la vuelta, y se aproximó a su coche. Abrió la puerta trasera izquierda, en la que estaba sentado "El Moro", con Segundo Marey al lado.

-Ayuda a bajar al señor Marey, dijo Aranda refiriéndose a "El Moro".

"El Moro" le ayudó a bajar del coche. Cuando Segundo Marey puso el primer pie sobre el suelo, no pudo evitar soltar un quejido de dolor. Intentó apoyar también el pie izquierdo, pero al hacerlo emitió otro quejido, y elevó ambos pies, quedándose sentado sobre el asiento trasero del vehículo, con las piernas colgando hacia el exterior.

-Este hombre no puede andar así. Hay que bajarle en volandas, dijo Aranda.

Fueron "El Moro" y "El Cura" los encargados de hacerlo. La cabaña se encontraba a una diferencia de altura considerable, y había que bajar una pendiente empinada, llena de árboles, para llegar hasta ella.

Tras un primer intento fallido, los hombres decidieron esperar unas horas, para que amaneciese y poder bajar así con la primera luz de la mañana.

Cuando hubo luz suficiente, "El Moro" y "El Cura" consiguieron por fin bajar a Segundo Marey por la pendiente, y meterle en la cabaña.

Aranda bajó con ellos, y aprovechó para ver la cabaña, en la que nunca había estado porque finalmente la habían conseguido a través

de una recomendación de Baquero. Pertenecía a otro policía, que había recibido una generosa remuneración por ponerla a disposición del operativo.

Aranda no esperaba que la cabaña fuese el *Ritz*, pero tampoco esperaba un sitio tan cutre. Era un viejo refugio de pastores construido de piedra, y con un techo de uralita roto por algunos lugares. Tenía una única estancia, con suelo de tierra apisonada. El mobiliario consistía en un viejo colchón en el suelo, una mesa, y tres sillas. Cerca del colchón había una argolla de amarre oxidada, originalmente destinada al ganado, que sería el lugar en el que atarían a Segundo Marey.

Resultaba difícil decir si hacía más frío dentro o fuera de la cabaña.

-Joder, ¿no había un sitio peor?, preguntó Aranda sin esperar una respuesta. Traed varias mantas, si no este hombre se va a morir de frío.

-Tenemos todo en el coche, dijo "El Rubio".

-Nosotros nos vamos, dijo Aranda mirando a "El Moro" y a "El Cura". Recordad lo que os he dicho. No se le pone la mano encima, dijo, mirando esta vez a "El Rubio", que asintió levemente.

Cuando ya estaban a punto de salir, "El Rubio" dijo:

-Eh, esperad.

Se acercó a Aranda, se sacó un papel del bolsillo, y se lo entregó.

-De parte del gobernador civil. Me ha dicho que tú sabrás qué hacer con ello.

Aranda desdobló el papel, leyó su contenido, y se lo metió en el bolsillo.

Aranda, "El Moro" y "El Cura" salieron de la cabaña, subieron hasta la carretera, y se fueron en el mismo coche en el que habían llegado

hasta allí.

Salió con ellos de la cabaña el policía compañero de "El Rubio", que era Rafael "El Vasco" Ladero, un subinspector natural de Bilbao y de pocas palabras. Este se dirigió al maletero de su coche, del que sacó unas mantas, unas cuerdas, y algunos objetos más que habían estimado que podrían serles de utilidad.

De vuelta en la cabaña, "El Vasco" dió las cuerdas a "El Rubio", quien fue el encargado de atar a Segundo Marey a la argolla de amarre.

Una vez que estaba bien atado, "El Rubio" se dirigió por primera vez a Segundo Marey:

-Cierra los ojos, le dijo.

-*Mais si*, yo no veo más, yo juro, dijo Segundo Marey.

-¡Que cierres los ojos, hostia! Te voy a quitar eso que llevas y a ponerte otra cosa. Si no cierras bien los ojos y nos ves la cara a alguno de los dos te vamos a tener que matar, así que tú verás, dijo el Rubio.

El señor Marey entendió muy poco de lo que le dijo "El Rubio". Pero entendió la palabra "matar".

-Está ya, está ya, dijo Segundo Marey.

"El Rubio" quitó a Segundo Marey el trapo que le había puesto "El Moro" para taparle los ojos. Segundo Marey tenía los ojos cerrados con gran fuerza, como si le fuese la vida en ello, pues efectivamente le iba.

"El Rubio" le puso unos algodones sobre los ojos, que aseguró posteriormente con esparadrapo.

-Así que eres un puto etarra, ¿eh?, dijo "El Rubio" una vez que había cubierto convenientemente los ojos de Segundo Marey.

-No ETA. Ya dije. Soy comercio.

-Sí, comercio mis cojones. Tenemos tiempo, ya hablarás…, dijo “El Rubio”.

Capítulo 28

Ainhoa y Unai habían vuelto a cruzar la frontera el día 24 de noviembre.

Dejaron con pena el piso de Hendaya. Apenas habían pasado un par de meses allí, pero los habían disfrutado mucho. Ambos habrían dado casi cualquier cosa por extender esa primera convivencia juntos. Pero el deber les llamaba.

La visita de Aitor había sido para los dos un golpe de realidad. Un recordatorio del motivo real por el que estaban en aquel piso de Hendaya.

Al principio casi les irritó el encargo de Aitor. En realidad no hacía tanto que habían participado en el secuestro del capitán Martín Barrios, que había sido una de las actuaciones más sonadas de la banda ese año. Los dos eran primerizos, y la banda debía entender que necesitaban un tiempo para recuperarse de aquéllo. Además ellos todavía no habían matado nunca. Seguro que había un comando más veterano y experto que se pudiese ocupar del encargo, de manera que ellos tuviesen más tiempo para prepararse para la siguiente actuación.

Sin embargo, pronto cambiaron de opinión, e incluso se avergonzaron de sus pensamientos iniciales. Estaban siendo egoístas. No podían pretender estar ellos tranquilamente en Hendaya, a costes pagados por la banda, y que el trabajo lo hiciesen otros.

Su destino estaba en Tolosa, una pequeña localidad de Gipuzkoa. Recogieron sus pocas pertenencias del piso de Hendaya, y cruzaron la frontera en tren, deshaciendo el camino que habían hecho unas semanas antes la noche del asesinato del capitán Martín Barrios. Cruzaron la frontera sin ningún problema, volviendo a confirmar así que nadie les perseguía tras su participación en el secuestro.

Recogieron el coche de Ainhoa en los alrededores de la estación, donde lo habían aparcado aquella noche. Y pusieron rumbo a Tolosa.

El recorrido no era largo. Apenas 47 kilómetros separan las dos localidades, que tardarían en recorrer unos 50 minutos.

Ainhoa conducía. Unai iba de copiloto. Los dos fingían normalidad frente al otro, evitando compartir que las preocupaciones y dudas que ambos tenían iban en aumento conforme se iba acercando el momento en el que participarían en su segundo atentado. Ninguno de los dos se sentía preparado para compartir sus dudas más íntimas con el otro, aunque por distintas razones.

Ainhoa era muy reservada. No compartía con nadie sus pensamientos más íntimos. Quería a Unai, y se imaginaba una vida con él. Quizás en el futuro estaría dispuesta a abrirse con Unai más de lo que lo había hecho antes con nadie. Pero todavía no.

Sí que había compartido con Unai sus dudas sobre los objetivos concretos que se les habían asignado. Incluso se había atrevido a pedir información del objetivo a Aitor durante su visita al piso de Hendaya, lo que le había costado una importante regañina. Pero sus dudas iban ya más allá de eso. Se estaba empezando a plantear si estaban haciendo lo correcto. Si quizás se había precipitado a la hora de ofrecerse para participar en ese primer secuestro, y ahora se había visto envuelta en una espiral de la que no tenía claro si debía salir.

Unai, por su parte, era mucho más abierto. Hubiese compartido casi cualquier cosa con Ainhoa. Pero no podía compartir la preocupación que tenía en ese momento, porque le avergonzaba profundamente. Ainhoa nunca podría enterarse de lo cobarde que había sido la noche del asesinato del capitán Martín Barrios. Estaba convencido de que una chica valiente, guapa y lista como ella no querría estar con un cobarde.

Afortunadamente Aitor había mantenido la boca cerrada. No parecía que él fuese a decir nada a Ainhoa. Aquel episodio caería en el olvido. Y ahora tenía una oportunidad para demostrarse a sí mismo, y al resto, que no era un cobarde. Ahora la banda le había encargado a él personalmente que apretase el gatillo. No podía fallar. Le habían dado una segunda oportunidad, y esa sí que tenía que aprovecharla.

Pero le aterraba la idea de no estar a la altura. De reaccionar como lo había hecho al ver el cadáver del capitán Martín Barrios. Le entraban sudores fríos solo de pensar en volver a fallar.

Necesitaba dejar de pensar en eso. Pensar en otra cosa.

Afortunadamente tenía a Ainhoa al lado, conduciendo, también absorta en sus pensamientos, pero que siempre estaba disponible cuando la necesitaba. Una simple conversación con ella le permitía dejar atrás, aunque fuese transitoriamente, sus preocupaciones.

-Bueno, ¿qué música tienes en este trasto?, dijo Unai.

-Pues música de primera, qué te crees. Abre la guantera, están ahí las cintas.

Unai abrió la guantera, en la que efectivamente había varios casettes, cada uno de ellos con el nombre de un cantante o grupo escrito con rotulador negro.

Unai cogió uno al azar. En la carátula ponía *Mecano*. Unai rompió a reír.

-Jajajaja, ¿Mecano? ¿Qué tipo de etarra eres tú?

-Esa debe ser de mi hermana, idiota, dijo Ainhoa, sin poder disimular una gran sonrisa.

-Jajajaja. Ya, ya. La etarra que suspiraba por Nacho Cano. Ya estoy viendo el titular en el ABC.

-Anda coge una de las mías, listillo.

-Voy, voy. Aunque ahora me da miedo encontrarme una cinta de Los Pecos. ¿Mira que lo dejamos, eh Ainhoa?, continúo mofándose Unai.

-Que cojas otra, pesado.

Unai cogió otras tres cintas.

-Eskorbuto, Barricada y Mikel Laboa. Menos mal, me dejas más tranquilo. Entonces podemos seguir juntos. Quizás incluso te deje volver a acostarte conmigo.

-Me parece a mí, listo, que te querrías seguir acostando conmigo aunque fuese la *groupie* número uno de Nacho Cano.

-Cuando tienes razón hay que dártela. Yo por acostarme contigo iría a un concierto de Paloma San Basilio.

-Venga, deja de decir tonterías y pon a Mikel Laboa, que es mi preferido y me apetece algo tranquilo.

Unai metió la cinta en la vieja radio. La cinta se había quedado la última vez que se había escuchado en medio de *Txoria txori*, su canción más famosa, y todo un himno en la cultura *abertzale*. Solo unos segundos después Ainhoa y Unai estaban cantando a dúo el estribillo:

Hegoak ebaki banizkio

neuk hobeto hegan egingo luke

ez zuen aldegingo.

Baina horrela

ez zen gehiago txoria izango.

Eta nik...

txoria nuen maite.

Si le hubiera cortado las alas

habría sido mío,

no se habría escapado.

Pero entonces

ya no sería un pájaro.

Y yo...

yo amaba al pájaro.

Cantando juntos los dos olvidaron por un momento sus preocupaciones y dudas. Estaban donde querían estar.

Capítulo 29

El viaje de vuelta desde la cabaña de Cantabria hasta Irún se hizo en silencio. Aranda conducía, "El Cura" iba de copiloto y "El Moro" iba en el asiento trasero.

Aranda seguía con un cabreo de tres pares de cojones. Había criticado duramente ante Baquero el desastre que había sido el intento fallido de secuestro de Torka, que había acabado con Salcedo y los GEO en una cárcel francesa. Y ahora, en la primera operación que le dejaban hacer con su gente, a su manera, habían secuestrado al hombre equivocado.

Todavía no le entraba en la cabeza. ¿Cómo cojones se las habían apañado aquellos dos idiotas para equivocarse de persona a la que secuestrar? Él mismo había visto, con sus propios ojos, a Jon Luzuriaga en el bar Hendayais. Así que "El Moro" y "El Cura" habían identificado a la persona correcta. ¿Qué habían hecho esos dos imbéciles para acabar trayendo a un tío distinto?

"El Cura" y "El Moro", por su parte, no pensaban abrir la boca hasta que no fuese estrictamente necesario. Sabían cómo se las gastaba Aranda, y cuanto más tardase en empezar a hacer preguntas, mejor. En cualquier caso, más allá de lidiar con el cabreo de Aranda, les preocupaba cómo iba a afectar el pequeño incidente a sus honorarios. Aranda les tenía que hacer el segundo pago por sus servicios. Quizás no habían traído al tipo correcto, pero habían traído a un tipo que a Aranda y a sus jefes les servía. Si no, no se lo hubiesen quedado.

Llegaron a Irún de madrugada. Aparcaron cerca del Hotel Alcázar, en el que Aranda llevaba viviendo varios meses.

-Conmigo al hotel, señores, dijo a la vez que salía del coche.

Subieron los tres a la habitación 106. Aunque la señora de la limpieza del hotel había limpiado la habitación esa mañana, esta era un auténtico caos.

La habitación, de por sí, no era gran cosa. Una cama de tamaño estándar cubierta por una manta verde horrorosa, pero que aparentaba ser calentita. Una pequeña mesa redonda de madera, acompañada por dos sillas de madera con un tapizado verde. Una mesa algo más grande, sobre la que había un televisor Telefunken de 14 pulgadas. Y un armario empotrado de tamaño generoso.

Pese al tamaño del armario, Aranda tenía cosas tiradas por todas partes. La señora de la limpieza hacía lo que podía, pero no se atrevía a tocar los papeles y prendas de ropa que Aranda dejaba desperdigados por la habitación, así que pasaban semanas en el mismo sitio.

Cuando ya estaban los tres dentro de la habitación y "El Moro", que había sido el último en entrar, había cerrado la puerta, Aranda se dirigió al armario, mientras decía:

-Hoy es vuestro día de suerte. No voy ni a preguntar cómo os la habéis apañado para cagarla así. Solo espero que haya sido una cagada y no haya nada raro detrás, porque si lo hay ya sabéis que os joderé.

"El Cura" comenzó a hablar por primera vez en las últimas cinco horas. -Una cagada jefe, no sé cómo…

-He dicho que me importa una mierda, le cortó Aranda, hablándole de espaldas, desde el armario. Parece que vamos a poder arreglarlo.

Aranda cogió lo que buscaba del armario, se giró, caminó hasta la cama, y tiró sobre ella varios fajos de billetes.

-Comprenderéis que no os puedo pagar lo que acordamos. Ahí tenéis la mitad.

"El Cura" y "El Moro" cogieron los fajos de billetes y, sin contarlos, se los metieron en el pantalón, alrededor de la cintura.

-Es justo, jefe, dijo "El Cura", satisfecho de ver que, pese a todo, iba a salir de allí con un buen pellizco. -Ya sabes dónde nos tienes para lo que necesites.

-Otra cosa, dijo Aranda sacando del bolsillo el papel que le había dado "El Rubio". Moro, traduce esto al francés. Cópialo, allí tienes un bolígrafo, y algún papel habrá.

"El Moro" fue a la mesa de la televisión, cogió el bolígrafo y, tras rebuscar unos segundos, encontró un papel en el que copiar el mensaje. Cuando terminó, devolvió el original a Aranda.

-Llamad desde una cabina a la agencia francesa esa de noticias de la que hemos hablado otra veces y les leéis el mensaje.

-¿A la AFP?, preguntó "El Cura".

-A esa.

Se despidieron de manera fría. Cuando "El Cura" y "El Moro" salieron del hostal, "El Moro" dijo:

-Vamos a empezar a darle buen uso a este dinero, ¿no?

-Sí, pero haz la llamada antes, *desgraciao*, dijo "El Cura".

Buscaron una cabina. "El Cura" sacó una libreta, y buscó el teléfono de la agencia de noticias francesa AFP. Dictó el teléfono a "El Moro".

-*Allo*?, respondió una voz femenina al otro lado del teléfono.

"El Moro" comenzó a leer el mensaje que había traducido:

-Escuche, le hablo del secuestro de Segundo Marey. Está secuestrado por sus relaciones con ETA Militar, ocultando terroristas y por participar en el cobro del impuesto revolucionario. Como este irán desapareciendo todos los implicados.

“El Moro” colgó el teléfono. Una vez cumplido el deber, ambos pusieron de inmediato rumbo al bar Avenida, un bar de copas frecuentado por prostitutas que facilitaba la posibilidad de alquilar habitaciones por horas en el piso superior.

Capítulo 30

Dos días después del secuestro de Segundo Marey, el 8 de diciembre de 1983, Eduardo Salcedo, inspector jefe de la brigada antiatracos, y los tres GEO que habían sido arrestados en el intento de secuestro de Torka, estaban en el patio de la prisión francesa de Pau que había sido su hogar desde que habían sido arrestados un mes y medio antes.

Tras la detención habían sido trasladados a la comisaría de Hendaya. Allí, como a todos los detenidos, se les leyeron sus derechos -intérprete mediante- y se les ofreció la posibilidad de hacer una llamada. Solo Salcedo hizo valer ese derecho, llamando al teléfono privado de Baquero. Apenas descolgó el teléfono, Baquero contestó:
-Ya estamos en ello.

Tanto Salcedo como los GEO se negaron a contestar pregunta alguna hasta que no llegase su abogado. Este llegó, tras ser contactado y contratado por el consulado español, apenas dos horas más tarde.

Ya con el abogado presente, comenzaron los interrogatorios. Aunque ninguno hizo valer su derecho a no declarar, los interrogatorios no fueron demasiado productivos. Todos insistieron en que ni habían agredido a aquel hombre ni mucho menos le habían intentado secuestrar. De hecho, destacaron, no tenían ni idea de quién era. Todo había sido un gran malentendido derivado de un accidente de circulación.

Por las razones que fuese aquella historia no terminó de convencer a los policías franceses, quienes pusieron a Salcedo y a los GEO a disposición judicial.

Pasaron dos días en los calabozos de Bayona. Finalmente el día 20 de octubre se había celebrado, en el palacio de justicia de Bayona, la vista en la que debía determinarse si quedaban en prisión provisional o si eran puestos en libertad a la espera de juicio. El juez tampoco

terminó de creerse aquello del accidente, y decidió mantenerlos en prisión provisional a la espera de juicio por un delito de violencia premeditada con daños.

El abogado de Salcedo y los GEO, Jacques Tourner, recurrió la decisión, pero fue en vano. A la salida de la vista en la que se acordó la prisión provisional de sus defendidos hizo unas breves declaraciones ante los medios que se agolpaban en el exterior del palacio de justicia:

-El sumario ha sido confeccionado de modo artificial, en función de las fabulaciones de la prensa, y sin contar con pruebas, dijo.

Tras la vista fueron trasladados a la prisión de Pau. La prisión que les correspondía era la de Bayona, pero las autoridades francesas decidieron ingresarles en la prisión de Pau para evitar que coincidiesen con los miembros de ETA recluidos en Bayona.

Baquero en persona había ido a visitar a Salcedo a la prisión para trasladarle tranquilidad y el compromiso, en su nombre y en el del gobierno español, de que nos les dejarían tirados.

Salcedo, al principio, tenía la certeza de que aquello sería cuestión de unos pocos días. Sin embargo, con el paso de las semanas su tranquilidad disminuía.

La detención de cuatro policías españoles en Francia había generado un gran revuelo en los dos países. La prensa hablaba abiertamente de que habían sido sorprendidos en medio de un intento de secuestro.

Además, la prensa divagaba con la posible vinculación de ese intento de secuestro con el asesinato del capitán Martín Barrios, y también con la desaparición de dos jóvenes del entorno de ETA, Lasa y Zabala, de los que nada se sabía desde hacía unas semanas. Salcedo no sabía nada sobre el paradero de esos tales Lasa y Zabala, pero sí que sabía que el revuelo mediático dificultaba su liberación.

Les pedían cuatro años de cárcel. El gobierno francés se sentía insultado por el hecho de que policías españoles estuviesen actuando a sus espaldas en su territorio y el gobierno español nunca iba a reconocer que estuviesen cumpliendo órdenes. Todo ello complicaba mucho la liberación. El propio Baquero, en una segunda visita que hizo a Salcedo a mediados de noviembre, le reconoció que la cosa se estaba complicando más de lo previsto y le pidió que tuviesen paciencia.

Salcedo y el resto se habían comenzado a resignar, y finalmente terminaron asimilado que pasarían en aquella cárcel una temporada larga, al menos hasta que el tiempo curase el orgullo herido del gobierno francés. No esperaban buenas noticias en el corto plazo.

Sin embargo ese 8 de diciembre, estando los cuatro en el patio de la prisión comentando lo mala que era la película que les habían puesto a los presos durante la "noche de cine" del día anterior, y lo poco que habían entendido de ella, uno de los funcionarios de prisiones se acercó al grupo. Era un funcionario que hablaba bastante bien español, y que siempre les había tratado correctamente.

-¡Español!, dijo el funcionario dirigiéndose a Salcedo.

-Dime amigo mío, respondió Salcedo, quien trataba de guardar la mejor relación posible con todos los funcionarios.

-Os vais.

-¿Dónde nos vamos? Todavía no es la hora de subir a las celdas, ¿no?

-A casa.

-¿Nos liberan? ¿Hoy?

-Hoy, ahora mismo. Me han dicho que recojáis vuestras cosas y que os podéis ir.

Ni Salcedo ni nadie del grupo entendían nada. El tribunal de Bayona había decretado que estarían en prisión provisional hasta el juicio, para el que faltaban muchos meses. El abogado les había explicado que volvería a intentar más adelante que alzasen la prisión provisional, pero les había advertido de que era improbable que lo consiguiese, y de que en cualquier caso la siguiente oportunidad llegaría, como pronto, en enero.

-Han sido los nuestros, señores, dijo Salcedo sin ocultar su orgullo. Os dije que no nos iban a dejar tirados.

Salcedo iba bien encaminado. Iban a salir de la cárcel ese día gracias a "los suyos". Lo que no imaginaba Salcedo era cómo habían conseguido "los suyos" convencer al gobierno francés de que les liberase.

Todo había empezado cuarenta y cuatro horas antes cuando un joven policía, siguiendo órdenes que venían de muy arriba, había llamado desde una cabina a la Cruz Roja de San Sebastián para completar el mensaje que "El Moro" había trasladado a la agencia AFP el día anterior. El mensaje de este joven policía fue muy claro:

"Si en el plazo de cuarenta y ocho horas Francia no libera a los cuatro policías españoles encarcelados, ejecutaremos a Segundo Marey, de cincuenta y un años".

Cuarenta y seis horas después de aquella llamada, Salcedo y los GEO estaban saliendo por la puerta de la prisión de Pau, a la que no tenían ninguna intención de volver. Fuera les esperaban dos coches con matrícula española. Sus conductores, que no eran otros que Baquero y Aranda, estaban apoyados en el lateral de uno de los coches, fumando.

-¿Qué tal han ido las vacaciones, inspector?, preguntó Baquero, dirigiéndose a Salcedo.

-Estos putos gabachos no saben cocinar, contestó Salcedo. Habéis tardado, ¿no?

-La justicia es lenta, pero justa, dijo Baquero con una sonrisa cínica.

-Menuda justicia tienen estos hijos de puta. No vuelvo a pisar este estercolero de país en mi vida. Te pagarás unas cervezas por lo menos, ¿no?

-Claro, pero en España, dijo Baquero.

-Nos ha jodido que si en España. Vámonos de aquí.

Capítulo 31

Aitor no había decidido delegar en Unai y Ainhoa el trabajo de Tolosa por gusto. Él andaba ocupado con tareas algo más complejas.

Había vuelto un par de días atrás al piso de Rentería de Mikel y Xabi. Daba gusto trabajar en Rentería, pocos pueblos estaban más comprometidos con la causa vasca. Tras ejecutar al panadero ni siquiera habían tenido que dejar el piso franco, como era habitual después de cada atentado. En Rentería nadie hacía preguntas. Si alguien les identificaba como miembros activos de ETA, era más probable que les diesen la enhorabuena que que les delatasen a los *txakurras*.

Pero no debían confiarse. Para asegurarse de que Rentería seguía siendo lo que era había que eliminar a las ovejas negras. A aquéllos que no comulgaban con la causa, se mezclaban con los *txakurras* y les iban con el cuento de lo que pasaba en el pueblo.

El panadero había sido el primero. Pero ahora les habían avisado de que un taxista jubilado andaba también hablando de más con los *txakurras*.

El chivato era Jesús Mari Layarra, aunque prácticamente nadie le conocía por ese nombre. Para la mayoría de la gente Jesús Mari era "El Chino de Rentería". El poco original apodo venía de que Jesús Mari tenía los ojos inusualmente rasgados.

"El Chino de Rentería" tenía 59 años. Había sido taxista muchos años, pero hacía ocho había tenido que dejarlo tras un accidente. Ahora dedicaba sus días a estar en su casa con su mujer, que estaba enferma y apenas salía, y a pasear por Rentería.

Aquel 8 de diciembre, algunas horas antes de que Salcedo y los GEO españoles fuesen liberados de la prisión francesa de Pau, Jesús Mari salió de su casa para dar su paseo diario. Él lo llamaba "el paseo", pero lo cierto es que caminar, lo que se dice caminar, caminaba poco. De las tres horas que solía pasar cada día fuera de casa

durante “el paseo”, dos y media las pasaba sentado en su bar de confianza tomando café, si era por la mañana, o chatos de vino, si era por la tarde. Así que paseo como tal era solo el trayecto desde su casa al bar, que le llevaba quince minutos.

Aquel día “el paseo” fue todavía más corto. Tan pronto como Jesús Mari salió de su portal, el Renault R-5 robado en el que esperaban pacientemente Aitor, Xabi y Mikel arrancó. Xabi conducía, y siguió a Jesús Mari unos metros, avanzando lentamente. No había nadie más en la calle, así que no hacía falta esperar más. Xabi paró el coche, y Aitor y Mikel bajaron rápidamente, abalanzándose sobre Jesús Mari. Un par de hostias bastaron para dejarle lo suficientemente aturdido para poder meterle, sin demasiadas dificultades, en el maletero.

Xabi puso rumbo, como estaba previsto, al polígono industrial de Zamalbide, al sureste del casco urbano. Un simpatizante había cedido una pequeña nave industrial que en esos momentos se encontraba sin actividad que era perfecta para la ocasión.

Llegaron en diez minutos. Xabi paró en la puerta de la nave. Mikel fue el encargado de bajarse del coche, abrir la puerta de la nave, y volver a cerrarla una vez que Xabi metió el coche.

Fue Mikel quien hizo los honores y abrió el maletero. En cuanto lo hizo, Jesús Mari dio una fuerte patada a la puerta del maletero, que hizo que esta subiese bruscamente propinando a Mikel un fuerte golpe en la barbilla. Mikel cayó al suelo.

Con una agilidad sorprendente para su edad y aspecto físico, Jesús Mari salió del maletero de un salto y echó a correr hacia la puerta de la nave. No le hubiese servido de nada llegar hasta ella, porque estaba cerrada con llave. Pero en cualquier caso estuvo muy lejos de hacerlo, porque Xabi le propinó una fuerte patada a la altura de las rodillas que le tiró al suelo.

Aitor soltó una fuerte carcajada, un tanto forzada.

-¿Dónde vas, Chino?

-Quiénes sois, dejadme en paz, ¡hijos de puta!, dijo Jesús Mari desde el suelo.

-Somos los que te van a enseñar a no hablar más con los *txakurras*. Nos vas a contar todo lo que les has dicho, y cuando nos lo hayas contado todo te marchas. ¿Qué te parece?

-¿Pero qué dices de *txakurras*? Si soy un taxista jubilado.

-Ya, pero un taxista jubilado que habla más de la cuenta. ¿Me empiezas a decir todo lo que les has contado, o te lo empiezo a preguntar de otra forma?

-Qué cojones voy a haberles contado, si yo no sé nada, protestó Jesús Mari. ¿Sois de la ETA?

Aitor, que se encontraba a unos seis metros del lugar en el que había caído Jesús Mari, se acercó a él despacio. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, le propinó una fuerte patada en la cara.

La tremenda patada dejó a Jesús Mari fuera de juego durante unos segundos.

-Ayudadme y le llevamos a la silla, dijo Aitor, dirigiéndose a Xabi y Mikel, que observaban divertidos la conversación.

Entre los tres le sentaron en una silla metálica, y le ataron las manos a la espalda.

-Vamos a ver, amigo Chino, continuó Aitor. Podemos hacer esto de dos formas. Nos dices ahora todo lo que les hayas soltado a los *txakurras* sobre los compañeros de Rentería, y en dos horas estás en casa con la gorda de tu mujer. Si no nos lo dices, pasamos aquí la tarde juntos, dejamos a estos dos señores que se diviertan contigo, y ya verás cómo antes de que anochezca has hablado. Yo hoy tengo un poco de prisa y prefiero la primera opción. Estos dos seguro que prefieren la segunda. Pero eres tú el que elige. ¿Cuál prefieres?

-Que no sé de qué me estás hablando, joder, dijo Jesús Mari, mostrando debilidad en su tono de voz por primera vez. Yo no me meto en política.

-Vamos a ver, Chino. A lo mejor es que yo me estoy inventando las cosas. ¿Es lo que me estás diciendo?, dijo Aitor mientras le pegaba una fuerte bofetada, que Jesús Mari encajó sin decir ni hacer nada.

-¿No es verdad que te pasas el día hablando con el tal Echeverría, el *txakurra*?, insistió Aitor.

-Claro que es verdad. Es mi amigo desde críos. Pero no hablo con él de política, yo nunca he querido líos de política.

Aitor dió la espalda a Jesús Mari, y se alejó de él.

-Ha elegido la opción dos, chavales, dijo mirando a Xabi y a Mikel.

Xabi y Mikel interrogaron a Jesús Mari durante más de una hora y media. Hubo golpes de todo tipo, amenazas con ir a buscar a su mujer y traerle para preguntarle a ella, y ninguna respuesta diferente a "no sé nada", "no me meto en política" o "qué voy a decir yo a Paco de vosotros si no sé ni quiénes sois".

Tras ese tiempo Jesús Mari quedó irreconocible. Tenía la cara llena de golpes, hasta el punto de que no se vislumbraba ni un centímetro de piel que conservase su color natural. Todo era entre rojo y morado. Los ojos habían quedado tan hinchados que no veía absolutamente nada.

Aunque su voz se quebró en varias ocasiones, nunca llegó a llorar abiertamente. Tampoco a pedir clemencia. No quería dar ese placer a esos tres malnacidos.

Aitor consideró que ya había sido suficiente cuando ya era de noche, y apenas se veía nada en el interior de la nave industrial en la que se encontraban.

-Bueno Chino, la verdad es que cojones tienes. Ya son ganas de morir por un puto *txakurra*, pero es tu decisión. Espero que al menos te den una medalla al chivato del año.

Jesús Mari, cerca de la inconsciencia, no reaccionó de forma alguna al escuchar de boca de Aitor que le iban a matar. Aunque hubiese estado más lúcido, aquella noticia no le hubiese sorprendido en absoluto, pues tuvo claro desde que se sentó en aquella silla que no le quedaban muchas horas de vida, y que las que le quedaban no iban a ser agradables. A decir verdad lo que quería, visto que esa era su suerte, era que le matasen lo antes posible.

Todavía tendría que esperar cerca de una hora más. Aitor decidió que no era conveniente matarle en la nave porque alguien podría oír los disparos, así que le llevaron a otro sitio. Entre los tres le desataron -a la vista del estado de Jesús Mari era evidente que ya no suponía un riesgo dejarle suelto– y le volvieron a meter en el maletero del coche en el que había llegado hasta allí.

Xabi condujo hacia el pequeño bosque que separa Rentería de Astigarraga. Se desvió por un camino, y paró en cuanto encontró un sitio que le pareció suficientemente discreto.

-Cuidado al abrir a ver si te vas a llevar otra hostia, dijo Xabi a Mikel, mofándose de su amigo.

-Este ya no está para dar hostias a nadie, se entrometió Aitor. Mikel venga, ayúdame a bajarle.

Bajaron del coche y Mikel abrió, con prudencia tras haber aprendido la lección, el maletero. Esta vez no hubo sorpresas porque, como había vaticinado Aitor, Jesús Mari no estaba ya para trucos. Yacía cerca de la inconsciencia en el maletero, del que Aitor y Mikel tuvieron que sacarle como si de un saco se tratase.

Le tiraron a cuatro metros del coche. Pese a que fue un buen golpe, Jesús Mari apenas hizo un pequeño ruido.

-Voy yo, dijo Mikel.

Sacó su pistola del pantalón, y se puso de pie junto a la cabeza de Jesús Mari, que yacía boca abajo. Disparó encima de su oreja izquierda, matándole de inmediato.

La policía encontraría el cadáver dos horas más tarde, tras una llamada de Xabi al diario *abertzale* Egin, en la que informó de que habían "*ejecutado al famoso Chino de Rentería*".

Capítulo 32

Segundo Marey llevaba tres días en la cabaña de Matienzo, pero estaba tan despistado y aterrado como el primer día. No sabía con seguridad cuántos días habían pasado. No sabía qué hacía allí. Y no sabía si saldría de allí con vida. Lo único que sabía a ciencia cierta era que aquellos dos hombres que le mantenían preso eran españoles y tenían la firme convicción de que era un etarra.

No lo era, pero de nada le servía. Muy pronto comprendió que era inútil discutir con aquellos dos hombres. Para ellos era un etarra, y nada de lo que él dijese iba a convencerles de lo contrario.

Más que lo que aquellos dos hombres pensasen que era, le importaba saber qué iban a hacer con él. Vivía con el temor constante a que, en cualquier momento, decidiesen matarle. Los dos hombres que le secuestraron ya habían discutido abiertamente sobre esa posibilidad delante de él, por lo que estaba claro que la opción estaba sobre la mesa.

Por más que pensaba no encontraba ni una sola razón que justificase su secuestro. Él no importaba a nadie más que a su mujer y a sus dos hijas. Nadie iba a pagar un rescate por él, a no ser que se conformasen con los cuatro francos que tenían en la cuenta corriente familiar.

Tenía ya asumido que estaba allí por error. Estaba allí porque pensaban que era un etarra. Quedaba ver si aquellos hombres iban a aceptar en algún momento que se habían equivocado y, si lo hacían, cómo iban a solucionarlo.

Vivía en un estado de pánico constante. No veía nada -seguía con los dos algodones en los ojos que le había colocado "El Rubio" nada más entrar a la cabaña- y en su oscuridad cualquier pequeño ruido le aterraba. Cada paso que escuchaba, cada crujido de la puerta, o cada movimiento que sentía de sus dos captores era una posible

amenaza. Cada vez que le hablaban se sobresaltaba, y no podía evitar esperar que la voz fuese seguida de algún golpe.

Era cierto que, salvo durante el secuestro y posterior traslado, nadie le había puesto la mano encima. Pero eso no era garantía de nada. Y no olvidaba el "*ya hablarás*" que le había soltado "El Rubio" nada más llegar a la cabaña.

Estaba claro que a aquellos hombres les importaba bien poco su bienestar. En esa cabaña hacía un frío terrible, y todo lo que le habían dado era una manta y unos calcetines para sustituir aquellos que habían constituido el único calzado con el que había cruzado la frontera. Le dolía todo. Apenas podía ponerse de pie porque tenía los pies llenos de heridas, que nadie se había preocupado de curarle mínimamente. Comer le resultaba físicamente imposible. Aunque no le matasen, no tenía nada claro que fuese a sobrevivir allí mucho más tiempo.

Quizás, vista la situación, lo que más le convenía era quedarse dormido y no volver a despertarse. Pero ni siquiera eso dependía de él.

Si trataba de aguantar era porque sabía que su muerte destrozaría a su mujer y a sus dos hijas. Quizás ni siquiera llegarían nunca a saber lo que le había pasado. Simplemente se convertiría en una de esas personas que desaparecen sin que nunca llegue a resolverse el misterio de su paradero.

Su mujer y sus dos hijas desconocían su paradero concreto, pero tenían mucha más información sobre lo que había pasado de la que Segundo Marey imaginaba. Eso sí, eso no suponía que no tuviesen también múltiples preguntas sin respuesta, ni que no estuviesen tan destrozadas como perplejas por las circunstancias que rodeaban a la desaparición de su marido y padre.

Desde el día siguiente a la desaparición la mujer y las hijas de Segundo Marey pasaban el día viendo todas las noticias a su

alcance, y leyendo todo lo que se publicaba en la prensa, tanto en la francesa como en la española. Pero no terminaban de creerse lo que escuchaban y leían, más propio de una película de espías que de la vida real.

La prensa decía que el secuestro estaba relacionado con ETA. Decían que su padre estaba secuestrado por su relación con ETA, y que los secuestradores habían puesto como condición para liberarle la liberación de cuatro policías españoles que estaban presos en la prisión de Pau. Algunos medios *abertxales* vinculaban también el secuestro de su padre a la desaparición de dos jóvenes vascos, Lasa y Zabala, a los que parecía haberse tragado la tierra, y al intento de secuestro de un etarra, Torka. Los medios más radicales hablaban abiertamente de que el secuestro de Segundo Marey formaba parte de la guerra sucia que, decían, la policía española estaba librando contra ETA con la connivencia del Estado español.

La mujer e hijas de Segundo Marey se preguntaban qué había de verdad en todo aquéllo. Pero, sobre todo, se preguntaban qué había pasado para que su marido y padre, al que nunca habían oído hablar de política española, se hubiese convertido en el triste protagonista de aquella historia.

Capítulo 33

Unai y Ainhoa llevaban dos semanas en Tolosa. Habían estado haciendo los deberes.

El objetivo, Paco Aizpurúa, era uno de los dueños de Electromecánicas Bidasoa, una empresa local.

A Paco Aizpurúa le había ido bien. Era un hombre hecho a sí mismo. Había empezado como aprendiz en la empresa con catorce años pero, gracias a una serie de caprichos del destino y a su muy duro trabajo, había terminado siendo dueño de una importante participación en la compañía.

Conducía un buen coche, como pudieron comprobar Ainhoa y Unai en los múltiples seguimientos que le hicieron. Tenía un chalet en el Barrio de San Francisco, una zona residencial muy tranquila en la parte más elevada (y cara) de la localidad.

Vestía siempre elegante. Llevaba gomina, e iba en traje a trabajar. Los fines de semana relajaba algo su vestimenta, pero no demasiado. Pese a haberle seguido en múltiples ocasiones durante diez días seguidos, Ainhoa y Unai nunca le habían visto en camiseta.

Ainhoa se había alegrado al comprobar cuál era el perfil del objetivo. Sobre el papel, las características de Paco Aizpurúa encajaban en lo que ella consideraba que debía ser el perfil de un objetivo de la organización. Pero, pese a ello, Ainhoa era un mar de dudas.

Ese hombre representaba muchas de las cosas que Ainhoa detestaba. Le sobraba el dinero, de eso no cabía duda. Seguramente se había hecho rico a costa del sudor de sus trabajadores. Y pese a que tenía más dinero del que podía gastar se negaba a contribuir económicamente a la causa que perseguía la libertad del pueblo vasco. Esas contribuciones económicas eran las que, al fin y al cabo, permitían seguir adelante con la lucha armada.

Pero, pese a ello, Ainhoa no podía dejar de pensar en que no sabía lo suficiente sobre aquel hombre. La información que tenía justificaba que le odiase. Pero odiar a alguien es una cosa, y matarle es otra.

Unai, por su parte, no había dedicado ni un segundo a pensar en la identidad del objetivo, que le traía sin cuidado. Lo que a Unai le preocupaba era que sería él quien tendría que ejecutarle. Y, sobre todo, le aterraba no ser capaz de hacerlo.

Esa preocupación le llevó a insistir en prepararlo todo de forma muy minuciosa. Era importante no dejar nada a la improvisación, porque estaba convencido de que había sido precisamente eso, el encontrarse con una situación que no esperaba, lo que le había llevado a no saber reaccionar correctamente en la ejecución del capitán Martín Barrios.

La preparación les estaba resultando muy compleja. Seguramente fuese porque era la primera vez que recaía sobre ellos la responsabilidad de decidir cómo y cuándo se produciría el atentado. En el caso del capitán Martín Barrios Unai -Ainhoa ni siquiera eso- había participado en los seguimientos, pero había sido Aitor el que había diseñado el plan. Esta vez les tocaba hacerlo a ellos.

Primero valoraron la posibilidad de esperar a Paco Aizpurúa a la entrada o a la salida de la fábrica, y dispararle allí. Sin embargo, pronto lo descartaron. Solía entrar y salir de trabajar a la hora punta, por lo que había demasiada gente. Seguramente un tirador con la suficiente sangre fría, como Aitor, hubiese podido hacerlo sin problemas. Pero Unai no se veía capaz.

Ainhoa propuso que esperasen todos los días a la salida de la fábrica en la confianza de que un día el objetivo se retrasara y saliese más tarde, él solo. Sin embargo a Unai no le gustaba esa incertidumbre. Quería tener claro cuándo y cómo se iba a hacer, para estar preparado mentalmente.

También barajaron la posibilidad de bloquearle el paso mientras conducía, y dispararle antes de que pudiese bajar del coche. Durante varios días pensaron que lo harían así. Exploraron el camino que seguía de casa al trabajo y del trabajo a casa, tratando de identificar un lugar en el que pudiesen bloquear el paso del coche de forma sencilla, tratando de replicar el plan diseñado e implementado con éxito por Aitor en el secuestro de Martín Barrios. Pero ninguna ubicación les terminaba de convencer. Unas porque estaban demasiado concurridas. Otras porque tenían vías de escape demasiado lentas.

Cuanto más lo estudiaban, más difícil les parecía hacerlo sin asumir un riesgo grande de ser detenidos. Y cuanto más difícil les parecía, más dudas tenía Ainhoa de que debiesen hacerlo.

Estuvo tentada en dos ocasiones de proponerle a Unai que lo dejasen. Que fuesen a la organización y les dijesen que lo sentían, pero que no eran capaces. Que valoraban mucho a aquellos que hacían la lucha armada, pero que no era para ellos. Que seguirían apoyándola desde fuera, o desde cualquier otro rol que la organización quisiera darles. Pero no llegó a tenerlo lo suficientemente claro como para decírselo.

Seguramente, si Ainhoa se hubiese atrevido a compartir sus dudas con Unai, hubiesen decidido juntos no hacerlo. Porque Unai, en el fondo, por mucho que hubiese fantaseado durante años con el momento de su primer atentado, estaba deseando tener una excusa que le diese una salida digna, que le permitiese no tener que enfrentarse a sus miedos y, a la vez, no quedar retratado como un cobarde.

Puede que, si lo hubiesen hablado entre ellos, sus vidas hubiesen sido muy distintas. Pero no lo hicieron. Quizás porque todavía no confiaban lo suficiente el uno en el otro. Quizás porque se avergonzaban de sus miedos. Quizás porque ninguno quería defraudar al otro. O quizás porque, cada uno a su manera, se resistía a reconocer sus debilidades.

Lo que hicieron, en lugar de eso, fue seguir trabajando hasta que dieron con un plan para matar a Paco Aizpurúa que les pareciese lo suficientemente bueno.

Finalmente lo encontraron. No era perfecto, pero sí que limitaba mucho los riesgos. Le dieron muchas vueltas, analizaron los inconvenientes, que los tenía, y tomaron la decisión de que lo harían así.

Una vez tomada la decisión los dos, cada uno por su cuenta, decidieron que era el momento de aparcar, aunque fuese transitoriamente, sus dudas y miedos y cumplir ese encargo. Al fin y al cabo la lucha por la libertad de *Euskal Herria* exigía sacrificios. No podían pretender que los sacrificios solo los hiciesen otros.

Estaba decidido. Tres días más tarde, el 15 de diciembre, matarían a Paco Aizpurúa. Y, tras ello, volverían a Hendaya. No veían la hora de que llegase ese momento.

Capítulo 34

A esas alturas Aranda ya había perdonado a “El Moro” y a “El Cura” por el "pequeño" error en la persona a la que debían secuestrar. No era tan fácil encontrar gente para los trabajos que pedía Aranda, por mucho que pagase. Además, al fin y al cabo todo había terminado saliendo bien.

Gracias al secuestro esos hipócritas franceses se habían visto obligados a agachar la cabeza, y a ceder por primera vez. Salcedo y los GEO estaban en España, de vuelta en sus puestos de trabajo. Lo que no se había conseguido en meses de conversaciones entre chupatintas encorbatados lo habían solucionado dos llamadas rápidas con sus correspondientes amenazas.

Aranda nunca había dudado de que ese era el camino correcto. España llevaba años lloriqueando para que los franceses dejasen de tratar a los etarras como refugiados políticos, permitiéndoles campar a sus anchas por el país, preparar allí los atentados, y encontrar refugio tras ellos. La respuesta francesa había sido siempre negativa. Cada negativa había resultado más humillante y dolorosa que la anterior.

Se habían acabado las tonterías, pensaba Aranda. Esperaba que los de arriba lo viesen por fin tan claro como él lo veía, y aquello hubiese sido solo el principio.

Pero antes de pensar en nuevos planes había que terminar lo de Segundo Marey. Porque Salcedo y los GEO ya estaban libres en España, los putos franceses habían cumplido, y ahora había que cumplir también. Primero para mantener la palabra con Francia, aunque jodiese. Y segundo porque aquel pobre hombre, Segundo Marey, no pintaba nada en todo aquello y llevaba más de diez días secuestrado en condiciones lamentables.

Para esa tarea de liberar a Segundo Marey Aranda había vuelto a contactar con “El Cura” y con “El Moro”. Estos agradecieron la

llamada, pues temían haber perdido la oportunidad de seguir colaborando con Aranda en esas operaciones tan bien pagadas. Agradecieron también que la nueva llamada de Aranda hubiese llegado tan rápido, porque ya les quedaba muy poco dinero del pago anterior. Eso sí, habían pasado diez días legendarios.

Quedaron en Irún, y fueron hasta la cabaña de Matienzo en la que permanecía secuestrado Segundo Marey en el coche de Aranda. Fue un trayecto significativamente menos tenso que el último que habían hecho juntos.

Cuando llegaron a Matienzo aparcaron en el mismo sitio en el que habían aparcado la noche del secuestro de Segundo Marey, y bajaron por la complicada ladera hasta la cabaña. En la puerta estaban "El Vasco" y "El Rubio", fumando y charlando.

-Buenas tardes señores, dijo "El Rubio".

-Os va a dar algo aquí fuera, dijo Aranda.

-Yo creo que hace más frío dentro que fuera, dijo "El Vasco".

-¿Cómo va nuestro hombre?, preguntó Aranda.

-Pues más muerto que vivo, dijo "El Rubio". Ni come ni *na*. Cada paso que damos se piensa que le vamos a matar. Y por mis muertos que hemos cumplido y no le hemos tocado un pelo, ¿eh?

-Eso espero, dijo Aranda.

-Claro que tener aquí a un etarra y no molerle a palos, me parece un desperdicio, permitidme que os lo diga, siguió "El Rubio".

-Tú ver, oir y callar, dijo tajante Aranda. Voy a verle. Tiene los ojos vendados, ¿no?

-Sí, ahí está sentado en la piedra esa como siempre, dijo "El Rubio".

Aranda entró en la cabaña. Quizás fuese porque esta vez la estaba viendo a plena luz del día, pero le pareció todavía más cutre de lo que le había parecido la noche del secuestro. No ayudaba la basura que habían ido acumulando allí durante esos doce días, y que nadie se había molestado en sacar ni, siquiera, recoger.

En una esquina, a pocos centímetros del mugriento colchón en el que había dormido todas esas noches -compartiéndolo con "El Vasco" y con "El Rubio"- Segundo Marey estaba sentado en un pequeño banco de piedra que había en uno de los rincones de la cabaña. Seguía con la misma ropa que llevaba la noche del secuestro, a excepción de los calcetines, que se los habían cambiado en un par de ocasiones. Tenía alrededor del cuerpo la manta que le había dado Aranda en el pequeño edificio del paso fronterizo.

Su aspecto era tan lamentable que parecía que llevaba allí años. Estaba muy delgado. Asombrosamente delgado para que solo hubiesen pasado doce días. Estaba también muy sucio. Pero, sobre todo, se le notaba extremadamente débil. Daba la impresión de que a duras penas tenía fuerzas para mantenerse sentado sobre ese banco de piedra. Parecía que, si le tocabas, se rompería en mil pedazos.

Aranda no quiso ni acercarse. Desde cerca de la puerta, le dijo:

-No se preocupe señor Marey, mañana dormirá usted con su mujer.

Segundo Marey no reaccionó de forma alguna al mensaje. Estaba en una especie de trance, en el que ni sentía ni padecía.

Aranda cerró la puerta de la cabaña y salió junto a los demás.

"El Rubio", que había oído la frase de Aranda, le preguntó:

-¿Le soltamos hoy entonces?

-Sí, gracias por el trabajo. Podéis iros a casa. Son órdenes del gobernador.

-Por fin. He pasado aquí un frío que en mi puta vida, dijo "El Vasco".

-¿Y con este qué váis a hacer?, preguntó "El Rubio".

-Eso dejádnoslo a los mayores, dijo Aranda. Vosotros de lo que habéis visto aquí ni una palabra a nadie. Y a nadie es a nadie.

-Pero qué vamos a decir, si no sabemos ni quién es el hijo puta este, dijo "El Rubio".

-Pues eso, cuanto menos sepáis mejor. Venga recoged vuestras mierdas, dijo Aranda.

"El Rubio" y "El Vasco" entraron, obedientes, en la cabaña, y metieron en sus mochilas las pocas pertenencias que tenían allí. Poco después salieron, sin ni siquiera mirar a Segundo Marey, que continuaba inmóvil en su banco de piedra, como si los acontecimientos que se desarrollaban a su alrededor ya no fuesen con él.

"El Rubio" y "El Vasco" estrecharon las manos de Aranda, de "El Moro" y de "El Cura", y desaparecieron ladera arriba, sin ninguna gana de volver, nunca en su vida, a aquella cabaña.

-¿Y ahora qué, jefe?, preguntó "El Cura".

-Ahora nos llevamos a este hombre de aquí, que bastante mierda ha tragado ya sin tener nada que ver con esto, dijo Aranda mientras se giraba para volver a entrar en la cabaña.

-Nos vamos, señor Marey. Estese tranquilo porque no le va a pasar nada. Le vamos a liberar, dijo Aranda.

Segundo Marey no reaccionó tampoco al nuevo mensaje. Aranda cogió las llaves de las esposas, que estaban sobre la mesa, y se acercó a Marey para quitárselas. Este se mantuvo pasivo, simplemente dejando hacer a Aranda.

Aranda le ayudó a levantarse. Sin embargo, al tercer paso, Segundo Marey cayó al suelo, sin que Aranda fuese capaz de evitarlo. Segundo Marey apenas había comido nada esos doce días, y no tenía fuerza para siquiera caminar. Sus músculos estaban, además, entumecidos por la falta de movimiento. Y, por si fuera poco, estaba muy lejos de recuperarse de las heridas en los pies que se había hecho en el camino de ida.

-Eh, vosotros dos, gritó Aranda. ¿Habéis venido aquí de paseo?

"El Cura" y "El Moro" entraron rápidamente en la cabaña. Vieron a Segundo Marey en el suelo, y se apresuraron a levantarlo. Cada uno se puso a un lado, le pasaron cada brazo sobre la cabeza de uno de ellos, y le sacaron prácticamente en volandas, arrastrando los pies, fuera de la cabaña.

Aranda salió tras ellos. -Venga, hay que meterle al coche, dijo.

A "El Moro" y "El Cura" les costó un esfuerzo considerable subir a Segundo Marey por aquella empinada ladera. Cuando llegaron al coche, "El Moro" preguntó:

-¿Al maletero, jefe?

-No, dijo Aranda. Al asiento de atrás. Mientras estemos en España no hay peligro.

Capítulo 35

Unai y Ainhoa llamaron a la puerta del chalet pareado de Paco Aizpurúa a las seis en punto de la tarde. Esperaron treinta segundos, pero ni les abrió nadie ni escucharon ruido alguno.

Era imposible que no hubiese nadie. Llevaban todo el día vigilando la casa y la mujer del objetivo no había salido de allí. Unai llamó otra vez.

-¡Voy!, se escuchó a lo lejos. Era una voz femenina que, seguramente, venía del piso superior.

Escucharon por fin pasos hacia la puerta, y esta se abrió.

-¿Qué quieren?, dijo la esposa de Paco Aizpurúa.

-Para dentro, y calladita, dijo Unai mientras empujaba a la mujer.

-¿Qué? ¡Socorro!, gritó la mujer.

-Unai le empujó con mayor brusquedad, tirándole al suelo. Ainhoa entró también a la casa, y cerró la puerta a su paso.

-Llevaos lo que queráis, pero no me hagáis nada.

-No queremos tu asqueroso dinero, dijo Ainhoa. Pasa para adentro.

Primer error, pensó Ainhoa, acordándose de que el plan era tranquilizar a la mujer y a Paco Aizpurúa diciéndoles que no les harían daño, sino que simplemente querían cobrar un rescate.

-¿Pero qué queréis?, insistió la mujer.

-Quiero que pases para dentro y que te calles, dijo Unai.

La mujer no se movía. Ainhoa sacó la pistola de su cintura, y la apuntó.

-¡Que pases dentro, hostia!

Era la primera vez que Ainhoa apuntaba a una persona con un arma. Nunca se había sentido tan poderosa.

La mujer caminó hacia el enorme salón que había tras la entrada. Las ventanas daban al jardín, y este estaba rodeado por altos muros vegetales. Era improbable que ningún vecino pudiese verlos pero, por si acaso, Unai cerró las cortinas.

-Ahora siéntate aquí, y te quiero tranquila y en silencio, dijo Ainhoa, con voz autoritaria.

Unai miró a Ainhoa, entre orgulloso por la profesionalidad con la que estaba actuando y celoso por el hecho de que hubiese asumido la voz cantante. Ese papel le correspondía a él, y pensaba dar la cara.

Estuvieron veinticinco minutos en silencio, los tres sentados en el salón, cada uno en un sofá distinto. Aunque Unai y Ainhoa habían entrado a cara descubierta -no podían arriesgarse a que la mujer viese los pasamontañas por la mirilla y no les abriese- nada más entrar se los habían puesto. A esa mujer le sería muy difícil dar una buena descripción de ellos si solo les había visto las caras unos pocos segundos, y en medio del jaleo inicial.

Pasados los veinticinco minutos, escucharon cómo se abría la puerta automática del garaje.

-Ahí está, dijo Unai.

Se levantó, y cogió a la mujer por el brazo. -Venga, llévanos al garaje.

La mujer se levantó y, llorando, les guió hasta la puerta que conectaba el interior de la casa con el garaje. En esa puerta esperaron, aproximadamente un minuto, hasta que escucharon el sonido de la puerta automática del garaje cerrándose y, a los pocos instantes, Paco Aizpurúa abrió la puerta interior de la casa.

Paco Aizpurúa se encontró de frente con Unai apuntando a la cabeza de su mujer y, junto a ellos, Ainhoa apuntándole a él con otra pistola.

Durante un segundo, pareció que Paco se iba a lanzar a por ellos. Ainhoa, que lo notó, estuvo a punto de dispararle. Pero finalmente Paco aceptó que nada podía hacer. Ainhoa, por su parte, mantuvo la compostura y simplemente dijo, con una voz sorprendentemente calmada:

-Si haces cualquier estupidez os matamos a los dos. Si nos hacéis caso no os va a pasar nada a ninguno. Solo queremos pedir un rescate.

Ainhoa se acercó a Paco y, sin dejar de apuntarle con la pistola, le entregó unas esposas.

-Póntelas.

Paco dudó, pero miró cómo Ainhoa le apuntaba amenazante, y cómo el cañón de la pistola de Unai estaba a escasos dos centímetros de la cabeza de su mujer, y comprendió que no tenía alternativa. Con torpeza, porque era la primera vez que lo hacía y porque le temblaban las manos, se puso las esposas.

-¿Dónde están las llaves de tu coche?, preguntó Unai.

-Están puestas. Llévatelo si quieres, respondió Paco, sospechando que la oferta no iba a ser suficiente.

-Tú te vienes conmigo. Vamos.

Le empujó con brusquedad hacia el garaje.

Cogió las llaves del contacto, y abrió el maletero.

-Dentro, vamos.

Paco no se movió.

-Venga, métete dentro. Como hagas el gilipollas nos cargamos a tu mujer. Mi compañera se va a quedar aquí con ella por si te da por hacerte el héroe.

-Voy, voy, no nos hagáis daño. Os podemos dar dinero.

-Venga dentro, hostia.

Paco se metió en el maletero, y Unai lo cerró con llave.

Unai volvió al interior de la casa, donde Ainhoa apuntaba a la mujer con el arma.

-Ahora nos vamos a ir, dijo Unai. No llames a la policía hasta dentro de dos horas. Si llamas antes le matamos. Y si nos detienen mandaremos a alguien a por ti.

Unai miró a Ainhoa.

-Nos vamos, le dijo, dedicándole una sonrisa que Ainhoa no pudo ver por culpa del pasamontañas, pero que intuyó.

Según el plan, ahora les tocaba separarse.

Unai volvió al garaje, montó en el asiento del conductor, se quitó el pasamontañas y puso en marcha el coche. Buscó el mando para abrir el garaje, que estaba en el compartimento central, bajo el freno de mano. Pulsó el botón, y la puerta comenzó a abrirse lentamente.

Cuando se abrió del todo, metió primera, y trató de comenzar a avanzar. Pero el coche se caló.

Lo arrancó de nuevo, volvió a meter primera, y esta vez sí que consiguió que avanzase. Sin embargo, el coche era muy grande, demasiado para el tamaño de la puerta y estrechez de la calle. Había que maniobrar para sacarlo.

Unai comenzó a maniobrar con considerable torpeza.

-Putos coches de pijos, pensó, echando de menos el viejo Seat 600 que había conducido desde que se sacó el carné.

Finalmente consiguió sacar el coche, no sin antes rayar el lateral derecho contra el marco de la puerta del garaje.

Cuando el coche estaba completamente fuera, paró y pulsó el mando, para que se cerrase la puerta. Fue en ese momento cuando vió que un hombre de mediana edad observaba sin disimulo a Unai desde la acera de enfrente. Unai dudó qué debía hacer, mientras aguantaba la mirada a aquel hombre. Finalmente optó por ignorarle, y seguir su camino.

El hombre era Imanol Aguirre, un nuevo vecino que se había mudado al barrio tres meses antes. Apenas conocía a Paco y a su mujer, pero tenía claro que ese chico que había salido conduciendo torpemente el coche de Paco no vivía en aquella casa. Como tampoco vivía en aquella casa la jovencita morena y tremendamente guapa que, casi a la par, había salido caminando por la puerta de entrada.

Imanol estuvo tentado de llamar a la puerta de la casa para preguntar si todo iba bien. Pero no se atrevió. No quería llamar, que le dijesen que eran unos sobrinos, y quedar como un cotilla.

No obstante, se dirigió hacia su casa y, sin dar su nombre, llamó a la policía para contarles lo que había visto.

Capítulo 36

El coche que, conducido por Aranda, transportaba a Segundo Marey de vuelta a Francia llegó a Dantxarinea a las diez de la noche. Por el camino habían parado a comprar un abrigo y unas zapatillas deportivas de la talla 42, que era la que había calculado "El Moro" que calzaba Segundo Marey tras comparar sus pies descalzos con los suyos.

Era demasiado pronto, así que estuvieron dos horas parados en una vía de servicio a las afueras de Dantxarinea, haciendo tiempo.

Cuando dieron las doce, Aranda volvió a poner el motor en marcha, y puso rumbo al puesto fronterizo. Era el mismo por el que, doce días antes, "El Moro" y "El Cura" habían metido a Segundo Marey a España.

Esta vez todo estaba debidamente preparado. En el lado francés no había gendarmes (nunca los había en ese paso fronterizo pasadas las doce de la noche), y en el lado español se habían dado instrucciones expresas de que tampoco hubiese vigilancia alguna.

Cuando llegó el coche conducido por Aranda, el puesto fronterizo estaba sumido en una oscuridad total.

"El Moro" y "El Cura" sacaron a Segundo Marey del coche. Estaba consciente, pero mantenía esa mirada perdida que hacía imposible determinar si realmente comprendía lo que estaba pasando.

Lo apoyaron sobre el capó del coche. Aranda se acercó, encendió un cigarro, y se lo ofreció a Segundo Marey. Este lo aceptó.

"El Moro" y "El Cura" completaban el extraño círculo de fumadores que se formó en la oscuridad del paso fronterizo.

Durante dos largos minutos nadie dijo nada. Fue Aranda el que rompió el silencio:

-Vais a tener que llevarle casi a cuestas.

-Sin problema jefe. Hoy hace menos frío que la otra vez. Y al menos esta vez tiene abrigo y zapatillas.

-Dejadle cuando hayáis caminado un par de kilómetros tras pasar la frontera. En un sitio en el que sea fácil que le encuentren. En cuanto le hayáis liberado os volvéis aquí. Es importante que llegue bien.

-Bueno bien… dijo "El Cura". Bien no está ya. Lo que intentaremos será que no llegue peor.

-Pues eso, dijo Aranda. Esto es importante. Que vean esos franceses de mierda que nosotros sí que cumplimos con nuestra palabra.

Aranda se quedó unos segundos contemplando a Marey. Aranda empatizaba con muy poca gente. Pero empatizaba con aquel hombre. Pese a que había hecho a lo largo de su vida cosas mucho peores, y le quedaban por hacer otras tantas, siempre llevaría consigo una pequeña carga por lo que habían hecho pasar a Segundo Marey.

Aranda se acercó lentamente a Segundo Marey.

-Siento mucho todo esto, señor Marey, dijo.

Lo sentía de verdad.

Aranda sacó un papel del bolsillo derecho de su abrigo. Era un papel con un texto escrito a máquina. No lo había escrito Aranda. Se lo habían entregado de arriba. De muy arriba. Pero Aranda estaba muy de acuerdo con su contenido. Se le puso la piel de gallina cuando lo leyó por primera vez.

Aranda desabrochó dos botones del abrigo de Segundo Marey. Introdujo el papel en el bolsillo interior del abrigo, y volvió a abrochar todos los botones.

"El Moro" y "El Cura" cargaron a Segundo Marey, y echaron a andar en dirección Francia. Cruzaron el puesto fronterizo, caminaron unos

doscientos metros por la carretera, y se adentraron en el bosque, perdiéndoles Aranda de vista.

El camino fue muy duro para "El Moro" y para "El Cura". Segundo Marey ni tenía fuerzas para caminar, ni podía apoyar los pies, ni respondía a orden alguna. Así que lo único que pudieron hacer fue llevarle en volandas hasta que encontraron un sitio que les pareció lo suficientemente accesible.

Dejaron a Segundo Marey sentado en el suelo.

-No te muevas de aquí, te vendrán a buscar. Si te mueves no te encontrarán, dijo "El Moro" en francés.

Segundo Marey ni contestó ni miró siquiera a "El Moro".

-¿Pero no ves cómo está? ¿Dónde se va a ir este?, dijo "El Cura".

Una hora más tarde Jean-Baptiste Etcheverry, un policía local de la localidad francesa de Ainhoa, descolgó el teléfono de la comisaría. Era la primera llamada de la noche. Si no hubiese sido por esa llamada seguramente no hubiesen recibido ninguna en todo su turno, ya que era muy poco habitual que hubiese avisos durante el turno de noche.

La llamada la hacían desde la agencia de noticias AFP. Informaban de que un individuo acababa de llamar afirmando que habían liberado a Segundo Marey, el ciudadano francés secuestrado en extrañas circunstancias, en un punto cercano a la frontera entre Ainhoa y Dantxarinea.

Jean-Baptiste no tenía nada más que hacer, así que no se planteó siquiera si existía la posibilidad de que aquello fuese una broma.

Despertó a su compañero, Pierre, que dormía en una butaca de la comisaría, y se dirigieron al punto señalado con el coche patrulla.

Llegaron al punto indicado, pero de primeras no veían allí a nadie. Ahí, por primera vez, Jean-Baptiste se planteó la posibilidad de que fuese un aviso falso.

Se bajó del coche, y comenzó a dar vueltas a los alrededores con su linterna. No veía nada.

-Yo que pensaba que hoy por lo menos tendría una anécdota que contar al llegar a casa, pensaba.

Cuando ya volvía hacia el coche, porque hacía demasiado frío para estar allí dando vueltas, le vió. Su linterna iluminó a Segundo Marey, que seguía exactamente en el mismo lugar en el que le había dejado "El Moro".

A Jean-Baptiste se le heló la sangre. Aquel hombre parecía un fantasma. A la luz de la linterna estaba totalmente pálido. Estaba muy delgado, y lo parecía más todavía en la medida en la que llevaba un abrigo dos o tres tallas más grande de lo que le correspondía. También estaba tremendamente sucio.

Pero, más allá de todo eso, llamaba la atención su mirada perdida. Ni siquiera miraba a Jean-Baptiste, ni a la luz de la linterna. Miraba a la nada. No hizo gesto alguno cuando Jean-Baptiste se le acercó.

-¿Es usted Segundo Marey?

Silencio.

-Tranquilo, ya está usted a salvo.

Jean-Baptiste palpó los bolsillos de aquel hombre en busca de documentación que le confirmase que se trataba efectivamente de Segundo Marey. No encontró nada en los bolsillos exteriores. Pero, palpando, notó que había un papel en el bolsillo interior del abrigo.

Desabrochó dos botones, metió la mano en el bolsillo, y sacó el papel. Lo desdobló y leyó su contenido:

"A causa del crecimiento de los asesinatos, secuestros y extorsiones cometidos por la organización terrorista ETA sobre suelo español, programados y dirigidos desde el territorio francés, nosotros hemos decidido eliminar esta situación. Los Grupos Antiterroristas de Liberación -GAL- fundados a tal objeto, exponen los puntos siguientes:

1. Cada asesinato por parte de los terroristas tendrá la respuesta necesaria, ni una sola de las víctimas permanecerá sin respuesta.

2. Nosotros manifestamos nuestra idea de atacar los intereses franceses en Europa, ya que su gobierno es responsable de permitir actuar a los terroristas en su territorio impunemente.

3. En señal de buena voluntad y convencidos de la valoración apropiada del gesto por parte del gobierno francés, nosotros liberamos a Segundo Marey, arrestado por nuestra organización, a consecuencia de su colaboración con los terroristas de ETA.

Tendrán más noticias del GAL".

El documento tenía un sello en el que aparecía un símbolo casi idéntico al de ETA (una serpiente rodeando un hacha), salvo porque el hacha cortaba la cabeza de la serpiente. Alrededor del símbolo ponía "*Grupo Antiterrorista de Liberación*".

Jean-Baptiste fue la primera persona ajena a la organización que vio ese símbolo y leyó esas siglas. Un símbolo y unas siglas que se convertirían en las más polémicas de la historia reciente de España.

Capítulo 37

Dos guardias civiles de Tolosa se personaron en la casa de Paco Aizpurúa diez minutos después de la llamada telefónica de su vecino.

Llamaron a la puerta. No abría nadie. Volvieron a llamar. Sin respuesta. Hicieron un último intento, esta vez golpeando la puerta al grito de ¡Guardia Civil, abran la puerta!

Abrió la mujer de Paco Aizpurúa. Tenía los ojos empapados de lágrimas, y estaba visiblemente nerviosa.

-¿Qué ha pasado, señora?

-Nada, todo está bien.

-¿Por qué ha estado llorando entonces?

-Nada, nada, cosas mías.

-¿Quiénes eran los jóvenes que han salido de su casa hace veinte minutos aproximadamente?

-Nadie. Aquí solo vivimos mi marido, mis hijas y yo. Y mis hijas no volverán hasta por la noche.

-¿Y su marido?

-Eh, no sé, dijo la mujer, rompiendo a llorar.

-Señora, no podremos ayudarle si no nos dice lo que pasa. ¿Quiénes eran esos jóvenes? ¿Hay alguien dentro de la casa?

-No hay nadie, pueden entrar si quieren.

Los dos guardias no lo dudaron, y aprovecharon el ofrecimiento para entrar en la casa y comprobar qué estaba pasando allí. Porque era evidente que algo pasaba.

Era verdad que en la casa no había nadie. Tampoco había signos de violencia. No había nada roto, y todo estaba perfectamente ordenado.

-Señora, díganos qué pasa o no podremos ayudarle.

-¡Se lo han llevado, han venido dos chicos y se lo han llevado!

-¿A su marido?

-Sí, en su coche, sollozó la mujer. Me dijeron que si os avisaba le matarían a él, a mis hijas y a mí.

-¿Estaba su marido amenazado por ETA?

-¿Creen que ha sido la ETA? Le habían pedido varias veces el impuesto. Pero él habló con ellos, les explicó que no teníamos el dinero que pedían.

-¡Jorge!, gritó el guardia civil que estaba hablando con la mujer al otro, que estaba en el garaje.

-Dime, dijo Jorge apareciendo en el salón.

-Es ETA, estaba amenazado por el impuesto. Da el aviso.

Para cuando el guardia civil dio el aviso hacía veinticinco minutos que Unai y Ainhoa habían abandonado la casa.

Según lo planeado, Unai conducía en dirección a la empresa de Paco Aizpurúa, donde habían acordado que le matarían y dejarían el cuerpo. La empresa se encontraba en un lugar bastante alejado y tranquilo, ya que a esas horas nunca había nadie trabajando. Además, Ainhoa y Unai coincidían en que era de justicia que su vida terminase en el lugar en el que, por pura avaricia, habría explotado a tantos trabajadores.

Ainhoa conducía hacia el mismo lugar, pero a bordo de su coche, que había dejado aparcado en las inmediaciones de la casa de Paco Aizpurúa. Se reuniría con Unai en la parte trasera de la fábrica, terminarían el trabajo, y huirían en el coche de Ainhoa.

El trayecto de ambos transcurrió sin incidentes. Unai llegó primero. Detuvo el coche detrás de la fábrica, y apagó el motor.

Ainhoa llegó cinco minutos después. Detuvo su coche en paralelo al de Paco Aizpurúa y apagó las luces, dejando el motor en marcha. No estarían allí mucho tiempo, y había que estar preparados para salir rápido.

Rodeó su coche y fue junto a Unai, que estaba pegado al maletero del coche de Paco Aizpurúa, con las llaves ya metidas en la cerradura.

-Como lo hemos hablado, ¿vale?, dijo Unai. Tú abres y yo disparo. Su corazón palpitaba a toda velocidad.

Ainhoa asintió, también nerviosa. Dudó dónde colocarse exactamente, Primero se alejó unos pasos. Después se acercó todo lo que pudo al maletero. Dentro no se escuchaba nada. Recordó que Unai le había insistido mucho durante la preparación en que debía tener cuidado al abrir el maletero. Por si acaso algo salía mal, echó una mano a la pistola que llevaba en la cintura.

-Voy a abrir, dijo Ainhoa cuando reunió el valor suficiente.

-Venga, dijo Unai, apuntando con su pistola hacia el maletero. Échate para atrás en cuanto abras.

Ainhoa abrió el maletero. Paco Aizpurúa, valiente, y sabedor de que aquellos eran sus últimos segundos de vida, trató de escapar saltando del maletero. Sin embargo, cayó al suelo, quedando boca abajo.

Unai apuntó hacia su nueva posición. Era un tiro franco, sin posibilidad de fallo. Pero pasaron tres segundos, y Unai no apretaba el gatillo. Pasaron cinco segundos, y seguía sin hacerlo.

Paco Aizpurúa, sin entender por qué no estaba todavía muerto, vio una nueva oportunidad para salvar su vida. Comenzó a levantarse, con intención de echar a correr.

Pero entonces sí que llegó el ruido seco y ensordecedor de un disparo.

Paco cayó al suelo. La bala entró por detrás de su oreja derecha, y salió por la frente. Murió en el acto.

Unai levantó la cabeza, y miró incrédulo a Ainhoa. Había sido ella la que había disparado. Ainhoa, también incrédula, miraba al cuerpo sin vida de Paco Aizpurúa.

Quién sabe cuántos segundos más hubiesen pasado así, con Unai mirando a Ainhoa, y Ainhoa mirando el cadáver de Paco Aizpurúa, si una sirena de la Guardia Civil no hubiese comenzado a sonar en la lejanía.

-¡Nos vamos!, dijo Unai, corriendo hacia el coche.

Ainhoa no reaccionaba.

-¡Nos vamos, hostia!, gritó Unai.

Ainhoa reaccionó por fin, y caminó hacia el asiento del piloto, como sin excesiva prisa.

Capítulo 38

Unai y Ainhoa permanecieron varios minutos en silencio. Una vez que habían confirmado que nadie les seguía, y que habían salido a la carretera nacional, Unai rompió el silencio:

-Iba a disparar yo.

-No ibas a disparar, Unai. He disparado porque no ibas a disparar.

-Tenías que ser protagonista. ¿Sabes en qué posición me deja a mí lo que has hecho?, dijo Unai elevando la voz, mientras golpeaba con violencia el salpicadero.

-Yo no tenía ninguna gana de disparar. He visto que se levantaba, tú no disparabas, y he disparado. Ya está.

-¡Joder! ¡joder!, ¡no me lo puedo creer!. No me esperaba que tú me hicieses esto.

-Unai, ¡para! ¡hostia! Yo no te he hecho nada. Ni siquiera te he preguntado por qué cojones no has disparado.

-¡Iba a hacerlo, joder! ¡Iba a hacerlo!

-Pues vale, has tardado y lo he hecho yo. ¿Qué coño pasa por eso? ¿Te hiere a tu orgullo de machito que lo haya hecho una tía?

Los ojos de Unai se humedecieron. Ainhoa lo notó, y no quiso continuar la discusión. Pero ella también estaba cabreada. Y creía tener toda la razón del mundo para estarlo.

Acababa de matar a una persona. A una persona que representaba todo lo que ella detestaba, y que seguramente lo merecía, pero a una persona al fin y al cabo.

Lo había hecho pese a llevar semanas con dudas sobre lo que estaba haciendo. Sobre si se estaban eligiendo bien los objetivos. Sobre el papel que tenía que tener ella en todo aquello. Y lo había

hecho, también, pese a que se suponía que no sería ella, sino Unai, la que apretaría el gatillo.

Quizás, si Unai no hubiese aparecido en su vida, no hubiese ido más allá de lo del capitán Martín Barrios. Quizás habría intentado recuperar su vida de siempre, que le gustaba, y que había sacrificado para luchar por sus ideales. Quizás, sin Unai en la ecuación, hubiese concluido que tanto sacrificio no merecía la pena.

Y sin embargo estaba allí, en medio de la noche, conduciendo hacia la frontera, y tras haber dado un paso de no retorno. Había pegado un tiro en la cabeza a un hombre. Y encima la persona a la que más quería, a la que creía estar quitando un peso de encima al disparar ella, le estaba reprochando haberlo hecho.

Aquello era demasiado. Se sentía a punto de estallar. A punto de decirle a Unai cosas que quizás no pensaba realmente, de las que luego se arrepentiría, y que podrían hacer saltar todo por los aires. Así que decidió callar. Dejar toda su rabia dentro. Y confiar en que Unai no continuase diciendo gilipolleces que terminasen definitivamente con su paciencia.

Unai, por su parte, también decidió callar. Pero sus motivos para callar eran muy distintos de los de Ainhoa.

Él calló porque sabía que Ainhoa tenía razón. Él no había disparado porque no había podido. Si Ainhoa no lo hubiese hecho, seguramente aquel hombre hubiese escapado.

Era un cobarde. Lo de la noche del capitán Martín Barrios no había sido un mal día. Se había tratado de convencer de que había sido culpa del cambio de planes, de que le había impresionado porque no había tenido tiempo para mentalizarse de que iba a suceder. Pero en el fondo siempre había sabido lo que había constatado esa noche: no tenía cojones para disparar a un hombre. Y en cambio esa mujer con la que quería compartir su vida, que apenas pesaba cincuenta kilos, sí que los tenía.

Nunca se había sentido tan humillado. Aunque dijese lo contrario, no culpaba a Ainhoa. Ainhoa había hecho lo que tenía que hacer. Se culpaba a sí mismo. Se odiaba a sí mismo.

Su cabeza iba a toda velocidad. Imaginaba las repercusiones que tendría aquéllo. Daba por sentado que Ainhoa no seguiría con él. Las mujeres como ella no están con cobardes. Y tampoco podría seguir en la organización. Ya había hecho suficientemente el ridículo. Sentía que esa noche había perdido las dos únicas cosas que le importaban.

Pero Ainhoa, mucho más práctica que él, interrumpió sus pensamientos derrotistas.

-¿Cómo vamos a cruzar la frontera?, preguntó. La mujer habrá avisado ya a los *txakurras*.

Unai recordó la imagen del vecino de Paco Aizpurúa mirándole fijamente, y cayó en la cuenta de que no había compartido ese detalle con Ainhoa.

-A mí me ha visto un vecino sacando el coche, ha dado la información a los *txakurras* seguro. A ti no te han visto. Y estarán buscando a una pareja. Te dejo en Irún, cruzas tú sola en tren, y yo me apaño.

-¿Eres tonto? Estamos en esto juntos. O cruzamos los dos o no cruzamos ninguno.

-De verdad, prefiero que cruces tú sola. Nunca me perdonaría que te pillasen. Te dejo en la estación y yo cruzo por alguna carretera secundaria.

-Unai, no voy a cruzar yo sola. No va a pasar, olvídate de esa gilipollez.

Unai pensó durante unos segundos. Estaba claro que no iba a convencer a Ainhoa. A cabezona no le ganaba nadie.

-¿Cruzamos por el puente de Endarlatsa?, dijo finalmente.

-Tú mandas, eres el que sabe, dijo Ainhoa, sabedora de que el comentario ayudaba a sanar el orgullo herido de Unai.

Capítulo 39

Unai y Ainhoa salieron de la Nacional I tomando el desvío hacia Oiartzun. El camino más directo hacia Francia era seguir hasta Irún, y atravesar el puente de Behobia. Ese era el paso fronterizo más rápido. Pero ello lo convertía también en el más vigilado. Si, como sospechaban, la mujer o el vecino de Paco Aizpurúa habían avisado ya a los *txakurras*, era probable que tratasen de interceptarles antes de cruzar la frontera.

Quizás ni siquiera habían avisado a los *txakurras*. O no les habían vinculado con ETA. O no tenían suficiente información para identificarles. Pero, por si acaso, convenía que cruzasen por el lugar más discreto posible.

El desvío que tomaron les permitiría acceder a una carretera secundaria que serpenteaba siguiendo el río Bidasoa, que en esa zona marca la frontera con Francia.

Unai sabía que el desvío era uno de los puntos delicados. Varios compañeros habían caído ahí, pues los *txakurras* solían establecer controles para tratar de identificar etarras que lo tomaban para evitar el paso fronterizo de Behobia y cruzar por un lugar menos vigilado. Que lo tomaban, en definitiva, para hacer exactamente lo que estaban intentando hacer ellos.

Tuvieron suerte. Tomaron el desvío, y se incorporaron a la carretera vieja de Endarlatsa, sin dificultades.

Los dos respiraron aliviados. Estaban ya muy cerca de Francia. En línea recta, a unos pocos metros. Pero para llegar al puente de Endarlatsa, por donde cruzarían el río y entrarían en Francia, debían recorrer tres kilómetros de carretera en dirección sureste.

El puente habitualmente no tenía vigilancia, ni en el lado francés ni en el lado español.

Cuando les quedaban dos kilómetros para llegar al puente cogieron una curva a la derecha y vieron un resplandor azul intermitente. Una vez completada la curva, confirmaron con horror que ese resplandor venía de un coche de la Guardia Civil. Estaba parado en el andén derecho de la carretera. En el carril derecho había varios coches en fila, esperando para superar el control.

-¡Joder!, exclamó Ainhoa. Un control. ¿Qué hago?

-Ponerte en la fila, qué vas a hacer. Tranquila, yo creo que es un control rutinario. Ni siquiera sabemos si nos están buscando.

Ainhoa se puso en la fila de coches que esperaban para cruzar el control. Tenían cuatro coches delante.

El primero de la fila estaba siendo revisado con intensidad por los dos agentes. Habían hecho bajar al conductor, y abrir el maletero. Tras no encontrar nada, los agentes le pidieron que continuase.

El siguiente coche tuvo una revisión mucho más rápida. Los agentes le dejaron continuar sin apenas prestarle atención. Lo mismo sucedió con el coche al que le tocó inmediatamente antes que al suyo.

Tras una espera de dos minutos que les pareció una eternidad, les tocó el turno a ellos. Ainhoa movió el coche hasta alcanzar la altura del guardia civil que efectuaba el control, y bajó la ventanilla.

-Buenas noches, le dijo el guardia civil a Ainhoa. Deme su documentación y la del vehículo.

-Buenas noches, dijo Ainhoa, haciendo sus mejores esfuerzos por mantener la compostura. Claro.

Ainhoa miró a Unai. -¿Me la pasas, por favor? Está en la guantera.

Unai sacó la documentación de la guantera y se la pasó a Ainhoa. Esta, a su vez, se la entregó al agente.

El agente miró el DNI de Ainhoa. Tras ello, la miró fijamente a la cara. Luego otra vez al DNI. De nuevo, a la cara.

-Baje del vehículo, por favor, dijo el guardia civil.

Muchas cosas pasaron por la cabeza de Ainhoa en ese momento. Pero lo que hizo no era una de esas cosas. Lo que hizo lo hizo sin pensar. Una mezcla de pánico e instinto de supervivencia le llevaron a soltar el embrague -que siempre había mantenido pisado, con la marcha metida-, y a pisar el pedal del acelerador hasta que su viejo Renault 4L salió lanzado hacia delante con toda la violencia que le permitían sus escasos 34 caballos de potencia.

Aquel movimiento cogió a todos los implicados, incluyendo a la propia Ainhoa, desprevenidos.

El primero en reaccionar fue el segundo guardia civil presente en el control, que se encontraba en ese momento al lado del coche patrulla. En un movimiento rápido, sacó su arma reglamentaria y disparó tres veces hacia el Renault 4L de Ainhoa. Dos de las tres balas impactaron de lleno en la luna trasera del coche, haciéndola añicos.

Ainhoa, al escuchar el ruido de cristales rotos, se agachó instintivamente, apartando la vista de la carretera. Cuando, apenas dos segundos después, volvió a mirar a la carretera, vio que estaba a punto de salirse de la calzada y de estrellarse contra un árbol. Dio un volantazo, un frenazo y, de milagro, consiguió mantener el coche en la carretera. Se quedaron parados en medio de la carretera, invadiendo ligeramente el carril contrario.

Unai miró por el retrovisor. Los guardias civiles corrían hacia el coche patrulla, sin duda con intención de salir tras ellos.

-Vienen detrás. ¡Tira, tira!, dijo.

Ainhoa reanudó la marcha y siguió conduciendo todo lo rápido que se atrevía y le permitían su coche y la complicada carretera.

Los segundos que los guardias civiles tardaron en reaccionar, montar en el coche y ponerse en marcha permitieron a Ainhoa y a Unai ganar una distancia considerable.

El inicio de la persecución lo marcó el encendido de las sirenas del coche patrulla.

Ainhoa conducía rápido. Mucho más rápido de lo que le gustaría, y muy por encima de sus posibilidades.

Pese a ello Unai, que miraba constantemente hacia atrás, veía el coche patrulla cada vez más cerca.

-Más rápido, se están acercando mucho.

-Voy todo lo rápido que puedo.

No era suficiente. El coche patrulla, mucho más potente que el Renault 4L de Ainhoa, estaba ya casi a su altura. Se colocó en el carril izquierdo, con la intención de cruzarse y obligar a Ainhoa a elegir entre frenar, chocar o salirse de la carretera. Cuando ambos coches estaban casi en paralelo, otro coche apareció en sentido contrario. El guardia civil que conducía tuvo que dar un gran frenazo, acompañado por un volantazo que le permitió evitar la colisión por los pelos.

El incidente permitió a Ainhoa volver a ganar distancia. Miró por el espejo retrovisor y vió cómo el coche de la Guardia Civil volvía a ponerse en marcha. La diferencia de potencia entre los dos vehículos, y la mayor pericia al volante del guardia civil, volverían a permitirle alcanzar el Renault 4L de Ainhoa en un máximo de dos minutos.

Pero no quedaban dos minutos de persecución. El coche de Ainhoa cruzó a toda velocidad el puente de Endarlatsa. Un cartel blanco a la izquierda de la carretera recordaba que cruzar ese puente implicaba entrar en Francia.

Unai miraba constantemente el espejo retrovisor central, esperando a que el coche de la Guardia Civil llegase al puente y que pasase lo que tenía que pasar. Finalmente, Unai vió cómo el coche de la Guardia Civil llegaba al puente, y cómo efectivamente lo que Unai esperaba que pasase, pasó. El coche de la Guardia Civil se detuvo. No podían continuar la persecución.

Ainhoa y Unai ya estaban en territorio francés, y allí eran intocables.

Capítulo 40

Dos días después de la liberación de Segundo Marey y consecuente presentación pública de los GAL, Baquero y Aranda volvieron a verse en el Café Continental. Como en casi todas las citas que ambos habían tenido durante los meses anteriores, bajo la mesa había una bolsa de deporte llena de dinero procedente de los fondos reservados del Estado.

-Tengo dos nombres nuevos, dijo Baquero. Un pez mediano y uno muy gordo.

Baquero entregó a Aranda un papel en el que aparecían los dos nombres con sus respectivas direcciones.

-Qué ganas tengo a ese hijo de perra, dijo Aranda tras leer el nombre del pez gordo. El otro no sé quién es.

-Pues el don nadie va primero. Es un cabrón que ha estado implicado en un par de coches bomba. La dirección es del bar de Bayona en el que trabaja como camarero.

-¿De dónde has sacado las direcciones?, preguntó Aranda.

-Digamos que la Guardia Civil de Intxaurrondo está comprometida y haciendo un buen trabajo. No te puedo decir más.

-Ni falta que hace. ¿Para estos también secuestro?

-No, hay que aprovechar el tirón y generar más caos en Francia. Esta vez que los maten.

-Joder con los socialistas, jefe. Al final voy a tener que votarles. Desde luego le están echando cojones.

-Ya te dije que esta vez iba en serio. Lo que pasa es que nunca te fías de mí y no haces más que protestar.

-No me lo tengas en cuenta, jefe.

-¿A quién se lo vas a encargar?

-Si me dejas, a "El Moro" y "El Cura". Al final su cagada salió bien. Estaré más encima de ellos.

-Lo que tú digas, tú mandas sobre el terreno. Pero que no la vuelvan a cagar.

Capítulo 41

Manuela, con el permiso de su jefa, decidió tomarse un merecido descanso tras una mañana de intenso trabajo. Salió del local de Sederías de Oriente en el que trabajaba, con el propósito de tomar un poco el aire y fumar un cigarro. No podría extenderse más de cinco minutos, porque había mucha faena.

Sederías de Oriente estaba en un emplazamiento privilegiado en el Boulevard de San Sebastián. A esa hora, doce menos cuarto de la mañana, el Boulevar estaba repleto de gente.

Manuela se apoyó levemente sobre la cristalera del local. Llevaba cinco horas de pie, y cualquier pequeño punto de apoyo era agradecido por sus doloridos pies. Encendió un cigarro y se dispuso a contemplar a la gente pasar, una de sus actividades preferidas.

Se fijó en una pareja de policías nacionales que caminaban por el Boulevar. En realidad se fijó en uno de ellos. Le había visto caminando por el Boulevar varias veces durante las dos semanas anteriores, siempre de uniforme. Siempre iba con el mismo compañero. Manuela les había bautizado, para sus adentros, como el "Poli feo" y el "Poli guapo". Ella se fijaba, claro, en el "Poli guapo".

Cuando el "Poli feo" y el "Poli guapo" estaban casi a la altura de Manuela -y Manuela esperaba a que pasasen para poder evaluar la parte trasera del "Poli guapo"- vió cómo se acercaban a ellos dos guardias municipales. Los guardias municipales caminaban detrás de los policías nacionales, a un ritmo ligeramente superior al suyo, como pretendiendo alcanzarles.

-Seguro que ya ha habido algún robo y van a avisarles, pensó Manuela.

Los guardias municipales alcanzaron a los policías nacionales a escasos tres metros del lugar en el que estaba Manuela. De forma perfectamente coordinada, los dos guardias municipales sacaron sus

pistolas y, por la espalda, comenzaron a disparar. Uno apuntaba al "Poli guapo", el otro al "Poli feo". Manuela contó cinco disparos.

El "Poli guapo" cayó al suelo, creando de inmediato un charco de sangre. El "Poli Feo" logró mantenerse en pie y, tras dar algunos pasos sin rumbo, se apoyó sobre el mismo escaparate en el que estaba Manuela, dejándose caer hasta sentarse en el suelo, con la espalda apoyada en el escaparate.

Los dos guardias municipales continuaron caminando calle abajo, como si la cosa no fuera con ellos. Pronto se perdieron entre la multitud.

Alrededor de Manuela reinaba el caos. La gente gritaba. El "Poli guapo" estaba en el suelo, claramente muerto, y rodeado de cada vez más sangre. El "Poli feo" agonizaba junto a Manuela. Un tercer hombre que pasaba por allí había sido alcanzado, de refilón, por una de las balas, y estaba también en el suelo, algo ensangrentado.

Manuela no se había agachado para atender al "Poli feo", pese a que se encontraba sentado a menos de dos metros de ella. No porque no quisiera, sino porque no terminaba de asimilar lo que había pasado.

Los dos hombres que habían disparado se montaron en el coche de la Guardia Municipal que habían dejado aparcado en el propio Boulevard. Pusieron las sirenas y, ahora sí a gran velocidad, huyeron por la calle Hernani.

Dejaron el coche de la Guardia Municipal a unos kilómetros de allí. Antes de salir del coche los dos hombres se quitaron las chaquetas y gorras de la Guardia Municipal que llevaban puestas, y dejaron en los asientos delanteros del coche las pistolas que habían utilizado.

Montaron en un Renault R-5 de color azul metalizado, en el que esperaba Mikel.

-Han sido los peores treinta minutos de mi vida, bromeó Aitor. Qué puto asco llevar ese uniforme.

-No te quedaba mal, ¿eh?, continuó bromeando Mikel.

-Anda tira, dijo Aitor. Vámonos de aquí que estaba ya el Boulevar lleno de *txakurras*.

Esa mañana, a las nueve y media, Mikel había hecho una llamada a la Guardia Municipal de San Sebastián, avisando de que había un hombre desnudo, aparentemente borracho, en el Monte Ulía. Enviaron a dos agentes municipales desarmados para que se ocupasen del borracho. Cuando estos llegaron al punto indicado Mikel, ataviado con un pasamontañas y apuntándoles con una pistola, les sorprendió y obligó a caminar hacia un lugar más apartado. Allí les esperaban Aitor y Xabi, también con pasamontañas.

Entre los tres desnudaron a los agentes, y les ataron con cadenas a unos árboles. Les quitaron las llaves, Aitor y Xabi se pusieron los uniformes, y se montaron en el coche de la Guardia Municipal. Tras ello pusieron rumbo hacia el Boulevar, donde estaban sus verdaderos objetivos de ese día.

El "Poli guapo" murió en el acto. El "Poli feo" tuvo más suerte y, tras ocho meses ingresado en el hospital de San Sebastián, sobrevivió.

Capítulo 42

En diciembre de 1983 los refugiados vascos no se sentían en Iparralde tan seguros como se sentían solo unos meses antes.

El gobierno francés seguía sin perseguir, ni mucho menos extraditar a España, a los miembros de ETA. Ningún etarra, por mucha gente que hubiese matado en España, sería arrestado en Francia.

Pero eso poco importaba si el autodenominado GAL amenazaba con actuar contra los refugiados. O, mejor dicho, seguir actuando.

El comunicado encontrado en el bolsillo del abrigo de Segundo Marey había explicado muchos de los acontecimientos que los refugiados habían vivido con preocupación los meses anteriores. El intento de secuestro a Torka en Hendaya por policías españoles. La desaparición de Lasa y Zabala, cuyo paradero seguía siendo desconocido pero a los que muy pocos tenían esperanza de encontrar con vida. El propio secuestro de Segundo Marey.

El sur de Francia ya no era el paraíso *abertzale* que solía ser. El Comité de Refugiados les había pedido a todos que extremasen las precauciones.

La mayoría de refugiados, no obstante, seguían sintiéndose razonablemente seguros en Francia. Solo tomaron medidas drásticas de protección los altos cargos de la banda, y aquéllos a los que los secuestros y desapariciones les habían tocado de cerca.

Gaizka Otaola pertenecía a este segundo grupo. Era un cargo intermedio de ETA, pero nunca había sido detenido y no estaba fichado. Se había mudado a Iparralde por tranquilidad, pero cruzaba con frecuencia la frontera sin necesidad de tomar protección alguna.

Pese a ello, estaba preocupado por la situación porque las actuaciones de los GAL le habían tocado de cerca. Era uno de los mejores amigos de Joxean y de Joxi. Estaba convencido de que esos

GAL eran los responsables de la desaparición de sus amigos, y también de que desafortunadamente no les volvería a ver con vida.

Había estado en varias manifestaciones en protesta por su desaparición, tanto en Francia como en España. Había estado en casa de sus amigos en Tolosa consolando a sus padres, y tratando de transmitirles las esperanzas que él mismo no tenía. Habían sido semanas muy duras.

Gaizka no creía que él, personalmente, estuviese en peligro. Bastante mala suerte había sido ya que les hubiese tocado a dos de sus mejores amigos. Pero, por si acaso, estaba preparado. Desde que Joxean y Joxi habían desaparecido llevaba siempre su pistola encima. Si esos hijos de puta de los GAL se acercaban a él, no le cogerían desprevenido.

Gaizka trabajaba como camarero en el bar *Kayetenia* de Bayona, muy frecuentado por refugiados vascos. El día 19 de diciembre a las siete y veinticinco de la tarde Gaizka estaba, como tantos otros días a esa hora, terminando de recoger el establecimiento para cerrar a las siete y media. Tenía prisa, porque había quedado con unos amigos, también refugiados, para tomar unos vinos.

A las siete y veintiséis entraron al bar dos hombres. Gaizka, que estaba debajo de la barra ordenando botellas, oyó el ruido de la puerta abriéndose y cómo entraban los dos hombres.

-Está cerrado, dijo desde debajo de la barra, sin levantarse a mirar.

No obtuvo respuesta.

Gaizka se levantó y, antes de que pudiera ver siquiera a los dos hombres, "El Cura" le pegó un tiro en el pecho. Gaizka se tiró al suelo y, protegido por la barra, aprovechó para coger su pistola. Una vez que la tuvo, se armó de valor, se levantó, y comenzó a disparar hacia "El Moro" y "El Cura" todo lo rápido que le permitió su pistola. Solo le dio tiempo a disparar dos veces. Las balas, por pura casualidad, pasaron entre "El Moro" y "El Cura", sin llegar a herirles.

Estos dispararon a su vez a Gaizka, impactando otras dos balas -una disparada por "El Cura" y otra por "El Moro"- en su pecho. Tres balazos fueron demasiado para Gaizka, que cayó muerto tras la barra.

"El Cura" se acercó a la barra para comprobar que Gaizka estaba muerto. Tras corroborarlo, echó un vistazo a las botellas que Gaizka había estado colocando detrás de la barra. Identificó una botella de Armagnac, un brandy de la zona del que había escuchado hablar bien pero que nunca había probado. Cogió la botella y, junto a "El Moro", salieron del bar y montaron en el coche como si nada hubiese pasado.

Una hora después, cuando ya estaban a una distancia prudente, "El Moro" llamó al periódico local *Sud-Oest* y trasladó el mensaje que le había dado Aranda:

> Llamo en nombre de los GAL. Hemos matado al etarra Gaizka Otaola. En las próximas semanas continuarán los ataques contra los terroristas de ETA escondidos en Francia.

El asesinato de Gaizka generó gran polémica entre la comunidad de refugiados.

Era el primer asesinato confirmado de los GAL. Gaizka era, además, muy querido entre la comunidad de refugiados.

Unos 150 refugiados salieron a la calles en Bayona esa misma noche, en cuanto se enteraron de su asesinato, para mostrar su repulsa. Fueron bar por bar exigiendo a los dueños el cierre inmediato en solidaridad con su amigo asesinado.

En la puerta de uno de esos bares uno de los refugiados observó que había un coche con matrícula española, y una pequeña pegatina con la bandera de España junto a la matrícula trasera. Se lo comunicó a varios de sus compañeros, que empezaron a patear el coche.

Los dueños del coche eran cuatro jóvenes asturianos que se encontraban de vacaciones, y que salieron de inmediato del bar al ver cómo una multitud pateaba su coche.

-Parad joder. ¿Qué coño hacéis?, se atrevió a gritar el dueño del coche.

Las patadas cesaron por un instante. El grupo de refugiados observó al grupo de *espaloniak*, que a su vez mantuvo la mirada, aunque arrepintiéndose todos ellos de haber salido en lugar de simplemente haber permitido que pateasen el coche.

-¡Han sido ellos!, gritó uno de los refugiados. ¡Son putos *txakurras*!

Por un momento los cuatro asturianos, que evidentemente no sabían siquiera de qué les estaban acusando, pensaron que iban a ser linchados. Afortunadamente para ellos, antes de que la cosa fuese a más el sonido de una sirena de policía comenzó a acercarse, lo que provocó la huida del grupo de refugiados.

Al día siguiente más de 1.500 personas, en su mayoría refugiados, se manifestaron en Bayona en repulsa por el asesinato de Gaizka. Otras 700 se manifestaron en Hendaya. En las manifestaciones se escucharon muchos gritos contra el Estado criminal español, al que los manifestantes acusaban de estar detrás de los GAL. Se escucharon también múltiples gritos de *Gora ETA*. Ambas manifestaciones terminaron en sendas batallas campales entre los refugiados y la policía francesa.

Gaizka fue enterrado el día 22 de diciembre en su Azkoitia natal. Su madre, rota de dolor, cerró el funeral diciendo:

-Espero que mi hijo sea el último.

Capítulo 43

Unai y Ainhoa asistieron a la manifestación en Hendaya en protesta por el asesinato de Gaizka. No le conocían, pero a los dos les había impactado mucho la noticia. Era un compañero, algo mayor que ellos, al que ese grupo desconocido llamado GAL había asesinado por luchar por sus ideales.

Habían pasado ya más de dos semanas desde que habían matado a Paco Aizpurúa, de la posterior discusión en el coche de camino a Francia y de la persecución por parte de la Guardia Civil.

Los primeros días tras todo aquello fueron muy difíciles. Los dos estaban llenos de dudas. Dudas que no se atrevían a compartir con el otro pero que, si no compartían, probablemente les terminarían alejando.

Finalmente, fue Ainhoa la que dio el paso. Tras posponerlo varios días, Ainhoa decidió que era el momento de tener aquella conversación.

Lo hizo durante un paseo al atardecer junto a la playa, que había forzado con ese propósito.

-¿No crees que nos equivocamos?, preguntó Ainhoa, sin anestesia.

-¿Cuándo?

-Cuando decidimos participar en el secuestro de Martín Barrios, y después, cuando aceptamos hacer lo de Paco Aizpúrua.

-¿Por qué sales ahora con eso?

-No es ahora. Ya lo pensé después de lo de Martín Barrios. No creo que estemos cambiando nada con lo que estamos haciendo. Y mira, lo que tenemos ahora es a Gaizka muerto. Y a los otros dos chicos, Joxi y Joxean, a saber dónde.

-Pues yo creo que lo de Gaizka, y lo de Joxi y Joxean, lo que muestra precisamente es que hay que seguir con la lucha.

-Quizás sin lo de Martín Barrios nada de eso habría pasado.

-O habría pasado igual. Y lo de Martín Barrios no habría pasado si unos *txakurras* no hubiesen intentado secuestrar a Torka. O si un tribunal militar no fuese a juzgar a unos compañeros en esta supuesta democracia. Te recuerdo que, al que menos, le han condenado a cuarenta años.

-No estoy diciendo que haya que dejarlo completamente. Pero no sé si lo estamos haciendo de la forma correcta. Y también tengo miedo por nosotros. No estamos los dos ahora mismo en una cárcel española de puro milagro. No sé si merece la pena.

Los dos se mantuvieron en silencio durante un minuto.

-Quiero que vivamos los dos tranquilos en Rentería. Te encantaría aquéllo, dijo Ainhoa.

-¿Y crees que a mí no me gustaría? Pero eso sería egoísta. No podemos pretender quedarnos mirando mientras otros hacen el trabajo. Y menos ahora, que esos cabrones ya no se cortan y están matando a nuestros compañeros. Además, no podemos volver a *Hegoalde*, no sabemos si nos están buscando.

De nuevo, hubo unos segundos de silencio.

-No lo parece, dijo Ainhoa. Hablé con mi madre y nadie ha ido por allí buscándome.

-En todo caso, aunque quisiéramos y pudiéramos volver a *Hegoalde*, no es tan fácil salirse, continuó Unai. ¿Y qué íbamos a hacer con nuestra vida? Esto es lo que yo siempre he querido hacer.

-Podemos hacer mil cosas.

-Y quiero demostrarte que no soy un cobarde. Aquello que pasó no va a volver a pasar.

-A mí no me tienes que demostrar nada. Ya sé que no eres ningún cobarde. Eres tú el único que piensa eso.

-No sé, Ainhoa. Yo no me veo haciendo otra cosa. Quiero seguir en la lucha.

-Podemos seguir en la lucha, pero de forma distinta.

-No creo que haya otra forma.

-Bueno, vamos por lo menos a pensarlo, ¿vale?, insistió Ainhoa.

Capítulo 44

Ese mismo día 28 de diciembre, a la misma hora en la que Unai y Ainhoa mantenían esa conversación, *Txapela* acababa de aparcar su coche en las inmediaciones de su domicilio en la urbanización *Cité du Lac*, en San Juan de Luz. Iba acompañado de su pareja y de sus dos hijas.

La familia salió del coche, y se dirigieron hacia el portal del edificio en el que vivían desde que habían dejado Biarritz.

Txapela llevaba todo el día con una sensación extraña. Por la mañana, cuando había bajado a comprar el pan, se había vuelto sin comprarlo, porque se había encontrado en la entrada del portal con un tipo de lo más sospechoso. Luego, cuando había salido de casa en coche con toda la familia, le había parecido que un coche les seguía, aunque desapareció a los pocos minutos.

Txapela tomaba muchas menos precauciones que otros altos cargos de ETA. Era un hombre muy seguro de sí mismo, que no creía estar en peligro. No creía que nadie se fuese a atrever a hacerle nada en Francia. Ya se había mudado desde Biarritz a San Juan de Luz por precaución. Prácticamente nadie sabía que estaban allí. Joxi y Joxean nunca dirían nada. No tenía una sensación general de peligro.

Pero aquel día estaba siendo distinto. Tenía un mal presentimiento. Quería llegar a casa.

Cuando estaba ya en la pequeña plaza que daba acceso a su portal, le pareció ver unas sombras a lo lejos. Le pareció que algo se había movido detrás de unos arbustos situados a unos ochenta metros de allí.

Redujo el ritmo levemente, y forzó la vista para tratar de distinguir algo entre la oscuridad de aquellos arbustos. Solo pudo hacerlo un par de segundos porque, en ese momento, una bala atravesó su cabeza. En lo que tardaba en caer al suelo hubo tres disparos más, de los cuáles le alcanzaron dos.

"El Cura" sonrió detrás de los arbustos.

-Te lo dije, dijo a "El Moro", que estaba a su lado. Te dije que le daría desde aquí.

"El Cura" se echó el rifle con el que acababa de disparar a la espalda, y montó de paquete en la moto en la que habían ido hasta allí. "El Moro" arrancó la moto, y desaparecieron de allí sin que nadie les viese.

Txapela estaba en el suelo. Su pareja se abalanzó sobre él entre lágrimas. Comprobó que estaba vivo, y pidió auxilio en francés:

-*Une ambulance! On lui a tiré dessus!* (¡Una ambulancia! ¡Le han disparado!).

Las hijas de *Txapela* contemplaban atónitas la escena, sin terminar de comprender qué le había pasado a su padre.

Txapela murió en el hospital pocos días después. Su asesinato provocó multitud de protestas y manifestaciones. La más multitudinaria atravesó el Boulevard de San Sebastián, en el que pocos días antes había sido asesinado el "Poli guapo" en presencia de Manuela, la dependienta de Sederías de Oriente.

Las manifestaciones estuvieron plagadas de insultos contra la Policía Nacional y la Guardia Civil. También contra el PSOE. Y también de gritos de *Gora ETA!*

El cuerpo de *Txapela* fue incinerado en Burdeos el día de Reyes de 1984. Sus cenizas serían esparcidas por distintos puntos de *Euskal*

Herria. Un dirigente de *Herri Batasuna* amigo de la familia asumió personalmente el encargo.

Fue la pareja de *Txapela* la que insistió en que fuera incinerado, algo nada habitual en aquella época. Insistió en que debía ser así, y que sus cenizas debían ser repartidas por *Euskal Herria*, porque "*el cuerpo de Txapela no le pertenecía a ella, ni siquiera a sus hijos, sino al pueblo por el que luchó y entregó su vida*".

La noticia de la muerte de *Txapela* no hizo sino elevar, todavía un poco más, el estado de euforia en el que Aranda vivía desde que "El Moro" y "El Cura" le habían confirmado que la operación había sido un éxito y que le habían dejado herido de muerte. Ya ese mismo día "El Moro" y "El Cura" habían bajado a Irún y, con la misma ropa con la que habían disparado a *Txapela*, habían celebrado por todo lo alto junto a Aranda y Gutiérrez.

En la celebración se fue un buen pico de los fondos reservados. Pero a absolutamente nadie le importó. Cierto es que nadie más que Aranda sabía exactamente en qué se gastaba el dinero, que era mucho, que le entregaban. Pero, aunque los de arriba lo hubiesen sabido a ciencia cierta, nadie hubiese protestado.

Pese a las dificultades y, por qué no decirlo, errores iniciales, los primeros meses de vida de los GAL habían sido un éxito. El asesinato de *Txapela*, un pez muy gordo, era la puntilla. Y no solo por el impacto que podía tener en ETA, y en Francia. Tanto Aranda como los de arriba pensaban que el hecho de que ese hijo de puta, responsable de al menos 27 asesinatos, hubiese caído muerto en la puerta de su casa, delante de su pareja y de sus hijas, tenía mucho de justicia poética.

Capítulo 45

Una vez celebrado el éxito, y gastado otro buen pellizco del dinero adicional que les había pagado Aranda por los dos últimos encargos (las ejecuciones de Gaizka y de *Txapela*), a "El Moro" y "El Cura" les faltaba por completar el último encargo que les había hecho Aranda.

El nombre del último objetivo se lo había facilitado a Aranda Baquero, como siempre. A Baquero el nombre le había llegado de la Guardia Civil. Pero no había sido obtenido durante las torturas a Lasa y Zabala, y de hecho ni siquiera venía de Intxaurrondo.

Era el nombre de un pez pequeño, que nadie conocía. Pero los de arriba lo veían como una buena oportunidad para dar un paso más en la estrategia de presión de los GAL.

Tenían que conseguir que la situación en el sur de Francia fuese insostenible. Que a los etarras les diese pánico estar allí. Y, sobre todo, que los franceses no les quisieran allí.

Las ejecuciones de Gaizka y de *Txapela* solo habían tenido un pero: habían sido demasiado discretas. Nadie las había vivido de cerca, más allá de la familia de *Txapela*. Ejecuciones públicas harían más difícil para el gobierno francés seguir ignorando el problema. Quizás a los franceses no les importaba vivir rodeados de terroristas siempre y cuando solo matasen en España. Pero seguro que sí les importaba que las calles en las que ellos vivían, por las que paseaban por sus hijos, se convirtiesen en un campo de batalla.

El lugar elegido, por ser visitado por el objetivo una vez a la semana y resultar un escenario ideal en el que hacer cundir el pánico al ser un lugar de reunión de refugiados en Hendaya, fue el bar Hendayais.

"El Moro" y "El Cura" aparcaron fuera del bar la moto en la que se desplazaban. Era la misma que habían utilizado en el asesinato de *Txapela*. Entraron al bar.

Como siempre ocurría cuando un extraño -léase, alguien distinto de un refugiado- entraba en el bar Hendayais, todos los presentes se quedaron momentáneamente en silencio y miraron hacia la puerta, tratando de identificarles.

Lejos de sentirse incómodos por el escrutinio, "El Moro" y "El Cura" hicieron exactamente lo mismo. Recorrieron con sus miradas, mesa por mesa, las caras de los presentes, en busca de la persona que buscaban. O mejor dicho, en busca de los ojos que buscaban.

Porque lo que buscaban eran unos ojos grises anormalmente claros, que pertenecían a una joven delgada, y de estatura media. Una joven que había sido identificada por la viuda de Paco Aizpurúa como coautora de su secuestro y posterior asesinato.

"El Cura" localizó esos ojos en una de las mesas del fondo del local. En una fracción de segundo, sacó su pistola y disparó.

La cara de Ainhoa se llenó de sangre y de masa encefálica. No suya, sino de Unai, que yacía sobre la mesa con un enorme agujero de bala en la parte izquierda de su frente.

Tras unos segundos de shock, Ainhoa comprendió lo que había pasado.

-¡Unai!, sollozó mientras tocaba la cabeza ensangrentada, con una mínima esperanza de encontrar algún signo de vida.

No lo encontró. "El Cura" no podía haber sido más preciso con su disparo. Unai murió en el acto.

"El Cura" y "El Moro" se dieron la vuelta, salieron del local sin que nadie les persiguiese, y desaparecieron de allí a bordo de la motocicleta.

Los pocos clientes del bar que no habían huido presas del pánico rodearon, a una distancia prudencial, la mesa sobre la que yacía muerto Unai y Ainhoa lloraba desconsolada. Muchos querían

consolar a aquella chica de aspecto frágil, totalmente superada por la durísima situación que estaba viviendo. Pero, por respeto, todos decidieron concederle esos segundos, que se convirtieron en minutos, de desahogo.

-¡Hijos de puta! Gritó Ainhoa entre lágrimas, abrazando el cadáver de Unai. ¡Putos *txakurras*, *maketos*, hijos de puta!

Ainhoa no volvería a ser la misma después de aquéllo. De hecho, muy poca gente seguiría refiriéndose a ella por ese nombre a partir de entonces.

Unos meses después comenzaría a ser conocida por sus compañeros de ETA, por la Policía Nacional y la Guardia Civil, y por toda la sociedad española, como "La Tigresa".

Hoy todavía mantiene con holgada diferencia, gracias a 23 asesinatos a sus espaldas, el título de la mujer española más mortífera que ha habido nunca.

Pero esa, la de "La Tigresa", es otra historia.

Epílogo

A las 6:30 de la mañana del 10 de enero de 1984 cinco policías franceses esperaban órdenes agazapados bajo el pequeño muro que delimitaba el chalet adosado situado en el número 17 de *Avenue de la Marne*, en Biarritz. Ellos estaban listos, pero debían esperar la confirmación de que el resto de operativos que se estaban realizando de manera simultánea en distintas localidades del sur de Francia también lo estaban.

La confirmación llegó a las 6:31. Dos de los policías franceses entraron en el patio del chalet adosado. Los otros tres se situaron en puntos estratégicos de la calle, preparados por si la persona a la que buscaban trataba de huir.

Los dos policías que habían entrado al patio llamaron al timbre situado al lado de la puerta de acceso a la vivienda. Tras veinte segundos sin respuesta, llamaron de nuevo. Tras otros diez segundos, llamaron otra vez.

Un hombre en pijama, zapatillas de estar por casa, y cara de cabreado abrió la puerta. La expresión le cambió cuando vio a los policías.

-¿Jon Luzuriaga?, preguntó uno de los policías franceses.

-Sí, soy yo, contestó el hombre.

Jon Luzuriaga era el jefe de finanzas de ETA, a quien los GAL habían intentado secuestrar, habiéndose "El Cura" y "El Moro" llevado a Segundo Marey, por error, en su lugar.

-Tiene que venir con nosotros. Está usted detenido por pertenencia a banda armada.

-¿Cómo que detenido? Soy un refugiado político.

-Nosotros cumplimos órdenes, señor. Tiene que acompañarnos. Ahora le leerán sus derechos.

-¿Puedo cambiarme al menos? No pretenderá que vaya así, dijo señalando el pijama.

El policía dudó durante unos segundos. Evidentemente en un operativo como aquel, coordinado, no era habitual dar a los arrestados tiempo para que se pusiesen guapos. Pero en ese caso concreto tenían órdenes de no tratar a los arrestados como delincuentes comunes y, sobre todo, de asegurarse de que se respetaban rigurosamente sus derechos.

-Tiene cinco minutos, dijo finalmente el policía.

Jon subió al piso de arriba. Se dirigió a su habitación, pero en lugar de abrir su armario y coger ropa que ponerse, descolgó el teléfono. Cogió la agenda que tenía en la mesilla de noche, y comenzó a hacer llamadas para avisar a sus compañeros de lo que estaba sucediendo, comenzando por los más altos cargos de la banda. Consiguió contactar con tres antes de oír las voces del policía francés en el piso de abajo, reclamando que bajase de una vez.

Jon se apresuró a arrancar las hojas de la agenda en la que estaban los nombres y contactos de los otros refugiados, fue al baño, cortó las hojas en todos los trozos que pudo, las tiró al inodoro, y tiró de la cadena. Tras ello, fue por fin a su armario, y cambió el pijama que llevaba por ropa de calle.

Bajó por las escaleras diez minutos después de haber subido.

-¿No tiene uno derecho ni a vestirse?, dijo, fingiendo indignación. Pediré a mi abogado que ponga una queja.

Esa mañana fueron detenidos 17 refugiados vascos, en su mayoría altos cargos, o miembros muy activos, de ETA Militar y de ETA Político-militar Octava Asamblea. La operación iba dirigida contra muchos más, pero buena parte de ellos escaparon porque otros refugiados les habían avisado sobre la marcha, dándoles tiempo para escapar.

Ninguno de los refugiados fue extraditado a España. Ni siquiera fueron recluidos en cárceles francesas. Algunos fueron deportados a la isla francesa de Guadalupe, en el Caribe. Otros fueron obligados a fijar su residencia en distintas localidades del norte de Francia.

Antes de diciembre de 1983 había habido muchas reuniones entre los gobiernos español y francés en las que el primero rogaba al segundo su colaboración en la persecución de los miembros de ETA refugiados en Francia. En ninguna de esas reuniones el gobierno español había conseguido absolutamente nada.

Sin embargo, tras retomarse las conversaciones en diciembre de 1983, apenas hicieron falta un par de reuniones para que el gobierno francés autorizase esa operación, que suponía un cambio radical en la política que hasta ese momento mantenía respecto a los refugiados vascos.

La primera reunión había tenido lugar el día 20 de diciembre de 1983, justo el día después del primer asesinato reivindicado por los GAL, el de Gaizka Otaola. Había sido una reunión al máximo nivel, entre Felipe González, presidente del gobierno español, y François Mitterrand, su homólogo francés. Durante esa reunión el presidente francés se comprometió con el español a modificar su política sobre los refugiados y colaborar en la lucha contra ETA.

La segunda reunión había tenido lugar pocos días antes de la operación. Había sido entre los ministros de Interior de ambos países, y el ministro español le había facilitado al ministro francés un listado con los nombres de 32 miembros activos de ETA refugiados en el sur de Francia.

El gobierno francés no había cambiado de opinión por gusto. Lo hizo obligado. Obligado por un grupo de hombres que decidió cruzar la línea.

El día después de los arrestos Baquero, tras pasar la mañana en La Moncloa recibiendo felicitaciones por el trabajo realizado, cogió un taxi que le llevó al edificio de la antigua Dirección General de Seguridad. Pasó los exhaustivos controles de acceso y subió a la última planta, la de la Brigada Central de Información. Fue directo al despacho de Aranda.

Le vió a través del cristal de la puerta de su despacho. Baquero sonrió porque el cabrón de Aranda tenía una posición muy parecida a la que tenía en la última visita que le había hecho, hacía ya varios meses. Pies sobre la mesa, fumando, y actitud chulesca a más no poder. La única diferencia era que esta vez, en lugar de estar hablando por teléfono, estaba mirando a las musarañas.

Baquero entró sin llamar.

-Qué, ¿no tienes trabajo?, bromeó Baquero.

-Hombre, jefe. Qué trabajo voy a tener, si ya he solucionado todos los problemas, bravuconeó Aranda.

-¿Cuánto hacía que no venías por Madrid?, preguntó Baquero.

-Pues unos cuantos meses. Y ya estoy deseando irme, me tiene mi mujer la cabeza como un bombo.

-La madre que te parió. Bueno, ¿has leído la prensa?, dijo Baquero mientras tiraba sobre la mesa de Aranda un ejemplar del ABC, con la portada hacia arriba. Aranda cogió el periódico, y leyó la portada.

La portada la ocupaba un dibujo de un hombre cayendo al suelo, que aparentaba estar malherido. En la esquina superior derecha se leía este texto:

> **ETA: PRINCIPIO DEL FIN**
>
> El Gobierno francés ha decidido confinar a los terroristas de ETA en el norte del país, lejos de donde tenía establecida su base de operaciones. Asimismo, ha dispuesto la expulsión

de Francia de diecisiete cabecillas etarras, cuyo traslado ha comenzado hacia varios países de América.

Los observadores conceden máxima importancia a estos decretos, que suponen la primera colaboración abierta y eficaz del Gobierno francés con el español en materia de terrorismo. Aunque se espera que en las próximas semanas se produzcan atentados, incluso de envergadura, en medios policiales se considera que la actual operación podría ser el principio del fin de ETA.

Aunque ambos Gobiernos —el francés y el español— niegan que se haya producido un acuerdo formal en la lucha antiterrorista, se señala como un éxito personal de Felipe González la actual operación anti-ETA.

-Es raro que los gabachos hayan decidido de repente colaborar, ¿no?, dijo Baquero regocijándose cuando vio que Aranda ya había terminado de leer.

-Muy raro jefe, respondió Aranda con la sonrisa más malévola que probablemente se haya visto nunca. Al final estos franceses van a resultar no ser mala gente. Solo hacía falta explicarles las cosas bien.

-Muy buen trabajo. Los de arriba, empezando por el "señor X", me han pedido que te felicite. Esto no hubiese sido posible sin ti.

-Un placer, jefe. Pocos trabajos he hecho con más gusto que este. De todas formas lo único que hemos conseguido es que destierren a algunos de esos hijos de puta al Caribe. Pero muchos otros siguen por Francia escondidos como ratas, y aparecerán hijos de puta nuevos. Supongo que esto no ha terminado, ¿no?

-¿Terminado? Esto acaba de empezar.

Última nota del autor

Muchas gracias por leer
“GAL: Los hombres que cruzaron la línea”.
Me encantaría conocer tu opinión sobre el libro y que me digas si crees que debe haber una segunda parte.
Te llevará menos de un minuto.

Para dejar tu reseña escanea este código QR: